

LA ESCONDDIDA

MIGUEL N. LIRA



TLAXCALA
GOBIERNO DEL ESTADO
2011 - 2016

75
Años
INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL
1936-2011

INSTITUTO
POLITÉCNICO
NACIONAL



LA **E** **ESCONDIDA**

A decorative flourish consisting of symmetrical, swirling acanthus-like leaves and scrolls, positioned below the letter 'E'.

LA **E**SCONDIDA



MIGUEL N. LIRA



SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN PÚBLICA
SEP
TLAXCALA 2011 - 2016



Instituto
Politécnico
Nacional

La Escondida

Miguel N. Lira

Primera edición 2011

D.R. © 2011.

Instituto Politécnico Nacional

Luis Enrique Erro s/n

Unidad profesional “Adolfo López Mateos”

Zacatenco, 07738, México, DF

Dirección de Publicaciones

Tresguerras 27, Centro Histórico

06040, México, DF

ISBN 978-607-414-255-6

Impreso en México / *Printed in Mexico*

<http://www.publicaciones.ipn.mx>

*“Y he aquí que los jefes
de Xibalbá preguntaron al
Maestro Mago Relámpago:
—¿Cuándo es verdad y cuándo
es mentira lo que dices?
Y he aquí que el Maestro
Mago Relámpago les dijo:
—Ni yo mismo lo sé”*

Del POPOL-VUH



PRÓLOGO



El hecho de que Miguel N. Lira nazca el 14 de octubre de 1905 lo sitúa en el movimiento revolucionario. Su idealismo por una justicia social así como la admiración que tenía por su abuelo el general Miguel Lira y Ortega hacen que plasme su simpatía en sus corridos, poesía, obras de teatro y novelas.

Hablar de Miguel N. Lira es hablar de pasiones, de encuentros y desencuentros, de intensidad, pero sobre todo, de un amor a Tlaxcala que se respira en cada una de sus obras, de sus acciones, de la relación que mantuvo con los intelectuales de su época y que lo llevó a ser reconocido como el “Benemérito de Tlaxcala.”

Miembro del grupo Los Cachuchas, perteneciente a la generación de 1929, alumno del maestro Ramón López Velarde. En su lenguaje refleja las costumbres y tradiciones de nuestra provincia, hecho que llama la atención de impulsores de la cultura como José Vasconcelos.

De 1935 a 1941 dirigió los talleres editoriales de la Universidad Nacional Autónoma de México, estuvo al frente de Publicaciones y Prensa de la Secretaría de Educación y fue designado Académico Correspondiente en Tlaxcala de la Real Academia de la Lengua en 1955.

La Escondida, su segunda novela, escrita en 1947, recibe ese mismo año el premio “Lanz Duret”, otorgado por el periódico El Universal como mejor novela del año y el 4 de octubre de 1955 se convierte en guión cinematográfico de la película del mismo nombre, protagonizada por María Félix y Pedro Armendáriz bajo la dirección de Roberto Gavaldón en escenarios de Tlaxcala, estrenándose el 18 de julio de 1956 en el Cine México.

En ese año participa en el festival de Cannes en Francia, causando un gran impacto y también es nominada a seis Arieles: mejor película, director, fotografía, sonido, escenografía y edición, siendo en esta última categoría con la que gana el Ariel Jorge Bustos como mejor editor.

La Escondida, una mujer y lugar de gran profundidad como la noche, con la misma obscuridad que se acepta por cuenta propia. Una obscuridad literal en donde la pena y la vida se conjugan, en donde el amor y el odio se encuentran y le dan un sabor especial a cada momento.

La trama se desarrolla durante 1910, cuando por órdenes del presidente Porfirio Díaz llega a la ciudad de Tlaxcala como gobernador interino el general Leonardo Garza, El Héroe del Yaqui, con su esposa, la aristócrata Gabriela de los Adalid y Elorza de Silao (muchos años menor que él, al que incluso confunden con su padre), una mujer de una personalidad arrebatadora que marca la vida de Felipe Rojano desde el mismo momento en que la conoce, justo a su llegada a Tlaxcala.

La novela nos muestra el comportamiento de la sociedad de la época y el desarrollo naciente del ferrocarril, las artesanías, los rebozos, las blusas bordadas, el pan de fiesta y el pulque, los personajes son una mezcla de personalidades, intereses y posturas que gracias a la calidad narrativa del autor nos suenan familiares, cercanos, intensos, superfluos y apasionados, pero sobre todo, reales, muy reales.

El general Garza trae la consigna de apagar los levantamientos simpatizantes con la Revolución, encabezados por Felipe Rojano en complicidad con Máximo Tépal (San Pablo del Monte) y Domingo Arenas (Zacatelco).

La lucha de los federales contra los revolucionarios nos lleva a conocer la geografía de Tlaxcala; Zacatelco, los llanos del Salado en Nopalucan, Huamantla, San Jorge Tezoquipan, San Hipólito Chimapla, Tlatempan y Atlihuahuetzia, y nos muestra la pintoresca capital con el Palacio de Gobierno, los Portales, la Garita, la iglesia de Ocotlán, entre otros sitios.

Una vez muerto el general Garza, Felipe Rojano, de sentimientos nobles más actitudes toscas y lenguaje osco, rapta a Gaby, mujer hermosa, altiva y delicada y la mantiene en su nuevo hogar, La Escondida: un bosque alejado no sólo en distancia sino también fuera del ambiente de comodidad y riqueza al que ella está acostumbrada.

La novela es intensa, donde el amor de Felipe a Gabriela sólo puede ser comprendido por quien es apasionado con la vida, con sus ansias de libertad, con su lucha por y para su gente, pero siempre con la frente alta y la honestidad a un lado.

“Acaba de saber esta jefatura a mi cargo lo que todos han hecho en este lugar. Y como eso no está permitido en el Plan del señor Madero, que dice que ‘las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen una población...’ desde ahoy le aviso que voy a mandar tronar a todo aquel que tenga en su poder cosas robadas. ¡Ya lo saben...!”

En esta bella novela se entrelazan el amor y la Revolución, movimiento que tocó y dejó huellas imborrables en los tlaxcaltecas.

*Ya viene Máximo Tépal,
ya viene por el sendero;
el camino es viborita
que se enrosca en su sombrero.*

*Vine huyendo del gobierno
que lo quiere asesinar,
porque derrotó en Huamantla
a la fuerza federal.*

Estrofas del corrido a Máximo Tépal
Autor Miguel N. Lira (1932)

Gobierno del estado de Tlaxcala
Instituto Politécnico Nacional



PARTE I



I



MATERIALMENTE NO CABÍA un alfiler en los andenes de la estación. Desde el mediodía, las gentes de la capital y de los pueblos aledaños fueron llegando a ella, como en una peregrinación, gozosos y con la curiosidad saltándoles de los ojos.

La estación de Santa Ana lucía, bajo su portal, grandes festones de pino adornados con flores y banderitas tricolores que esplendían, luminosas, entre lo blanco de los calzones, blusas y sombreros de los hombres del pueblo y los colores chillantes de los rebozos de las mujeres, que por esta vez se habían vestido como en día de fiesta, delatando en sus rostros la alegría primaria de las gentes sencillas que se azoran de todo y que todo lo quieren ver para contar más tarde, a los que se quedaron con la yunta o abriendo las cepas de los riegos, los hechos y detalles impresionantes del momento: desde que llegaron a la estación, sudorosos y con prisa en el andar, hasta su regreso al pueblo, ya al caer la noche, con el cansancio de la espera y de la caminata impreso en su paso lento.

Igual que si miraran inmóviles y alelados, en la Plaza de Armas de la capital, los juegos pirotécnicos de las fiestas patrias, los

“caballitos” giratorios o los desfiles de los niños de las escuelas, así permanecían en la estación, formando grupos compactos, silenciosos, extáticos y como si hubieran echado raíces, siguiendo las ráfagas de los cohetones de salva que intermitentemente atronaban en el espacio, confundiendo su ruido con los gritos de los vendedores de “pan de fiesta”, cacahuates y nieve de limón, y mirando, de vez en vez, a las familias de los patrones y de los empleados del gobierno, que ocupaban un sitio escampado junto a la puerta de salida, endomingadas con vestidos y sombreros, brillantes de puro nuevos.

El trayecto de la ciudad a la estación lo hicieron las familias en los tranvías de mulitas que desde hora temprana habían sido adornados con banderas tricolores, en tálburis y carretelas engalanadas con listones verde, blanco y colorado y aun en carricoches con toldos profusamente tapizados de banderetas y guirnaldas de flores y hierbas. Los hombres, con calzones de botonaduras de plata, lucían orgullosamente sus caballos briosos, de pura sangre, enjaezados con ostentación: ricas gualdrapas y pompones rojos en las cabezadas, o bien sus “jaquettes” de corte impecable, recién adquiridos en El Palacio de Hierro, que permitían hacer gala de las corbatas de Paul Marnat anudadas a los cuellos de palomita, y de los puños duros, unidos por mancuernas de piedras preciosas engarzadas en oro, que caían, elegantes, sobre el bastón de innegable procedencia francesa.

Hasta los niños se veían deliciosamente suntuosos: ellas, con sus vestiditos de “cheviot” azul, vueltas de piqué blanco y “jardineiras” de paja de Italia adornadas con cerezas; y ellos con sus trajecitos de terciopelo, de anchos cuellos almidonados que remataban en corbatas de seda escocesa, o con los marineros de paño azul, corbatín rojo y boina con las palabras Príncipe Alberto o Liberty bordadas en un amarillo detonante.

¡Y qué decir del donaire y prestancia de las señoras! La que no se tocaba con un tricornio adornado de “aifrette” o con un “torpe-



dero” de paja guarnecida por grupos de pervincas y un nudo de seda “pékinée”, hacía alarde de las creaciones de Au Bon Marché y de Drecoll, confeccionadas con muselina blanca, bordeado el traje con una ancha banda de nutria y un entredós de encaje de Irlanda, o bien con tela “marquíssette”, plegada la falda en torno de la cintura, camisola de vivos de terciopelo negro, chaquetilla de corte recto, muy abierta al frente, de largos faldones cuadrados y orlada con “soutache” de seda color castaño. Pero todas, unas más y otras menos, lujosamente altivas y deseosas de agradar a la señora del general Leonardo Garza, designado por el presidente Díaz como gobernador interino del estado.

—Dicen que el general, más que su esposo, parece su padre —comentó doña Nieves de Piñuela, esposa del juez de Distrito.

—Yo diría más bien que su abuelo. Por lo menos treinta años de edad le lleva de ventaja —ratificó Merceditas Ariza, hermana del jefe político—. Cuando recientemente estuvimos en México y fuimos a visitar al general en su residencia de la calle de Liverpool, no se imaginan ustedes el bochorno que sentí cuando después de que un criado nos pasó a la hermosa sala de la casa, donde cuelga un gran cuadro al óleo del general, le dije a ella, que había salido a atendernos: “¡Qué buen retrato de su papá!”, y ella me replicó inmediatamente: “¿De mi papá...? Dirá usted de mi esposo.”

—Es que el refrán lo dice: “para gato viejo, ratón tierno” —rubricó Fernandito Montiel, el pisaverde más elegante de la ciudad, que había hecho una religión de las aventuras amorosas y un sacerdocio de la soltería.

—Lo dices por ti, ¿verdad? —inquirió el amigo Rosas, maliciosamente sonriente.

—¡Oh, no, ni pensarlo! No seré yo quien le ponga el cascabel a ese gato. Ha de ser demasiado importante.

—Nada menos que El Héroe del Yaqui. Ya tú dirás...



Y, efectivamente, el general Leonardo Garza tenía un historial brillante. A los dieciséis años sentó plaza como subteniente de la Guardia Nacional; más tarde pasó al primer batallón “Fieles de Guanajuato” y posteriormente a servir a las órdenes del general Miguel Negrete. Y si durante la sangrienta época de la Reforma tomó parte en las batallas de Ahualulco, Piedra Gorda, Loma de Ánimas y Silao, en cuya acción de armas fue herido en la pierna derecha, en la de la intervención no fue menos notable su función, ya que participó en el sitio de Puebla, escoltó a los Supremos Poderes desde el estado de Nuevo León hasta el de Durango y concurrió a la defensa de la Angostura y retirada por el desierto de Coahuila. Pero donde demostró su alto valor, su táctica como militar y su acendrado patriotismo, fue en la pacificación del Yaqui. Ahí reveló toda su capacidad como soldado y su visión como estadista, y no en vano fue llamado —desde que logró una tregua en las acometidas de los indios contra Guaymas— El Héroe del Yaqui, título este que sabía llevar con el mismo orgullo con que mostraba las quince condecoraciones que ornaban su pecho, desde la de primera clase, creada por el decreto de 5 de agosto de 1867 para los defensores de Puebla, hasta la cruz que le impuso el general Porfirio Díaz a su victorioso regreso de Sonora.

Amigo personal del Presidente, compañero suyo en armas y lides electorales y dueño de su confianza, resultaba la persona más indicada para gobernar el estado, ahora que por el vergonzoso atentado cometido por un grupo de gente armada en la fábrica La Sultana, donde no sólo se desenfrenaron las pasiones políticas de los rebeldes, sino sus apetitos sexuales, el gobernador constitucional hubo de renunciar a su cargo, después de treinta años de insustituible poderío, violentado por los acontecimientos sediciosos contra el régimen porfirista que impresionaban a la República y aun por el consejo de aquellos que ayer lo consideraban su guía y ahora temían que llegara a flaquear ante las exigencias de las



“hordas” maderistas, encabezadas por un tlachiquero de la hacienda de San Juan Mixco.

El regocijo de los “científicos” del estado, al conocer el nombramiento del general Garza como gobernador interino, hecho por la Cámara local a propuesta del Presidente de la República, alcanzó proporciones desbordadas porque advertían con tal designación la seguridad en sus prebendas y consolidaban una situación que había sido fruto de un total incondicionalismo y, en ciertos aspectos, de despreciable vasallaje.

Se echaron a vuelo las campanas de las iglesias, se atronó el aire con cohetes y salvas, se recorrió la ciudad al ritmo de tambores y música de viento y se dio asueto a los niños de las escuelas y a los empleados del gobierno para que demostraran su júbilo en las calles de la ciudad, adornada con profusión de enramadas y banderolas.

Y cuando se supo el día de su llegada al territorio del estado que iba a gobernar “con beneplácito de todos los ciudadanos conscientes” se publicaron bandos solemnes, se engalanaron las fachadas de las casas y se invitó al pueblo a que concurriera a la recepción que se preparaba en honor de tan respetable y anhelado personaje, y la que culminaría con un banquete en el patio del Palacio de Gobierno y un baile en el Salón Rojo, para los elegidos.

Para el pueblo habría “kermesses”, con tómbola y puestos de antojitos, fuegos artificiales y “toritos” pirotécnicos, pues que al fin y al cabo también debía divertirse y era prudente demostrar con tal desprendimiento la benevolencia que le dispensaba el jefe político.

De esta manera, muy de mañana, la ciudad de fue quedando sola y llenándose de multitud la estación de Santa Ana, donde la gente esperaba ver, de un momento a otro, el humo de la locomotora del tren de pasajeros que venía de México.





Fue primero el silbato del tren, agudo y prolongado, y luego un “toque de atención”, dado por un clarín de los rurales del estado, los que indicaron la proximidad del convoy, que poco a poco, jadeante y entre campanadas, fue entrando a la estación.

La locomotora del tren pasó de largo hasta más allá del tanque del agua y de la “Y” griega, y de pronto enfrenó, dejando escapar grandes conos de vapor, exactamente en el lugar preciso que permitía que el carro observatorio quedara frente por frente de la puerta de salida.

Apoyados en la barandilla trasera, el general Garza y su esposa saludaron a la multitud que los esperaba y que los aclamó en forma sostenida, uniforme y encadenada.

A las ovaciones delirantes y a la profusión de confeti y serpentinas que se les arrojaron, al estampido de los cohetes y a la sonoridad de las marchas marciales, siguieron las saluciones de bienvenida y los discursos oficiales.

Decía el orador pueblerino, designado por la Junta de Festejos, con voz engolada y además presuntuoso:

“Vivimos un momento de prueba, un momento de transición de la libertad a la anarquía, y cualquier error que el estado cometa en el nombramiento de su futuro gobernador tiene que ser de funestas consecuencias. Usted, señor general Garza, liberal de abolengo, demócrata caldeado en las luchas contra las injusticias, infatigable combatiente que no ha desmayado un momento en la defensa de los principios, merece nuestra confianza y nuestro apoyo más decidido y desinteresado...”

Y si una ovación cerrada premió los conceptos del tribuno, no fue menos la que recibió el niño más aventajado del quinto año escolar del Instituto Científico y Literario cuando declamó los versos que escribió el poeta de la localidad en honor del caudillo y que principiaban así:

*Bienvenido el insigne patricio
cuyo nombre bendice la historia
y sus hechos, cubiertos de gloria,
en sus páginas fiel consignó.*

*Bienvenido quien honra a su patria
defendiendo con brazo de acero,
como invicto y glorioso guerrero,
al humilde que en él se confió...*

Porque en cada una de estas frases estaba latente el pensamiento admirativo de todos los que veían en el nuevo gobernante su liberación, su acomodo y su bienestar futuros.

Cuando la muchedumbre calmó un tanto sus demostraciones de júbilo y las notas de la banda del estado se mezclaron nuevamente a los toques de las trompetas y al redoblar de los tambores, el señor general Garza y su esposa descendieron del tren que los había conducido desde México, y entre una lluvia de flores naturales se encaminaron, seguidos por su lujosa comitiva, al carruaje tirado por cuatro caballos de hermosa estampa que habría de llevarlos a la ciudad blanca, recostada en las faldas de los volcanes, impasiblemente cubiertos de nieve.





II



LA PRIMERA IMPRESIÓN que se recibía del general Leonardo Garza era la de que sus energías resultaban demasiado grandes para su cuerpo nervioso y pequeño. Poco o nada había en su apariencia que llamara la atención. Ni su frente alta, de la que las amarguras de los combates y las inquietudes de una vida azarosa barrieron el cabello, apenas perceptible en su blancura; ni sus ojos castaños, inquietos y vivaces, ni tampoco su boca y el mentón escondidos tras la barba y el bigote canos que afilaban su rostro enjuto. Había que mirarlo largo rato, que mirarlo con atención, para darse cuenta de que ese hombre, que movía las manos al hablar y cuya voz crecía y se agudizaba a medida que se excitaba, era un héroe militar, fogueado en los combates, muchas veces victorioso y siempre cruel y sanguinario.

De su energía, inquebrantablemente manifestada en los accidentes de su existencia guerrera, sólo conservaba la voz autoritaria y la palabra escueta, seca y repentina. Y si oyéndolo hablar se apreciaba su carácter de hombre duro y valiente, su gesto más bien lo revelaba como un apacible notario o un complaciente jefe de numerosa familia.

Su esposa, por lo contrario, arrebatava desde el instante en que se la veía. Su voz era multiforme. En el trato común y familiar se revelaba sin modulaciones, corriente y seca; áspera y dura en los enojos y untuosa, casi como embarrando las palabras, en las conversaciones sostenidas con las personas que trataba de agradar.

Y no sólo su voz se acaramelaba entonces, sino también sus ojos, que por claros y dulces parecían irradiar toda la miel y la luz interiores que había en su cuerpo y que bastaban para cegar o derretir al que se atrevía a sostener su mirada.

Caminaba altivamente, con la cabeza erguida y los ojos como abstraídos por un distante punto imaginario, victoriosa de su cuerpo, de su vestido y de su sombrero, y hasta de la manera de llevar colgado de la mano el bolso de chaquira, al que imprimía no únicamente un vaivén natural de atrás hacia adelante, sino también un ritmo que armonizaba con el de sus muslos, que descubría la falda al ceñirlos desde el talle hasta las rodillas.

Se llamaba Gabriela, mas el general le decía simplemente Gaby. Pertenece a la familia Adalid, de los Adalid y Elorza, de Silao, emigrada al Distrito Federal por la urgencia de don Indalecio, padre de Gaby, de establecerse en esta plaza para acrecentar su negocio de papa y alfalfa.

Su vida en la capital de la República fue monótona e intrascendente: de su casa al Colegio del Sagrado Corazón y de éste a su casa, a estudiar el piano y tejer “frivolité”. De cuando en cuando, un paseo por la Alameda o por el Hipódromo de Peralvillo e invariablemente, los domingos, a oír la misa de doce en la iglesia de Santa Brígida, y por la tarde a ver las “vistas” del Salón Rojo y a tomar chocolate con molletes en El Globo.

El general la conoció en un baile de Palacio, cuando las fiestas del Centenario. Y como correspondía a su seriedad, de ese conocimiento surgió un idilio breve que culminó en elegante ceremonia nupcial, reseñada a tres columnas en *El País* y *El Imparcial*, y en

páginas ilustradas en los semanarios *Arte y Letras* y *El Mundo Ilustrado*.

La “toilette” de seda blanca ricamente adornada con encajes de precio y ramos de azahares; el “Himno a Santa Cecilia”, de Gounod; el “Ave María” de Marchetti y la “Marcha nupcial” de Lohengrin, que ejecutaron durante la celebración de la misa de velación una orquesta de veinte profesores y diez cantantes famosos; la ceremonia del enlace civil en la suntuosa residencia de Liverpool, con asistencia del Presidente de la República, y el viaje de “luna de miel” a Europa, fueron el áureo reverso de la medalla que durante diecinueve años Gaby había llevado colgada de su vida.

A partir de entonces gustó de todo aquello que por prejuicios de su familia había estado vedado, y se esforzó en divertirse de la mejor manera posible, siempre provocativa en su arrogancia.

El general la dejaba hacer, seguro de su fidelidad y comprensivo de la desproporción de edades. Y aun cuando él no se sentía una miseria humana frente a ella, no le era desconocido el arrebató de juventud y el brío de sangre nueva que eran atributos de Gaby y para los que tenía que ser consecuente si no quería agostarle su primavera erguida y orgullosa.

En ese aspecto era más bien su padre, como creían algunos, y no su esposo. ¡Pero con qué cariño la consideraba, cómo era amante con ella, de qué manera la adoraba! Era como si nunca hubiera querido a mujer alguna y que el recuerdo de su primera esposa, ya difunta, le fuera doloroso o negativo. Parecía un adolescente inexperto en amor ante la seducción de una de esas mujeres misteriosas dibujadas por Ruelas o frente a las acechanzas de una cortesana largamente anhelada. Y eso justificaba el que ella se supiera segura de su indiscutible atracción y dueña de sí misma.

Si toleraba al general y le permanecía leal, era más por costumbre que por cariño, pues que si bien no podía negar que en un principio le tuvo un afecto mezcla de curiosidad y vanidad, ahora



tenía la certidumbre de no sentirlo ni por vanidad ni por curiosidad. Simplemente se conformaba con recorrer a su vera el camino que el destino le había abierto, hasta en tanto no pudiera alcanzar el horizonte de su liberación.

Así, por lo menos, lo aconsejaban la prudencia y las buenas costumbres que le inculcaron en su hogar y también, ¿por qué no?, cierto respeto temeroso hacia el hombre que gozaba fama de héroe y cuyas aventuras sangrientas llenaban varias páginas de la historia.





III



SE FUE QUEDANDO atrás la estación de Santa Ana. A la zaga del carruaje del señor gobernador iba la comitiva en los tranvías de mulitas y a la vanguardia el cuerpo de rurales con sus clarines tocando la “Marcha Dragona”.

En tanto Merceditas Ariza platicaba con Gaby sobre México, el viaje y el camino que ahora recorrían, tratando desde luego de adueñarse de su voluntad y simpatía, su hermano Joaquín, que fungía como jefe político y que junto con aquélla acompañaba a los esposos Garza, enteraba al general de la situación que prevalecía en el estado y de cómo se había podido refrenar el brote sedicioso de la fábrica La Sultana, que dio al traste con el gobierno constitucional.

—No es un movimiento serio —le decía—, digno de considerarse. Es apenas una chusma que puede ser dominada con mano de hierro.

—¿Quién la capitanea? —inquirió el general.

—Su jefe era un tlachiquero de la hacienda de San Juan Mixco, pero murió en la refriega de la fábrica. A pesar de que tenemos

prisionero a un hermano suyo, que no estuvo en el asalto pero que algo ha de saber, no hemos podido averiguar quién es el nuevo cabecilla. Eso sí, parece que el grupo tiene conexiones con los Serdán.

—¿Está enterado de esto el gobernador de Puebla?

—Sí, mi general. Y hasta nos mandó refuerzos para perseguir a los rebeldes.

—Tengo entendido que se libró un combate cerca del lugar de los hechos, ¿no fue así?

—Así fue, mi general; pero con resultados desfavorables para nosotros. Claro que contando con el 11º batallón de línea, que viene a las órdenes de usted, esos rebeldes, aunque sean numerosos, no constituirán un peligro. Los aplastaremos.

—Pero vamos a ver: ¿son por fin una chusma o un grupo de hombres considerable?

—Pues a decir verdad, son muchos, mi general. Pero sin disciplina, sin organización, sin armamento. ¡Una chusma nada más, mi general, lo que se llama una chusma!

—Pero que puede ser peligrosa.

—No digo yo que no. Pero a la postre fácilmente vencible. Los “maderistas” no son enemigos para las fuerzas federales. Lo único que se necesita es obrar con mano de hierro como la de usted, mi general.

Pasaron por entre una calzada sombreada de follaje de álamos. Un perfume de campo abierto se percibía en el aire transparente que dejaba ver los perfiles de los cerros pelones que se extendían sobre la llanura extensa, donde se mecían los alfalfares verdes, apenas de trecho en trecho interrumpidos por hileras de árboles chaparros y de los que volaban parvadas de tordos, asustados de oír el chasquido de los cascos de los caballos contra la tierra y el sonido de los cascabeles de las colleras del tiro del carruaje oficial.

—¿Dice usted que el prisionero no ha hablado?

—Sí, mi general.



—Pues ya lo haremos hablar. Yo tengo un sistema infalible que usé con los yaquis.

—Así lo espero, mi general, para bien de todos.

Estalló el chicote del cochero y un “¡arre, cuacos!” rasgó el paisaje nemoroso al entrar al vado del riachuelo que había que cruzar para ascender al camino real, que ya entonces se prolongaba recto hasta la capital del estado.

—Ya estamos llegando —explicó Merceditas—. Aquí adelante está Huytlale y el pueblo de San Buenaventura, y desde allí ya se ve la ciudad.

—¿Es bonita la ciudad? —inquirió Gaby.

—A usted, acostumbrada a los palacios y al ajeteo de la metrópoli, le parecerá triste. Imagínese usted: una calle larga que cruzan seis o siete angostas, una Plaza de Armas tupida de fresnos y encuadrada por dos portales, el Palacio de Gobierno, la iglesia y unas casas enanas pintadas de azul, y más allá una calzada que conduce a un convento de artesonado maravilloso y rico en reliquias históricas. ¡Eso es todo...! Pero eso sí, con un cielo límpido y un ambiente apacible que la llenan de claridad.

—En resumen: una ciudad propia para envejecer sin sentirlo.

—Exactamente, señora.

—Me gustará entonces. Unos días de tranquilidad me son muy necesarios. ¡Estoy tan cansada!

Y Gaby entrecerró los ojos con laxitud, hundiendo levemente sus dientes breves en el labio inferior y dejando caer hacia atrás la cabeza subyugadora, para dar así una mejor impresión de flojedad y abandono.

—Los primeros días de su estancia en la ciudad —explicó Merceditas— van a ser muy movidos. Tenemos preparados para festejar a usted y al señor general, a más del baile de esta noche, una “kermesse”, un día de campo y una función de teatro. ¡Ya verá usted qué éxito va a ser la representación de la zarzuela “La tempestad”



por nuestro grupo artístico de aficionados! Hay tan buenas voces en él, que varios empresarios de México han venido a proponer su debut en el Colón. Pero ninguno de sus componentes ha querido entrar a esa vida de teatro profesional, por no dejar de ser decentes. ¡Está tan relajada la vida de teatro...!

Mas el comentario de Gaby no lo escuchó la señorita Ariza porque en esos momentos la banda de los rurales tocaba “Atención” y en seguida los primeros acordes del Himno Nacional, que anunciaban la entrada del nuevo gobernador de la ciudad.

Desde la garita de San Diego hasta el Palacio de Gobierno las calles estaban adornadas de acera a acera con enramadas y cadenas de papel de China y con arcos florales que decían “Bienvenido” y “Saludamos al señor general Garza”, con grandes letras formadas con margaritones y claveles; y en todos los balcones y ventanas de las casas se veía la bandera tricolor y asomados a ellos los curiosos que esperaban el paso de la comitiva para arrojarle flores, serpentinatas y confeti.

Nuevamente los cohetes rasgaron el aire con sus estampidos y se echaron a vuelo las campanas. La ciudad ardía de luces y colores, de gritos y alegría, y era como un ramillete de buenos deseos y esperanzas tendido a los pies del gobernante. ¡Realmente, la entrada del general Garza a la ciudad era triunfal y apoteósica, apenas comparable a la recepción que se dispensó al “Héroe del 2 de Abril”, hacía ya muchos años, cuando fue a imponer las condecoraciones de esa batalla a los supervivientes locales!

Hoy, como entonces, se advertía el mismo júbilo e idéntico el desbordamiento del alborozo ciudadano. Y hasta la clara luz de este mediodía parecía igual a la de aquél, tal y como si hubiera sido la de un telón por largo tiempo guardado y vuelto a extender para el actual acontecimiento.

Cuando el carruaje se detuvo a las puertas del Palacio, una ovación cerrada saludó al señor general Garza, que la recibió de

pie, militarmente altivo, y contestó con ligeros movimientos de cabeza, impertérrito y frío.

Una valla formada por los miembros del Club Verde, todos vestidos de negro y luciendo la corbata verde distintiva del club, se extendía desde la portezuela del carruaje hasta la entrada del Palacio, enhiestos, imperturbables y orgullosos de la comisión que les había tocado desempeñar y que trataban de cumplir de la mejor manera posible, como si fueran los dueños de esa situación privilegiada.

Mas un descuido de alguien, un abandono involuntario o una consentida negligencia, permitieron de pronto a una mujer y un hombre del pueblo llegar hasta el gobernador, justamente cuando descendía del estribo del coche. Y aun cuando los más trataron de alejarlos de su presencia, resultó inútil todo intento, porque ya la mujer estaba arrodillada a los pies del general.

—¡No lo mates, papacito...! ¡No lo mates...! ¡Déjame llevar!
—rogaba toda llorosa.

—¿Quién es? —preguntó el general al jefe político.

—Es la esposa del “maderista” prisionero.

—¡Ah...!

Y la miró inmutable y arrogante.

—¡Tú me lo entiegas y papá Dios te ayuda...! ¡Él no ha hecho nada, papacito...! Nómas lo están incriminando —insistía.

Y luego, volviendo los ojos angustiados hacia Gaby, imploró:

—¡Tú dile que sí, mamacita, tú que tienes cara de virgencita y debes de ser buena!

Gaby la miró con ternura, hondamente conmovida. Y vio también al hombre que la acompañaba. Era apenas joven, de ojos profundos y boca sensual, sombreada por un incipiente bigote. Su piel acusaba el color cetrino de los indígenas, y aun cuando su mirada era relampagueante, había en ella un matiz de ensoñación que la hacía atrayente e inolvidable.



—Trataré de ayudarla —musitó Gaby—. Yo le ofrezco que...

—No ofrezcas algo que no puedas cumplir —interrumpió con marcado disgusto el general.

Y dirigiéndose a uno de sus ayudantes subrayó:

—Haga a un lado a esta mujer.

Pero rápidamente el hombre que la acompañaba se interpuso y casi la levantó en vilo.

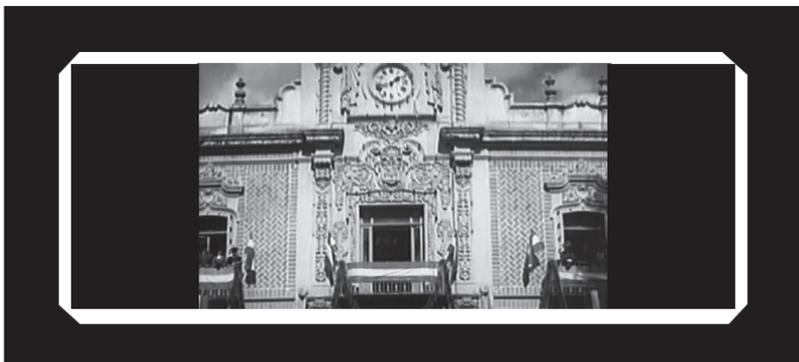
—Es más mejor esto que deber el favor —le dijo—. ¡Pero que se acuerde que arrieros semos...! Y ora vámonos ya, mamá, antes que pase otra cosa.



En la ciudad se apagaron las voces y un duro silencio se extendió por sus calles.

Empequeñecida por su desgracia, la esposa del prisionero se acurrucó en tres dobleces al pie de un fresno, en tanto su hijo miraba fijamente la puerta de Palacio, donde la había visto humillarse y llorar desesperadamente ante el gobernador insensible y despiadado, y había oído las palabras de Gaby que todavía sonaban en su interior muy gratamente, como si fueran trinos de pájaros.





IV



EL PATIO DEL PALACIO fue engalanado con flores y plantas de sombra, debidamente combinadas. En el lugar de honor se veía un retrato de don Porfirio Díaz, y en los muros gruesas guías de follaje y “panneaux” de margaritas. De la lámpara de luz incandescente que había en el centro del patio descendía, hasta las mesas, un abanico de guirnaldas, y sobre los albos y largos manteles se alineaba la cristalería colorida y la porcelana del restaurante Magloire, de Puebla, a cuyo cargo quedó todo el servicio del banquete.

Si la sopa de macarrones “al gratín” estuvo aderezada no sólo con los condimentos propios, sino con los de la conversación agradable, las truchas con salsa de alcaparra y el pollo a la borgoñona se deslizaron con deleite de vinos blancos y tintos y entre los comentarios y murmuraciones de los comensales, más y más agudos a medida que la confianza alzaba sus velos y permitía que todos se explayaran de la mejor manera posible, sin barreras ni tapujos.

—¿Te diste cuenta de la cara que puso la gobernadora cuando la llamé al orden el general? —inquirió alguien.

—Claro que sí.

—Se conoce que el general es de genio muy vivo y que le gusta que lo obedezcan.

—Eso desde luego. El que manda, manda; y él ha mandado toda su vida.

—Un hombre así era el que necesitábamos —comentó el recaudador de rentas, don Tirso Bonilla—. Ya no más debilidades ni contemporizaciones, sino energía y autoridad. Que de una vez por todas sienta la plebe el poder de la fuerza y reconozca que con el gobierno no se juega. ¡Donde iríamos a parar si viéramos sentado, en el lugar que ocupa el general Garza, al tlachiquero revoltoso...!

—¡Por Dios, don Tirso, no diga usted eso...! No lo piense siquiera. Menudo susto han de tener ahora que saben que el Presidente mandó un general, y de los buenos, para que los aplaque. Ya vio usted cómo luego vino a rogarle la mujer del preso.

—Infeliz de él. ¡No quisiera estar en su pellejo!

—Pues a lo mejor se salva. Ya oyó usted que la gobernadora ofreció interponer su influencia. Y cuando una mujer...

—¡Qué influencia ni qué nada! —cortó don Tirso.

Un general como el general Garza no admite influencias, y menos de una mujer, aunque esta sea su esposa. Y si no, al tiempo...

Mas llegó la hora del “champagne”, y el licenciado Eusebio Ugarte, presidente del Tribunal, hubo de ofrecer el banquete en un brindis por demás elocuente, en el que analizó la vida militar del general, disertó sobre la democracia, la paz, el progreso y el bienestar de la República, recios puntuales de la administración de Porfirio Díaz y lo que unas y otros significaban en la vida del estado, fiel a los principios liberales y humilde espejo ciudadano de la alta política estructurada por el caudillo para bien de México.

—...Y todo eso que hemos recibido del señor general Díaz —concluyó— esperamos alcanzarlo de usted, pues que no en vano los liga a ambos una afinidad en las ideas y un insobornable afecto a la amistad.

Cuando el señor gobernador se puso de pie, un respetuoso silencio le formó marco a su parquedad en el hablar.

—Yo, como soldado —dijo—, he tenido un lema en mi vida: “orden y trabajo”, y es orden y trabajo lo que me propongo implantar y desarrollar aquí. De eso estad seguros.

Pero ni una palabra pronunció de agradecimiento, ni exteriorizó su contento o disgusto. Desde el pedestal que le habían levantado la adulación y la ignominia de los hombres, veía a todos con protectora suficiencia y se sentía merecedor de los mayores rendimientos y de las sumisiones más ominosas. Porque para eso había templado su carácter en el crisol del militarismo y sufrido cruentamente en los mil y un accidentes de su peregrinar guerrero.

—Habla poco —glosó uno de los asistentes al banquete.

—Pero dice mucho —replicó don Tirso—, y eso es lo que vale.

Comenzaba a caer la tarde cuando el patio del Palacio se fue quedando vacío y sumido en una quietud pastosa. Igual que si de pronto todo el tezontle y la piedra de su arquitectura se le hubieran echado encima para sepultar la algarabía y el vocerío que lo llenaran antes y que ya no dejaría salir sino hasta en la noche, cuando empezaron a escucharse los primeros compases del Club Verde en los salones feéricamente iluminados para el baile recepcional.



El Salón Rojo del Palacio de Gobierno parecía un ascua. Las tres grandes “arañas” que pendían del techo de vigas de cedro extendían sus cortinas de fulgores contra el raso de la sillería Luis XVI que se alineaba a lo largo de los muros, y sobre la variedad de tules y muselinas de seda con que estaban confeccionados los trajes de las damas, que por esta vez habían hecho derroches de buen gusto y de riqueza exhibiendo sus brazaletes de diamantes, sus collares de perlas y sus “ahogadores” de brillantes.



Gaby aparecía radiante y hermosa en su atavío hecho de sa-tén rosa y velado por muselina de seda, rosa también. La falda tenía una ancha banda de terciopelo coral, rematada con motivos bordados de perlas y corales en diferentes tonos, que igualmente adornaban el cuerpo, hecho en terciopelo y que cortaba una túnica abierta y drapeada de la misma muselina que se recogía en lazos de “moulin” de listón coral. Un “cabochon” de rubíes engarzados en oro completaban sus galas, que lo hacían descollar, entre todas, por lo elegante de su porte, lo deslumbrador de su hermosura y por ese “savoir” aristocrático que le era propio y que aun en México le había distinguido en sus salones de la “élite”.

De los vales “Tristes jardines”, “Blanca” y “Cuando el amor muere”, se pasó a las “Danzas nocturnas” de Jordá, “Gardenias” de Velino M. Preza, y a las mazurcas “Mi última flor” de Ignacio Lira y Lira, y “Matilde”, que se bailaron discretamente sin cruzar con las parejas sino las frases consabidas de “¡qué bien baila usted!” y “¡es usted muy amable!” —que eran como la sal y la pimienta del buen danzar y de la rectitud de juicio— y guardando las distancias necesarias a la decencia a carta cabal.

Entre vals y danza y entre danza y mazurca se fumaron cigarrillos y se tomaron refrescos. Y si algunos grupos aislados conversaban animadamente, otros descansaban tendidos en muelles sillones en espera de que el “bastonero” anunciara la próxima pieza de baile, incidiendo en comentar el donaire de Ausencia, Rosa y Leonor para girar al ritmo de la música.

—Como lo oye usted, mi general —afirmaba el jefe político—, ese prisionero es pícaro consumado. Se llama Agustín Rojano y no creo que sea esta la única de sus fechorías. Ya en el Juzgado de Letras se están buscando sus antecedentes, que sin duda alguna ha de haber, para que así se norme el criterio con que tendrá que juzgársele.

—A un rebelde no se le juzga sino como rebelde —afirmó el general, recorriendo con la vista a todos los que le hacían corro—.



Se le interroga primero, y conteste o no conteste, se le ahorca después.

—Es cierto. Con gente de esta calaña sólo valen los procedimientos drásticos.

—Es la única forma de escarmentarlos. En la guerra del Yaqi, una vez cogí a veinte prisioneros y ordené que a todos les cortaran la cabeza para que las exhibieran clavadas en picas. Desde entonces, ya sabían la suerte que corrían conmigo los que caían en mis manos.

—Y mire usted que no hay comparación posible. Esos indios viven en estado salvaje y los de aquí no.

—El indio es indio siempre es igual de salvaje el de una región que el de otra. Nacen, crecen y se multiplican como ortigas.

—¿No admite usted excepciones, señor gobernador? —inquirió con malicia el licenciado Ugarte.

—¡No!

Se hubiera dicho que caía hielo sobre la reunión. Unos a otros se miraron perplejos. Luego, volvió a la carga el licenciado:

—Juárez era indio y el general Díaz también.

—Pero ellos, y otros muchos que podía citar, provienen de razas de indios ya extinguidas, debidamente juzgadas por la historia, y no de las actuales, que es preciso exterminar —dogmatizó el gobernante.

—Eso es verdad, mi general. Ningún indio de los de ahora se ha distinguido en algo —terció el doctor Mancilla—, a no ser en el latrocinio y el homicidio a mansalva, en que sí son muy diestros.

—Pero no obstante...

—No hay peros posibles, licenciado —cortó tajante el general—. O acabamos con los indios, o ellos acaban con nosotros. Y yo, la verdad, no quiero estar a su merced. Por eso me propongo ser implacable con los “alzados” de aquí. Un ejemplo oportuno salva muchos contratiempos.



—¿Piensa usted pasar por las armas al hombre que tenemos encarcelado? —preguntó dubitativamente el licenciado.

—No precisamente. ¡Su vida no vale las balas que se gastarían al fusilarlo! En cambio una reata anudada al cuello...

Un coro de risas, mitad nerviosas, mitad de halago incondicional, acogió las frases del general. Efectivamente, había que vivir como hasta ahora se había vivido, y si para lograrlo era preciso colgar a todos aquellos que trataban de impedirlo, había en el campo, y en la propia ciudad, muchos árboles que no se resentirían por balancear los cuerpos de los rebeldes, para ejemplo de los contumaces, y un acopio de intereses creados suficiente para ahogar de cuajo los apetitos incomprensibles de la chusma indígena que, de la noche a la mañana, se empeñaba en domeñar a sus amos.

Pero en tanto los políticos persistían en su conversación sobre las medidas de gobierno que era preciso adoptar para el bien futuro, Fernandito Montiel se afanaba en ser agradable a la señora gobernadora, ante el azoro de los timoratos, que ya murmuraban a hurtadillas:

—Lo siento por Fernando —insinuó Espinosa de los Monteros, su amigo entrañable—. Esta vez no ganará la partida.

—No lo creas —dijo Pepito Larios—. Esta vez, como en otras, Fernando se saldrá con la suya, es decir ..., con la generala...

Todos rieron, recordando las hazañas en que Fernando había sido protagonista. Pepito continuó:

—El general será el del dinero, el de los trajes, el de las joyas... Fernando, el de las citas y las caricias turbadoras.

—¡Y vaya que es guapa la gobernadora! ¿Se fijaron en el pie tan pequeño que tiene y en su coquetería para enseñarlo?

—¡Y para enseñar algo más...! —insistió malévolamente Pepito.

Volvieron a reír a carcajadas, pero súbitamente tuvieron que reprimirlas porque en esos momentos pasaba junto a ellos la pareja de sus murmuraciones.



Bailaban lentamente, ajenos a los comentarios picarescos y a las miradas maliciosas, que ya los perseguían. Fernandito se insinuaba con gala de atrevimiento y más y más persuasivo a medida que menos resistencia creía que la generala le oponía.

—Acabo de conocerla y ya me duele no haber sido antes su amigo —le murmuraba—. ¡Pero lo seré, estoy seguro!

—No puede negarse que es usted categórico —le replicó Gaby.

—Por lo menos, juego sin cartas marcadas.

—¡Qué emocionante! Bien se ve que es usted terrible.

—Pero no para usted.

—¡Oh, no, para mí no lo es! Usted debe comprender que estoy acostumbrada a oír de los hombres las mismas palabras. ¡Ya conozco la lección...!

Y Gaby sonrió con desenfado.

Fernandito no pudo replicar. Las palabras de ella lo habían herido en lo más hondo y bien le advertían lo difícil que iba a resultar la empresa de lograr no ya un posible entendimiento amoroso, pero ni siquiera de amistad desinteresada. Para no aparecer como un resentido, prefirió tomar a broma lo que momentos antes le era trascendental. Así que cambió el tema de su charla, entre risas y frases huecas, con el firme propósito de insistir en él cuando el trato y la labor de convencimiento lo colocaran en situación ventajosa y no simplemente en la de un profesional de la aventura.

Mas poco a poco la animación y el bullicio fueron decayendo y ya no volvieron a surgir sino cuando el “bastonero” anunció “la Gaviota”, de Bartel, como último númeroailable. Entonces sí tomó la alegría nuevos bríos y otra vez la algazara corrió entre danzarines como agua de lluvia.

Y así continuó hasta que la música cesó y concluyó el baile que mucho tiempo después se habría de recordar efusivamente.





V



CONCLUIDO EL PROGRAMA de festejos, la ciudad volvió a la vida normal. Abrieron los comercios, las escuelas se llenaron de la algarabía de los niños y en las oficinas públicas se inició nuevamente el tráfaigo del papeleo administrativo.

De los días de jolgorio ya no quedaban vestigios sino en las calles, que conservaban aún las enramadas y cadenas de papel, marchitas unas y otras destrozadas: y en algún balcón, donde persistían extendidos los lienzos tricolores.

Muy de mañana el señor gobernador se había presentado en su despacho, donde ya lo aguardaba el jefe político, citado previamente.

Del rigor del saludo se pasó al de la realización del plan concebido por el general para “hacer hablar” al prisionero.

—¿Están listos los caballos?— preguntó con sequedad.

—Sí, mi general. Desde la madrugada los rurales sacaron a Rojano de la cárcel. Ya deben ir llegando a La Escondida.

Y, efectivamente, poco les faltaba para arribar a esa selva en pequeño que la gente de por allá la llamaba La Escondida por encontrarse oculta y enclavada en las faldas del monterío serrano.

En medio de ocho rurales caminaba el prisionero, amarrado de las manos y cubierto de sudor. A lo lejos, sin perderlo de vista, cayendo unas veces y en otras punzantemente herida por espinas y cardos, pero infatigable en su trotecito caminero, iba la mujer de Rojano, que no se había separado del frente de la cárcel desde que metieron en ella a su marido, temerosa de que algún día lo sacaran, como ahora, y lo fusilaran “nada más por ai”, como acostumbra hacerlo la gente del mayor Cruz Romero.

Felipe Rojano nada sabía de las tribulaciones que en esos momentos sufrían sus padres. Además, hubiera sido inútil y hasta peligrosa su presencia en ese vía crucis, en el que no lo hubieran dejado tomar parte, y que lo obligaría a renunciar a la venganza que día a día iba alimentando dentro de sí, con marcados visos de obsesión.

—Pue'que más mejor me convenga estar acá que acompañándola a usted —decía a su madre—. Yo que los veo que maltratan a mi papá, y alueguito que salto las trancas. Y entonces lo echo todo a perder. Mas eso sí, el que la haga, la paga, ¡la mera verdá de Dios!

A poco, los rurales y Agustín Rojano se vieron metidos en La Escondida, donde se abría una vegetación exuberante y tupida.

Cedros, anacahuites, encinos, pinos, fresnos y eucaliptos se confundían unos entre otros y de todos pendían largos, resistentes bejucos, entrelazados, en maraña, como para apretarse y formar bóvedas impenetrables por el sol, naves altísimas que eran refugio de sombras y de las que se desprendían fragancias variadas y músicas de pájaros e insectos que llegaban, a nivel de la tierra, húmedas de aguaceros torrenciales y de tormentas torvas.

El ceniztonle, el jilguero, el saltapared, el gorrión y la tórtola quejumbrosa formaban esa orquesta selvática que a pausas interrumpían el silbar de las serpientes y el aullar lastimero y prolongado de los coyotes. Y sólo como un descanso, como un suave



sedante para los sentidos, el canto agudo de los grillos y el batir de alas de los chupamirtos inquietos, saltarines de una fronda a otra.

Entre rocas enanas, diseminadas entre la maleza diversa que se cubría con todas las tonalidades del verde —desde aquel que parece desvanecerse en amarillo, hasta el oscuro seco, prieto y duro que mancha los follajes—, surgían flores extraordinarias y policromas, de pétalos cóncavos o aterciopelados y carnosos, blancos y rojos, anaranjados y azules. Flores extrañas, de tamaño gigante, que crecían solitarias sobre tallos firmes, o minúsculas y leves, que se deshojaban al más insignificante impulso del viento, que a veces parecía gemir al cruzar entre las ramazones de los árboles y el tumulto de las hojas.

De tronco a tronco se tendían encajes de enredaderas, cargadas de azaleas; y en la tierra, los helechos, de formas y tamaños variados, crecían junto a un arroyito de agua limpia, claramente azul, que se despeñaba desde un montículo amurallado de follaje. Y aquí y allá espesos matorrales de plantas espinosas que impedían el paso o dolían al hollarlas.

Era una densa vegetación que cerraba los caminos y requería el uso de machete que la cortara palmo a palmo, perforando su verde muro para descubrir nuevas brechas hacia el falderío montañoso.

En medio de ese espectáculo que prodigaba la naturaleza hicieron alto los rurales, insignificantes frente a la grandiosidad de La Escondida, en la que se concentraban trinos y alaridos, árboles y musgo, zumbiar de tábanos y volar de mariposas, humedad y cielo. Y todo dentro de un marco colorido en el que brillaban los azules y los verdes, los morados y los rojos, lo amarillo y lo blanco. Como si de ahí se surtiera el arco iris para pintarse y brillar entre la lluvia y contra el sol en los atardeceres luminosos.

Apenas habían tenido tiempo los rurales de descansar de la jornada cuando ya estaban abriendo un hoyo en el sitio que hallaron más escampado.



Agustín Rojano los veía cavar, con ojos desorbitados, lo que pensaba que iba a ser su sepultura, después de que lo abatieran las balas de sus verdugos. Pero lo cierto era que estos mismos ignoraban el destino de su tarea, que realizaban con desagrado y sólo por cumplir con la orden del mayor Romero; “cavan un hoyo como para hacer barbacoa, pero un poquito más hondo, y esperan a que llegue el general y les diga para qué lo quiere”, que habían recibido una hora antes, junto con el prisionero,

A la esposa de Rojano fue preciso impedirle que siguiera adelante y obligarla, por medio de un soldado que se le puso de guardia, a permanecer como a cien metros del sitio en que habían acampado, con la advertencia de que la amarrarían a un árbol si intentaba acercarse. De esta manera les resultaba más fácil su labor, y al mismo tiempo menos amarga, pues que no podían dejar a un lado un elemental sentimiento de piedad hacia el dolor humano que se reflejaba en las lágrimas de la mujer y en la congoja del hombre, que no sabían hasta dónde se les iba a desgarrar.

La llegada del general, de sus ayudantes y del jefe político a La Escondida, donde no sólo iban a atormentar al prisionero, sino de paso a ver qué piezas cazaban, violentó a los rurales en su trabajo.

—Háganlo más hondo —ordenó el general después de que se asomó a ver la profundidad del pozo—. Ahí no cabe ni un perro.

Y volviéndose al prisionero le preguntó a quemarropa:

—¿Quién es el jefe de los alzados?

—No sé señor —se limitó a contestar aquél, con una voz que se le oía apagada y temblorosa.

—¿Quién es?

—No sé, señor.

—Eres tú, ¿verdad?

—No sé, señor.

—¿Es el mayordomo del pueblo?

—No sé, señor.



—Es *El Manco* Arenas, ¿No?

—No sé, señor.

—¡Pero yo sí lo sé, bandido! —gritó estentóreamente el general—. ¡Eres tú, y los revoltosos que te siguen son de tu familia! Ya ves que sí lo sé. Ahora dímelo tú, antes de que te entierre vivo.

—En de veras que no sé nada, señor —se explayó Rojano, titubeante y estremecido, ante la inminencia de la tortura que le esperaba—. Me agarraron cuando volvía del campo y, ¡zas!, me llevaron a la cárcel quesque porque era de los levantados. Pero yo soy hombre legal, señor. Pregunte usted al que quiera si no es cierto.

—¿Y tu hermano era también un hombre legal? —preguntó con mofa el jefe político.

—Mi hermano ya está juzgado por la mano de Dios y Él sabe si era bueno o lo incriminan como ora a mí.

—¡Qué buena ficha no sería tu hermano que lo agarraron con la carabina en la mano! —comentó el general con burla y entre carcajadas de todos.

—Pos eso sí no lo sé, señor.

—Pues para que lo sepas y lo digas, te voy a meter en ese hoyo hasta que revientes.

—No señor, por su mamacita no me haga eso —clamaba Rojano lleno de pavor y con la sinceridad del que siendo inocente no concibe tal castigo—. Yo soy hombre de bien y siempre he respetado al gobierno, señor. ¡Viva Porfirio Díaz...! ¡Viva Porfirio Díaz...! —gritaba forcejeando con los rurales que lo tenían cogido de los brazos y movido por la esperanza de que el nombre invocado lo salvaría definitivamente.

—Esa es una treta que yo me sé muy bien —explicó el gobernador—. Primero gritan vivas al gobierno y luego se levantan en armas contra él. Ya soy viejo en eso y tengo el colmillo duro.

Y dirigiéndose a su ayudante, Gandarilla, le ordenó:

—Mire, Gandarilla, metan a este hombre en el hoyo, como al yaqui de hace dos años. Ya usted sabe.

El ayudante obedeció sin vacilar. A viva fuerza, venciendo la resistencia de Rojano, casi jalándolo a rastras hasta el hoyo, lograron meterlo en él, de pie y con las manos atadas por detrás.

—No le hagan, pelones montoneros —gritaba desesperado—. ¡Muera Porfirio Díaz! ¡Muera el hijo de...!

Una bofetada en pleno rostro, propinada por Gandarilla, acalló el insulto. Rojano sintió que le caía fuego en el cuerpo, junto con las paletadas de tierra que poco a poco lo iban cubriendo. Pero ya no habló más. Nuevamente volvió al hermetismo de su raza —que calla cuando quiere porque se nutre de su propio silencio y sólo se concreta a ser contemplativa e indiferente, aun a costa de sus hábitos de vida— y con un absoluto desdén se dio cuenta de cómo la tierra le llegaba hasta cerca de los hombros y de cuánto la apisonaba Gandarilla con los pies para que se le estrechara más al cuerpo.

—Ya veremos si dentro de una hora no hablas —exclamó el general—. De ti depende el tiempo que quieras estar metido ahí.

Y para no seguir sintiendo sobre los suyos los ojos de Rojano, que lo miraban rabiosamente, el señor gobernador optó por internarse en La Escondida en busca de animales que cobrar y en espera de que llegara “el propio” con la comida que les iban a enviar desde la ciudad a hora fija.

Sólo dos soldados quedaron de vigilancia cerca del torturado. A los otros se les ordenó que fueran a la vanguardia abriendo con sus machetes la maleza para que no hubiera tropiezos en la cacería que se iniciaba, justamente cuando el sol caía perpendicular sobre la arboleda, haciendo relucir todas las hojas y brillantando el cañón de los fusiles. Y uno más quedó al cuidado de las caballerías. El que estaba de guardia de la mujer de Rojano había acabado por compadecerse de ella y por alentarla para que no tuviera temor de que algo le pasara a su marido.



—No crea que lo vayan a tronar —le decía—. Para eso no era necesario venir tan lejos. Ai nomás por el camino hubiera sucedido todo. Y ya vio que no. Lo más que le puede pasar es que le den una cueriza. Y de eso no se ha de morir.

Pero lo que le pasaba a Rojano, ninguno de los dos lo imaginaba.

Fue primero un cosquilleo leve el que empezó a percibir, que le nacía en las plantas de los pies y que le iba subiendo, subiendo lentamente, como si la tierra que lo apretaba estuviera llena de hormigas y se hubieran dispersado por su piel, recorriéndola vertiginosas y punzantes.

Luego fue no sentir la carne, igual que si tuviera su cuerpo cortado a cercén desde los hombros para abajo y sus huesos se hubieran vuelto polvo y mezclado con la tierra misma. Más tarde vino el entrecerrar involuntariamente los ojos, el padecer la sensación de que los párpados se hacen más y más pesados y que las cosas, el aire y el paisaje se envuelven en velos de neblinas. Y por encima de todo, darse cuenta cabal de que las palabras se estrangulan en la garganta y que el grito se torna quejido y estertor, para así sufrir después un vacío en la cabeza que ya no permite considerar el peligro y la desesperación del momento y que, lentamente, produce dolor que arranca del cerebro hacia las sienas, tanto más agudo y con marcada impresión de estallido cuanto más transcurre el tiempo y más penetran las toxinas de la tierra en la sangre que ya circula dificultosamente por el cuerpo enterrado.

En aquella lucha angustiada de la vida contra la muerte, la voluntad era impotente, insignificante, apenas una brizna, para triunfar en ella, y sólo la rapidez con la que el abatimiento sobrevino, ya al caer la tarde, cuando a Rojano le pareció que todo lo que era sombra, todo lo que era oscuridad y noche, entraban por sus ojos y los cegaban, y que coincidió con la presencia del general y su gente en el lugar de la tortura, explica el que aquel hubiera sido desenterrado con alientos de vida.



—Ahora tenemos que llevarlo en angarillas —comentó el gobernador, molesto por haberle fallado “su sistema” para hacer hablar al prisionero.

Y mientras los rurales cortaban ramazones para construir las andas y uno de los ayudantes del gobernador se afanaba en dar respiración artificial al desvanecido para volverlo en sí, Gandarilla colocaba las liebres, las codornices y una aguililla, que habían cazado en el interior de La Escondida, sobre las grupas de los caballos, inquietos ya por tanto tiempo de estar enjaezados.

Cuando tuvieron terminadas las angarillas, donde recostaron a Rojano, se inició el regreso a la ciudad.

Desde que llegaron al arroyito, en cuyas orillas crecían grandes matas de menta, la noche empezó a venirse cielo abajo y hubo necesidad de alumbrar el camino con hachones que lucían un tinte rojizo.

Al pasar por el sitio en que aguardaba la mujer de Rojano, que había visto cómo llevaban a su esposo, no fue un grito lo que se escuchó, sino un alarido de fiera herida, que asustó a los pájaros en los árboles y los hizo volar. A empellones se abrió paso hasta donde iban los soldados cargando las angarillas y se aferró a ellas, angustiada, empequeñecida frente a los hombres que marchaban a caballo.

—¡Ya me lo mataron...! ¡Ya me lo mataron...! —repetía incesantemente, bebiéndose las lágrimas que le surcaban el rostro.

—No va muerto —le dijo un soldado—. Nomás perdió el sentido.

Caminaron entre la maleza, el musgo y los árboles, que se sucedían unos después de otros, interminables, retorcidos, misteriosos, como si trataran de espiar a la cabalgata desde su soledad húmeda, agrupándose aquí y allá, hasta lo oscuro, para hacerle sentir su fuerza dominadora de amos de la pequeña selva, de dueños de lo impenetrable, de guardianes de los animales, que son



su propia vida. ¡Y luego ese olor a hongo y carne podrida que se percibía por todas partes...! ¡Y ese constante silbar de las serpientes que coreaban las tórtolas desde las ramas de los oyameles o los turpiales entre las frondas de los anacahuites...! Y por si no fueran bastantes las voces y los rumores de La Escondida, allí estaba el llanto de una mujer, doloroso y sin consuelo, que iba regando el camino batido por los cascos de las caballerías y que parecía no tener fin...

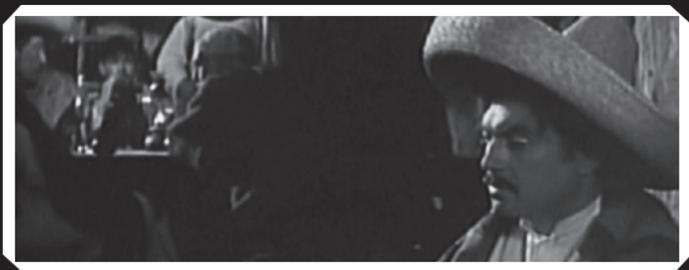
Cuando entraron a la meseta que llevaba al camino real, el andar de los hombres que cargaban a Rojano se oyó, acompasado y seco, rebotar en el lomerío lejano que se confundía con la noche.



Ya cerca del hospital a donde los conducían, el torturado pudo respirar hondo. Volvió su rostro amortecido hacia los ojos de su mujer, y muy lentamente le dijo, haciendo una mueca de dolor que creía ser sonrisa:

—¡Ya lo ves, entodavía estoy vivo...!





VI



FUERON DOS LOS que faltaron al llamado de Felipe Rojano. Pero al día siguiente, en previsión de cualquier denuncia, sus cuerpos se encontraron apuñalados cerca del carril de La Carbonera.

El jacal abandonado de Arroyo Seco, donde tenía lugar la reunión, estaba apenas alumbrado por una mecha de sebo y se veía vacío: sin un apero de labranza, sin una silla, sin algo que diera la impresión de que fuera habitado.

Eran cerca de dieciocho hombres los que allí estaban agrupados en torno de Felipe, unos de pie y otros en cuclillas, pero todos imperturbables. Cobijados los más con sarapes rojos o a cuadros, cubiertos con anchos sombreros de palma que velaban sus caras ocre, sin pelo de barba, oían el relato de Felipe, que poco a poco iba subiendo de tono, conforme se amplificaba su cólera y su desprecio hacia los federales.

—¡Lo enterraron vivo, nomás con la cabeza fuera pa'que hablara! Pero ni por ésas habló. Ora está en el hospital y pue'que lo maten. Pero no le sacarán nada. Hasta l'último mi padre se aguantará como los meros machos.

—Si tú quieres, les podemos dar un susto y quitárselos —dijo uno de ellos—. A la medianoche les cáimos y ni quién se las huela. Pa'eso semos hombres y tenemos lo mesmo que ellos tienen.

—Por mí no había de quedar, que harto tengo que cobrarles —replicó Felipe—. Y cuantimás a ese viejito general, para el que desde ora soy mano. Pero lo malo está en que semos pocos los que tenemos armas, y ellos están bien forrados de tiros.

—¡Pa'lo que les servirían a l'ora de l'ora...! —comentó el mismo hombre de cara redonda, de ojos verdes y de boca delgada, siempre inmóvil—. Yo y otros tres nos podemos fajar solitos con los que nos salgan por la calle ancha en el ínter tú y los demás se jalan hasta l'hospital. Allí nomás hay gendarme, y ese con un manazo tiene. ¿O a poco no, Manco?

—A lo mejor sí —contestó *El Manco* Arenas, de ojos vivos, escondidos entre unas cejas espesas, de cabellos lacios sobre la frente y con la mano derecha en cabestrillo.

—¡Me quitan el nombre de Máximo Tépal si no puedo con ellos! —volvió a decir aquél—. Nomás acuérdense de cuando “La Sultana”: ¡pocos me parecieron los rurales que m'éché!

—¡Mía'qué gracia! —exclamó uno a quien llamaban *El Pichuco*—. Dende onde estabas, tú podías verlos y ellos no. Allí l'adobera fue la que te hizo juerte.

—Sea lo que sea, pero a todos los mandé con el diablo. Y ahoy haría igualito. ¿Qué dices, Felipe?

—Ya te dije que por mí ya le estábamos dando, y más que se trata de mi padre. ¡Pero y qué tal si lo echamos todo a perder! Lo mejor es que les pregunte su razón a los señores Serdán. Si ellos dicen que sí pos luego luego, pero si no, nos fletamos hasta que ellos digan que sí y nos manden las carabinas que nos dijeron.

El Pichuco sacó de entre su cobija una botella con aguar-diente de tejocote, bebió un trago y en seguida la pasó al hombre inmediato, que hizo lo mismo. De esta manera, de boca en boca,



el aguardiente se agotó y los reunidos tuvieron que conformarse con fumar sus cigarros Pabellones, que encendían en la mecha de sebo.

—Lo mejor es que te vayas a Puebla —dijo *El Manco* Arenas.

—Eso es lo que quiero hacer —Replicó Felipe—. Mañana mismo me voy en “el directo”. Por eso es que los quise juntar esta noche, pa’contarles lo que hicieron los pelones con mi padre y pa’decirles que es bueno que sigan hablando con los peones de los ranchos y las haciendas y así estén listos pa’cuando se les diga. A ver qué razón traigo de Puebla.

Y empezó a distribuir comisiones y encargos:

—Yo y El Picucho nos vamos a Puebla. Tú —le dijo a Máximo— te vas a las haciendas de Santa Ana y La Concepción, a hablar con los que sabes; Carreto se va a la fábrica de San Manuel y *El Manco* a La Carolina y a La Trinidad. Allí tenemos a Santos Muñoz, que jala parejo y quesque ya tiene todo arreglado. A ver si es verdá o son habladas. Mi compadre Morales se va a la ciudá pa’qu’esté al pendiente de mi padre, y tú, Margarito, te vas a dar de alta con los rurales pa’que aluego nos digas cómo andan las cosas por allá y qu’es lo que se traen los “pelones”. Ya te dije todo lo que debes hacer y oír con las dos orejas.

—¿No les decimos nada d’eso a Mariano el carpintero y a Trino Rojas? —Inquirió Máximo.

—No, porque se me hace que nos quieren hacer una jugada. Ya ven que ni vinieron ahoy. Mejor ai te los encargo, Tío Chente —le dijo Felipe a un hombre de perfil repulsivo y de mirada torva de asesino—. ¡A ver qué haces pa’que no vayan a’blar!

Se miraron unos a otros, comprensivos de lo que esas palabras significaban. Pero ni un músculo se contrajo en sus caras, ni una palabra salió de sus bocas.

—Ora vámonos yendo —ordenó Felipe—. Unos por un lado y otros por otro. Y hasta que yo les diga.



El último en salir fue El Picucho, después de que apagó la mecha de sebo y jaló la puerta del jacal.

Caminó primero por una vereda abierta en un maizal y luego descendió hasta la vertiente de Arroyo Seco, por donde trotaba tío Chente, embozado en su cobija roja.

—Va a estar juerte la helada —dijo El Picucho al darle alcance—. Hasta los huesos duelen.

—Pos yo sé de unos que no la van a sentir— comentó tío Chente. Y se detuvo a encender un cigarro. La llama del cerillo iluminó un momento su rostro duro, en el que había una sonrisa siniestra. Luego siguió caminando, ya sin hablar, pero sumergido en sus pensamientos rastrosos y sombríos.

A su lado, por no dejar, cantaba El Picucho arrastrando las palabras y con voz que era más bien un lamento:

*Por el correo me están mandando razón,
me comunican que ya lo supo su máma,
quisiera volar, como vuela la telegrama
y para hacerle sus caricias a mi amor...*





VII

DOS DÍAS DESPUÉS, y en pleno “día de campo”, el general Garza recibió una noticia alarmante.

Esa mañana, desde muy temprano, habían salido de la ciudad toda la plana mayor del gobierno y toda la flor y nata de la sociedad capitalina, con rumbo al santuario enclavado en las faldas del Cerro que Gotea —a las márgenes del riachuelo que desciende del Potrero Hondo— y que a principios del siglo xvii fuera consagrado por su fundador, el anacoreta Juan Bautista de Jesús, a la Virgen de la Defensa.

Quien más, quien menos, las damas se afanaron en adquirir los últimos figurines de telas ligeras, apropiados para el campo, y las “jardineras” de grandes listones colgantes con que se cubrían del sol caminero. Y como previamente también habían confeccionado los pompones de estambre azul con que adornarían los arreos de los burros en que irían montadas, muy al clarear el alba se dedicaron a colocárselos en forma artística y por demás ostentosa.

El trayecto a la cañada de La Defensa se hizo entre las risas y la algazara de la caravana, que todo lo tomaba a broma y todo

le causaba hilaridad: lo mismo los rebuznos inopinados de los boricos, que el griterío temeroso de las damas mal montadas, o el repentino sobresalto de un caballo pajarero.

Las viandas y los refrescos iban a la vanguardia en grandes canastas cubiertas con servilletas de alemanisco, para protegerlos del polvo del camino y del que levantaban los cascos herrados de las cabalgaduras en tropel; en seguida, el grupo de señoras y señoritas acompañadas por alguno que otro caballero, y atrás, la corte del señor gobernador y sus ayudantes.

Fernandito Montiel iba, como ya fuera siendo costumbre, a la zaga de la generala.

—No sea cruel, Gaby —le dijo cuando pudieron adelantarse un poco de los demás—. No es posible que insista usted en esa actitud de indiferencia.

—¿De veras? —exclamó ella con la sonrisa en los labios.

—Le he dicho cuánto afecto le tengo y cómo día a día va siendo necesaria a mi vida. No puedo ya, no puedo seguir siendo el sujeto de sus burlas.

—Parece que olvida usted que soy casada.

—Demasiado lo tengo presente, pero aunque entiendo que es imposible que me ame, no dejo de abrigar la esperanza de llegar a ser su amigo predilecto. Una sonrisa suya sería para mí como una bendición del cielo.

—No blasfeme, por Dios. No diga tonterías.

—Las tengo que decir mientras usted persista en jugar conmigo como se juega con una sombrilla o con un abanico de pluma.

—Con los abanicos no se juega, Fernando. ¿no lo sabe usted? ¡Con los abanicos se habla...! —replicó Gaby con viveza, mitad sonriente y mitad burlona—. Tienen un lenguaje: “el lenguaje del abanico”, que hoy está de moda en México desde que Olimpia Lafón lo recita y lo canta todas las noches en el Principal. ¿No la ha oído usted?



—Por favor, Gaby, escúcheme usted. ¡Nada me interesa Olimpia Lafón!

—¿Cómo puede ser eso? A todos los hombres les interesa Olimpia Lafón y a ella le interesan todos los hombres.

—¡Usted es la única que a mí me interesa!

—Y yo le digo que usted no puede ser la excepción a esa regla. Vaya al teatro a verla una noche y cambiará de opinión. Además, es preciso que se quite de la cabeza esos pensamientos absurdos que no pueden ser, Fernando, que es imposible que llegue a ser realidad. ¿O acaso no se ha puesto usted a reflexionar sobre qué sucedería si el general se enterara de sus pretensiones?

La presencia de la esposa del juez de distrito y de Mercedes Ariza, que lograron alcanzar a la pareja, cortó en los labios de Fernando las palabras de reto que iba a pronunciar y que había meditado largamente en sus noches de insomnio para decir las cuando llegara la ocasión. ¡Qué le importaba el general y sus actos heroicos, si también él era hombre capaz de afrontar cualquier peligro y no en vano su habilidad como duelista le había aportado la consideración de los temerarios y el respeto de los pusilánimes o de los simplemente prudentes!

—La veíamos tan risueña —dijo la señora de Piñuela al emparejar su cabalgadura con la de Gaby—, que supimos que Fernando le estaría refiriendo algunos de esos cuentos graciosos que sabe; y como pecamos de curiosidad, aquí estamos para no privarnos de oírlos.

—Pues por esta vez se equivocaron —repuso Fernando, deseoso de cobrarse con creces la maliciosa interrupción—. No eran cuentos lo que contaba a la señora Garza, sino chismorreos de actualidad.

—¿Sobre política?

—No... ¡Sobre los devaneos amorosos de ciertas damas y las infidelidades de algunos señorones que conozco!



¡Ay, Jesús, qué de cosas no habrá inventado! —comentó con azoro Merceditas.

Y volviéndose a Gaby, para quien no había pasado inadvertido el rubor que tiñó las mejillas de la señora Piñuela, murmuró:

—A Fernando no hay que creerle ni el bendito, aunque lo rece hincado.

—¿Ah, sí? ...Algo de eso ya me iba sospechando —dijo Gaby con ironía—. ¿No es usted de mi opinión, señora Piñuela?

—Yo, la verdad —titubeó la aludida—, no creo capaz a Fernando de inventar embustes. Siempre lo he considerado todo un caballero.

—Y lo soy, señora, lo soy. ¡Líbreme el cielo de dejar de serlo por repetir, en pleno campo y para pasar el rato, lo que todas las gentes dicen! Murmurar así no es sino divertirse inocentemente.

Platicaron aún un breve trecho sobre temas sin importancia, porque a poco llegaron al centro de la cañada, donde ya los sirvientes habían tendido los manteles y encendido fuego para calentar los guisos. Y como el calor mañanero había estado fuerte, las señoras decidieron beber una copita de vermut y los señores de Catalán Font, para refrescarse y a guisa de aperitivo.

A partir de entonces, ya no decayó el regocijo general. Se habló de todo, se rió estrepitosamente, aun de la más pequeña minucia y se comió con hartura.

—Hacía mucho tiempo —comentó Merceditas— que no comía como hoy.

—Es que el campo siempre abre el apetito —glosó ingenuamente Lupe Rodríguez—. Sólo así se explica una el que las vacas siempre estén comiendo en el campo.

—Una carcajada colectiva acogió el comentario impertinente, pero sin sombra de maldad, que había hecho enrojecer de cólera a Merceditas.

—¡Cuando hables, fíjate en lo que dices! —le replicó llena de violencia.

—¡Pero si yo no he dicho nada malo! —explicó ella, confundida primero y después azorada, al oír que sus palabras volvían a causar risa entre los comensales.

—¡Lupita, por Dios...! —se concretó a decirle su mamá, visiblemente molesta.

—¿Qué les parece si jugamos a algo? —terció Gaby con toda oportunidad y a fin de terminar el incidente enojoso.

—Sí, sí, aceptado... Vamos a jugar —exclamaron mujeres y hombres a coro.

Y tal como lo dijeron lo llevaron a cabo. Se jugó a “los listones”, a “la monita ciega” y a “la víbora víbora de la mar”. Pero tan continuada e incansablemente que los más acabaron por declararse vencidos, yéndose a reposar bajo la sombra de los árboles, donde se inició la etapa de las canciones.

Se cantó “Las mariposas” y “Horas de luto”; se tarareó el chotis de “La verbena de la Paloma” y se obligó a Laura Colmenero, primera tiple del cuadro de aficionados de la localidad, a que cantara el aria de “La tempestad”, del maestro Chapí.

Al concluirla, el rumor del riachuelo parecía repetir las notas puras, cristalinas, que habían brotado de la garganta privilegiada, tal y como si quisiera aprenderlas para entonarlas cuando se quedara a solas con el silencio y las frondas de la cañada.

Fue entonces cuando cambió la decoración de La Defensa y se pasó de los tonos vivos que la iluminaban a los grises y desvaídos.

El mayor Cruz Romero llegó de la ciudad, a galope, y confidencialmente habló con el señor gobernador, que no pudo evitar, después de oírlo, su irritabilidad.

Se le vio palidecer primero y más tarde llenársele los ojos de rencor. Dominado por el vértigo de la ira, su furor fue creciendo más y más a medida que analizaba los hechos relatados por Romero,

que aparentemente no descubrían tener importancia, pero que a la larga sí podrían trastornar el orden en el estado que el general Díaz le había encomendado dirigir y resguardar de las incursiones levantiscas de los rebeldes locales, en indudable complicidad taimada con los Serdán, apenas unas horas antes abatidos por las balas de los federales y a quienes opusieron resistencia con las armas desde los balcones y azotea de su casa, en la calle de Santa Clara, de la ciudad de Puebla.

—En la refriega murió Máximo Serdán —explicó el mayor Romero—, y su hermana Carmen se salvó de ser fusilada por su sola condición de mujer. Ya se han hecho varias aprehensiones y cateos, pero mucho me temo, mi general, que con esto se encienda la mecha.

Sí, lo mismo que él temía: ¡que se prendiera la mecha! ¿Y todo por qué? Porque unos cuantos necios, y por añadidura bandidos descamisados, trataban de destituir el orden, la paz y seguridad públicas establecidos durante treinta años por Porfirio Díaz, anteponiendo a la tradición gloriosa del caudillo la endeble y oscura de Francisco I. Madero.

—Ahora van a saber esos robavacas quién soy yo —gritó colérico—. Conmigo no va a jugar ninguno. El que se me ponga enfrente, lo cuelgo.

Y ordenó que todos montaran para regresar a la ciudad.

El viaje se hizo sombríamente y con alarma. La noticia de los recientes sucesos en Puebla corrió de boca en boca, con la misma ligereza que el aire fuerte que empezaba a doblar la arboleda y los pastos, y a cual más llenó de temor y sobresalto.

Casi a la mitad del camino, el general Garza llamó al mayor Romero y le dijo:

—Llegando a la ciudad, me cuelga usted de un árbol del convento a ese tal Rojano.

—Sí, mi general.



—Y que ahí se quede toda la noche para que mañana lo vea la gente.

—Sí, mi general.

—¡Él va a ser el primer bandido que caiga...! Después seguirán los otros.

Se sintió fortalecido con esa orden, otra vez dueño de sí, invencible y altanero.

—Mañana mismo salimos para Zacatelco a aprehender a todos los revoltosos que hay por allí, agregó dirigiéndose al jefe político, que lo miró anonadado —. Quieren guerra, ¿no...? ¡Pues yo se las voy a dar!

—¿No cree usted que sería un poco precipitado el obrar así? —se aventuró a conjeturar Ariza.

—¡Lo sea o no lo sea, es mi voluntad, y yo soy el que manda! —le gritó con dureza.

Tal desahogo le pareció irrazonable al jefe político, pero no replicó por no desesperar al general y porque, además, iba sintiendo que el pecho se le oprimía poco a poco y que un frío tembloroso le recorría las piernas. Y tuvo miedo de que su voz lo delatará.

Cuando llegaron a la ciudad, las familias se despidieron sin efusión y apresuradamente se dirigieron a sus casas para comentar, a puerta cerrada, los acontecimientos precursores de días aciagos, y por demás temerosos de que algo trágico sucedería esa noche.

Como por arte de magia, todas las calles se fueron quedando solas. El Portal, siempre tan concurrido al caer la tarde, se veía vacío, sin que se escuchara sobre los mosaicos de su piso el ir y venir del taconeo de las señoritas jacarandosas que a esas horas lo recorrían a caza de novio, y sin que dejara ver siquiera los puestos de dulces cubiertos y de muéganos.

Un poco después de que los clarines de los rurales acuartelados tocaran “reunión” se vio al mayor Romero pasar a caballo, seguido de tres soldados, con rumbo al convento.



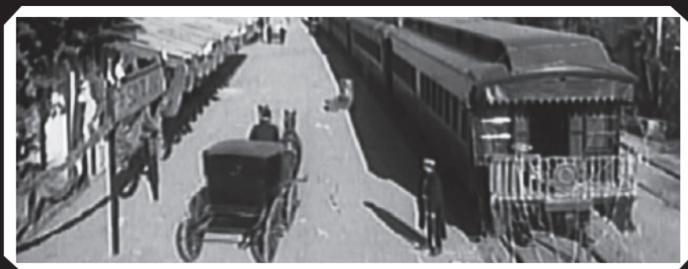
Y ahí, sin tener autorización del juez de letras que seguía proceso a Rojano, excarceló a éste y le ordenó que le pusieran en el cuello el lazo de la reata que previamente había sido pasado por entre las ramas de un fresno.

Rojano no pronunció palabra alguna cuando sintió en su carne el roce de la cuerda, ni demostró desasosiego o espanto. Sólo sus ojos, a la contraluz del crepúsculo, tenían esa mirada de acritud, taladrante, sin parpadeos, que el general Garza había conocido la tarde aquella de La Escondida y que ahora buscaban inútilmente a la esposa vigilante que por esta única vez —¡tan necesaria!— estaba ausente del lugar del injusto sacrificio.

Luego que todo quedó dispuesto, Romero ordenó a un soldado a quien llamaban El Colgador que atara uno de los extremos de la reata a la cabeza de la silla y que espoleara al caballo. Intempestivamente el animal dio la arrancada y el cuerpo de Rojano empezó a mecerse en el aire del atardecer, que no se rasgó por un solo lamento del ahorcado impasible.

—¡Este es el octavo que me jalo! —dijo El Colgador insensiblemente.

—¡Y no será el último! —comentó con presteza el mayor Romero—. Creo que vamos a necesitar muchas reatas para los que siguen.



VIII

SALTANDO DE UNA AZOTEA a otra, ya abandonada la carabina cerca de un pretil, Felipe Rojano pudo descolgarse al patio de una casa opuesta a la de los Serdán, en la calle de Santa Clara, de Puebla, y puñal en mano amedrentar a sus moradores para evitar que lo entregaran a la furia de los federales del batallón Zaragoza, posesionados del templo de San Cristóbal y de las azoteas contiguas a la de los conjurados, y contra los que habían abierto desde allí un fuego denso, imposibilitándoles la defensa.

Ya para entonces habían sido muertos, por las balas de los soldados sitiadores, Máximo Serdán y el estudiante Jesús Nieto y herida Carmen Serdán, que ni así dejaba de excitar a los rebeldes para que continuaran la pelea, que, por desigual, tuvo al fin que resultarles adversa.

Ya también habían logrado penetrar en la casa de los anti-reeleccionistas —denunciada al gobernador Mucio Martínez como depósito de armas, municiones y explosivos preparados para ser distribuidos entre los enemigos del gobierno— y detenido a los vencidos, entre los cuales no hallaron a Aquiles Serdán.

Y ya, por último, habían tenido que usar de la coacción, de los golpes y del tormento, para tratar de conseguir que los rebeldes delataran el lugar donde pudiera haberse escondido su líder. Mas ninguno se atrevió a decir que se hallaba incómodamente oculto bajo el piso de una recámara adonde había logrado llegar por una puerta falsa cuando se supo perdido.

De nada valieron las amenazas y los maltratos, la dureza y la inconsideración. Inútiles las pesquisas que hicieron los militares y los policías del general Pita en toda la casa. ¡Aquiles Serdán no se encontraba ni entre los muertos ni entre los vivos!

Todos estos pormenores los llegó a saber Felipe Rojano por boca de un cochero de sitio cuando, ya pasada la alarma del combate intempestivo, pudo abandonar la casa donde se había refugiado y acercarse, hasta donde era permitido, al lugar de los sucesos.

—Un tal Aquiles fue el único que se escapó —comentaba el cochero—. Todos los demás cayeron como corderitos.

—¿Eran muchos? —preguntó alguien.

—¡Qué va...! Apenas unos quince, y eso contando a las mujeres.

—¿A poco también las viejas le entraron a los cocolazos?

—Pues luego. Ahorita las acabo de ver pasar rumbo a la Inspección. Todos los revoltosos iban por delante, entre muchos soldados, y ellas nomás atrasito.

—¿Y cree usted que los fusile?

—Pues pue'que sí... Cuantimás que se echaron al coronel Cabrera.

—¡Entonces sí los truenan! —sentenció, convencido, un cargador.

—Eso digo yo —replicó el cochero—. Por lo menos pa'que sirva de escarmiento.

Felipe Rojano ya no quiso oír más. Bien hubiera querido intervenir en la conversación del grupo que comentaba los hechos, gri-

tar vivas a Madero y excitar al pueblo, allí mismo, para que tomara las armas en defensa de la libertad. Valor y arrojo no le faltaban, ni mucho menos decisión; mas ¿cómo podría cumplir entonces con la misión que le encomendara, momentos antes, el jefe Aquiles?

—Tú no te me quedas aquí —le dijo a raíz de la primera descarga de fusilería que abatió, en el patio de la casa, a Miguel Cabrera y a su ayudante Murrieta—. Sube a la azotea y procura salir por alguna casa contigua. Es preciso que el 20 de noviembre ya estés al frente de tus hombres para darle el golpe al general Garza... ¡Anda y no lo olvides: el 20 de noviembre...!

Eso es, el 20 de noviembre, como decía el “Plan de San Luis”, que Felipe casi se sabía de memoria: “El día 20 de noviembre, desde las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan...”

—Imposible olvidarlo —masculló Felipe una vez que optó por alejarse de la gente que hacía corro al cochero—. Apenas si tengo dos días pa’arreglarlo todo.

Caminaba lentamente, angustiado por la suerte que le había tocado correr a El Picucho —ya incomunicado, a esas horas, en los separos de la Inspección—, y con el pensamiento reconcentrado en trazar planes para realizar, con éxito, la misión de levantarse en armas a las seis de la tarde del 20 de noviembre. Mas ¿por qué ahora le parecía andar sobre las nubes y no por las aceras de las calles? ¿Por qué sentía las piernas como si fueran de algodón? ¿Era porque sus pies ya arrastraban cansancio o porque hubiera querido tener alas para llegar cuanto antes a Arroyo Seco, juntar a sus hombres e iniciar el asedio a la ciudad?

Sus nervios los sabía inalterables, fríamente seguros y como laminados. Los músculos de su rostro no delataban contracciones de inquietud y aun el parpadear de sus ojos se diría imperceptible, de tan dura su voluntad para no exteriorizar sus emociones.



A no ser por esa sensación de flojedad en sus piernas, de muelle blandura, reveladora de su ansia incontenible por llegar al pueblo que iba a ser punto de partida de sus primeras rebeldías, Felipe se consideraría tranquilo, dueño de sí y sin zozobras. Mas como la distancia desde Puebla a Arroyo Seco era de kilómetros y recorrerlos a pie equivalía a arribar al filo de la medianoche y a sufrir un desgaste de energías que ahora más que nunca precisaba conservar, prefirió esperar “el mixto” de Veracruz en el jardín aledaño a la estación del Ferrocarril Mexicano.

Desde la banca en que estaba sentado, bajo la sombra de un trueno enano, Felipe empezó a mirar —sin verlo realmente— todo lo que había frente a él: una fuente de azulejos surtida de agua por el pico de una garza; un puesto de cacahuates y guayabas expuestos al sol; dos o tres carretelas de bandera enfiladas a la orilla de la calle y uncidas a caballos flacos y con mataduras colmadas de moscas; las letras en azul del rótulo de la “Botica del Señor de los Trabajos” y en rojo las de “Precios módicos” pintadas sobre el muro divisorio de las puertas; el zaguán de una casa, abierto de par en par, que permitía ver el patio adornado con macetas y una escalera, al fondo, con barandales de hierro forjado; unos balcones con toldos desteñidos y vidrieras cubiertas por persianas; un pretil cuajado de palomas colipavos y silvestres de cuellos tornasoles; y, como remate de los techos de las casas, un cielo seco, débilmente azul y limpio de nubes.

Cielo y casas, gentes y cosas, los veía Felipe introvertidamente, sin parar mientes en sus contornos o en sus acciones. Su pensamiento, ya de por sí vivaz, y por duramente atenaceado ahora por los acontecimientos del día, imposible de fijarlo en nimiedades, vagaba de la calle de Santa Clara a la carabina que dejó abandonada en la azotea de la casa que le sirvió de refugio; del patio de ésta a los separos de la Inspección donde El Picucho se agotaría de desesperación —asomado el espanto en sus ojos—, y de ahí a los



cerros y barrancos que iban a ser escenarios de sus correrías. Pero todo interpolado y confuso, todo precipitadamente apreciado.

En esa desordenada valoración de hechos continuó meditando cuando ya instalado en el asiento del carro del tren inició el tránsito a su destino.

Pegada la cara al vidrio de la ventanilla, que poco a poco fue opacando con su aliento, vio pasar una aldea, la torre trunca de una iglesia, un árbol, otro árbol y muchos más. Se dio cuenta que la tierra giraba hacia atrás, arrastrándolo todo, y que los árboles y los postes del telégrafo como que se le echaban encima, para luego correr y hacerse pequeños, pequeñitos, casi unos puntos negros, en la lejanía arropada por nubes espumosas.

Oía el traqueteo del tren, su paso hueco sobre un río, el chirriar de las ruedas y el agudo silbido de la máquina que esfumaba, dentro del carro, la tos molesta y constante de una niña arrellanada en los brazos de su madre.

—Ya no tosas, por Dios, ya vamos a llegar...

Y en seguida, el canto de ella al oído de la enferma, suavemente modulado, como para acercarle, de puntillas, el sueño y la quietud.

En las curvas del camino miraba el brillo de los rieles, el humo que aventaba la chimenea de la locomotora —que por denso y vasto teñía de sombras el campo desolado—, y de vez en cuando el vuelo vertiginoso de un pájaro, sorprendido por el ruido del monstruo.

De pronto, las ruedas empezaron a crujir muy lentamente, después más lentamente y luego se detuvieron en una estación. La gente que ahí bajó hablaba a gritos, confundida y alegre. Había llegado a su fin, al término o al principio de su cansancio, e iba a vivir en la diaria tarea de la pasividad indiferente, ajena a la tormenta que se cernía sobre ella y cuya intensidad, en esos momentos, sólo Felipe apreciaba porque conocía su fuerza y su ímpetu incontenible.



Cuando de nuevo la máquina empezó a jadear y a arrastrar el peso de su cauda, Felipe volvió a escuchar el arrullo de la madre angustiada y a sentir el frío del atardecer que entraba por las ventanillas o que se colaba con el garrotero cuando abría la puerta del carro.

La estación se había quedado atrás, como una manchita blanca.

A poco, el tren penetró en un túnel y todo se llenó de sombras, igual que si la noche se hubiera despeñado o los ojos se quedaran ciegos. Las luces rojas de los cigarrillos jugueteaban en la oscuridad, como luciérnagas, y parecían ser las únicas manifestaciones de vida dentro del carro, ahora lleno de un humo sofocante, metido allí por la imprevisión de algunos que dejaron las ventanillas sin correr.

Para defender sus ojos de ese humo espeso, Felipe los cubrió con su mano, y sólo se dio cuenta que otra vez el aliento de la máquina se extendía sobre campo abierto cuando notó que unos hilitos de luz, apenas tenues, se deslizaban por entre sus dedos y le devolvían la diafanidad del atardecer y la frialdad del viento.

Muchos minutos después, el tren llegó a Arroyo Seco, donde se detuvo solamente el tiempo necesario para que el pasaje bajara.

Ya en el andén de la estación, Felipe lanzó unos silbidos agudos que parecieron curvarse en el ámbito y rebotar, más tarde, en la colina distante, de la que llegaron otros, como un eco, ampliamente sostenidos.

Oírlo Felipe y correr a campo traviesa, fue sólo decisión de un instante.

Entre los peñascales y los hondos derrumbaderos, por los atajos en declive y lo sinuoso de las veredas, se le vio perderse definitivamente cuando ya la luna empezaba a asomar su perfil amarillo por encima de la serranía y largos jirones de nubes rojas iluminaban sus ondulaciones que otra vez iban a mirar —como en los días perdidos de nuestro romance— la desolación y la muerte, el sufrimiento excedido y el estupor de la violencia desenfrenada y sin motivo.



IX



YA REUNIDO CON SUS amigos de confianza en el jacal de Arroyo Seco, Felipe Rojano se explayó en la narración de los sucesos de Puebla, en los que, sin quererlo, había figurado como actor, y que avivarían, como el aire a las llamas, la rebeldía incontenible de los inconformes con el sistema de gobierno de Porfirio Díaz.

—Con El Picucho ya van pa'dos las vidas que nos deben los “pelones” —rubricó *El Manco Arenas*—. Porque a éste se lo echan o lo cuelgan como acaban de hacer con tu papá...

—¿Cómo...? —preguntó vivamente intrigado Felipe.

—Sí, Felipe. No hará ni dos horas que lo colgaron.

La noticia, apenas sabida por algunos de boca de un “propio” enviado por Margarito, clavó en los ojos de Felipe una mirada de rencor tan dura, tan agresiva y siniestra, que se diría la de una fiera acosada e irremediabilmente perdida, pero resuelta a cobrar caro su abatimiento. Ni siquiera las lágrimas, que por sólo un momento la nublaron, pudieron dulcificarla; ni las frases de aliento y pesadumbre lograron arrancarle de su destemplanza y amargura.

—Todos sabemos que esto te duele y que te duele mucho —insistió en afirmar *El Manco* Arenas en alivio de su imprudente revelación—. Mas'ora ya no tiene remedio. Lo único que nos queda es cobrarnos en la misma moneda.

—Diez de ellos por cada uno de nosotros —sentenció Máximo Tépal—. Y a lo mejor pue'que más. ¿Qué dices Felipe?

—Que sí, que pue'que más... —replicó éste—. Mas eso sí, ya lo saben, el general es nomás pa'mí. ¡Jijo de aquel que le ponga una mano encima!

Estaba de pie, junto a la puerta, con la vista prendida en los albores de la luna, tratando de serenar su espíritu tan de golpe sacudido por la noticia infausta, y apurado por el ansia de disimular su pena y demostrar tranquilidad e indiferencia ante sus hombres, que no lo verían flaquear o amilanarse por el dolor, aunque su corazón ardiera por dentro y quisiera desbordarse en lágrimas de congoja.

Encendió un cigarro y bebió un tanto de la botella que alguien le puso en la mano. Se limpió los labios con los dedos y en seguida sacudió éstos sobre la tierra para arrojar las gotas de aguardiente que había recogido con ellos. Luego se volvió de cara a sus hombres, resuelto y reconfortado.

—Bueno, ya está —les dijo—. Eso ya no tiene importancia. Ora vamos a lo nuestro.

Y sacando de entre su blusa una hoja de papel impreso, empezó a dar lectura al manifiesto de Francisco I. Madero, de 5 de octubre de 1910, amparado con el título de *Plan de San Luis*.

Lo leía pausadamente, con voz segura y clara. Cuando notaba que alguien no comprendía un pasaje o era inadvertido alguno de los motivos en que debía fundarse la sublevación, releía el periodo con mayor lentitud y aclaraba su contenido y alcance en forma llana y elemental, pero a la vez precisa y atinada —pues que no en vano había recibido de los Serdán las expli-



caciones que ahora repetía al pie de la letra—, convencido de la importancia que entrañaba el entendimiento cabal de todos sus puntos.

Ya para terminar, imprimió mayor énfasis a su voz, sobre todo en el párrafo que principiaba: “Ciudadanos: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura...”, porque así pensaba enardecer el entusiasmo de sus oyentes y volver más impresionante el llamamiento a la rebelión proyectada que iba a desencadenar los instintos humanos, largamente retenidos por la fuerza de la sinrazón y la tiranía, y de la que tendrían que surgir, más temprano que tarde, las hogueras que había encendido un régimen político odioso e ilegal, bastantes para quemarlo.

—¡Ora sí ni quién se raje...! —comentó *El Manco Arenas* en un arranque de sinceridad.

—Y mucho menos ora que mañana se descuelgan los rurales hasta cá —explicó el “propio”—. Margarito me dijo quesque salían de allá tempranito pa’coger a todos desaprevenidos.

—Tanto como eso pue’que no —alardeó Máximo con bravuconería—. A lo mejor son ellos los que cáin en la ratonera. ¿Qué dices, Felipe?

—Que eso mero estaba pensando —replicó éste—. Como es casi seguro que vienen por el camino de Las Calaveras, nosotros los esperamos en El Calvario y ai nomás los atajamos si no son muchos, pos qué no vamos a perder a las primeras de cambio.

—Eso que ni qué —dijo Máximo—. Pero para estar listos, ya debíamos irnos yendo. ¿Qué me dices?

—¿Todos están avisados? —inquirió Rojano.

—Toditos. Nomás les damos la seña con el teponaxtle y aluego los tenemos acá con armas y caballos.



—Pos luego luego que les den la seña —ordenó Felipe—. Y a ver si tú no te dilatas en ir por lo rifles y las carrilleras que están en ca'de los Matamoros —le dijo a Rafael Carreto—. Llévate a dos contigo pa'que te ayuden.

Salió Carreto del jacal y con él cuatro hombres de los que ahí estaban.

—Te dije que te llevaras dos, pero no tantos.

—Es que estos otros son los del teponaxtle —explicó Carreto.

—¡Ah, bueno...! Entonces vete corriendo pa'que no se nos haga tarde.

Y en tanto Carreto regresaba con el armamento y se oía el taca-taca-tam del teponaxtle, Felipe tuvo noticias de lo que pasaba en la ciudad, fortificada ya por órdenes del general Garza tan pronto como llegaron de La Defensa y fuera ahorcado el padre de Rojano.

Varias porciones de la tropa rural se destacaron a puntos considerados como estratégicos, con la consigna de que los clarines lanzaran periódicamente toques diversos con contraseñas diferentes para dar la impresión de que la ciudad estaba debida y cuidadosamente guarnecida, y el 11º batallón copó el Palacio de Gobierno, la parroquia, el convento y el santuario, para dominar, desde sus alturas, las entradas de todos los caminos.

A los empleados públicos se les dotó de carabinas para que hicieran rondines por el carril de Santa Marta y el camino de Tlacomulco, y se destacó un cañón, al nivel del Portal y hacia el cerro de Las Calaveras, por si acaso intentaban los rebeldes asediar la población al amparo de esos peñascales.

El general Garza, desde sus oficinas se comunicaba telegráficamente con los jefes políticos de los distritos que integraban el estado —y aun con las secretarías de la Presidencia, de Guerra y Marina y de Gobernación— para recibir y transmitir partes de “sin novedad” o para dar instrucciones sobre la posible defensa y



vigilancia del territorio de su jurisdicción, al mismo tiempo que planeaba con el mayor Cruz Romero y el secretario de Gobierno la batida que daría a los rebeldes de Zacatelco y verificaba la lista de los que deberían aprehender indefectiblemente.

En el interior de las casas de la capital todo era desasosiego e incertidumbre. Las familias sufrían el temor de lo inusitado y de la alarma creciente, a la vez que el peso del silencio, que acallaba las voces y se tendía, como alfombra, en las calles taciturnas, apenas alumbradas por tres o cuatro macilentas lámparas de carbones. Desde hora temprana los portones habían sido atrancados y los comercios tenían cerradas sus puertas. De una que otra rendija se filtraba un hilo de luz y sólo la ventana del consultorio del doctor Herrerías se notaba semiabierta y en penumbra. Tras ella, al amparo de la sombra, se adivinaba la figura del médico humilde y bueno que tantos beneficios había regado en la población y cuya amable prestancia resultaba de su modo pausado de hablar, de su decir con sencillez las palabras, de cómo apenas accionaba con las manos y de la bondad con que miraban sus ojos detrás de los espejuelos con arillos de oro.

En sus años mozos debió haber estudiado, en el seminario de una provincia orgullosa, su latín y su retórica, a Horacio y a San Agustín. Pero una vez desvanecida la ambiciosa curiosidad, ha de haber incursionado en la lírica francesa para salvar las guías sentimentales o para estar a tono con el canon de la moda —¡eran tan elegantes los franceses!—, pues que sólo así podía explicarse su afición a los versos del duque Job, su gusto por la música y la pintura sin complicaciones y su afán decidido en apoyar todo aquello que hiciera grata la convivencia social. Y si por las mañanas cumplía su tarea como cirujano en el hospital, por las tardes dirigía al Grupo Artístico de Aficionados o presidía las sesiones del Club Verde. Mas todo encaminado a hacer el bien por el bien y no con ánimo de lograr recompensas.



Semioculto ahora tras la ventana de su consultorio, esperaba recibir, de un momento a otro, la autorización del general Garza para ir a convencer a los rebeldes de Zacatelco de la sinrazón de su movimiento armado. Podía intentarlo porque sabía que unos más y otros menos le eran deudores de salud y vida, de dolores contenidos o de sufrimientos disipados. Y aun cuando su pretensión no llegaba al grado de pensar que por sus gestiones se cortaría de cuajo la subversión inminente, sí alentaba la esperanza de conseguir, por lo menos, que no se convirtiera a la ciudad en escenario de fechorías.

Así se lo propuso al general Garza cuando supo que iba a salir, con los rurales, a combatirlos.

—Si ahora los ataca usted, mañana nos atacarán ellos. Es lo natural —concluía con buen sentido el doctor Herrerías—. Y no sé, pero creo que todavía es tiempo de evitar cualquier agresión.

—Voy a pensarlo, doctor —le respondió simplemente el general Garza—. Más tarde le haré saber mi resolución.

Pero las horas pasaban y el gobernador no daba muestras de considerar la proposición desinteresada. Muy por el contrario, todo ese ir y venir de soldados por la avenida Juárez, esos repentinos toques de cornetas, ese ambiente de soledad y de tinieblas que flotaba en las calles, descubrían la decisión de sofrenar militarmente esa pasión colectiva, hecha de múltiples anhelos dispersos, que ya era la Revolución.

De pronto se oyeron unos pasos frente a la ventana del consultorio y en seguida la voz —tan conocida— de Manuelito Arango, el practicante del hospital.

—Doctor —dijo muy quedamente—, esto se pone feo. Acabo de saber que los de Zacatelco son más de ochocientos hombres, en tanto aquí, los federales y los del estado, apenas si llegan a cuatrocientos.

—¿Quién dice eso? —inquirió dubitativamente el doctor.

—¡Yo lo sé muy bien...! Usted no ignora, porque es el único a quien se lo he contado, que desde que estuvo en el hospital el padre de Felipe Rojano he hecho migas con muchos de ellos. Y mire usted: ¡hasta me han propuesto que los siga! Ahora que yo, la verdad, me estoy animando a jugar el albur. Si ellos ganan, mi porvenir está asegurado.

—¿Y si pierden, como es casi seguro?

—No, doctor. No lo crea usted. Esta revolución es en serio y va a estallar en todo el país el mismo día. Lo que pasó en Puebla es revelador de lo que se viene. ¡Ya verá usted cómo ahora sí cae Porfirio Díaz definitivamente! Madero cuenta con mucha gente y mucho dinero.

—¡Qué va a contar, Manuelito...! Todos esos cuentos no son sino propaganda para conseguir adeptos. Además, ¿quién sabe algo de Madero? Lo único que se conoce de él es su afición al espiritismo. ¿Y usted concibe a un loco en la Presidencia de la República?

—Será lo que usted quiera, doctor. Pero no es nada más el nombre o la persona de Madero lo que mueve a la gente a la rebelión. Son las tiendas de raya, los jornales de miseria, el enriquecimiento de unos cuantos y el hambre de los demás. Es la imposición de los gobernantes y la burla que se hace de la voluntad del pueblo para elegirlos. Es la dictadura del grupo de “científicos” que está absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales y causando la bancarrota de nuestra patria. Son los desmanes de los favoritos y la impiedad para el indio. Son muchas cosas, doctor, que están latentes en las conciencias de todos y que ahora van a surgir para cortarlas de golpe y para siempre.

—Oyéndolo hablar así, se tiene que calcular cuánto es el tiempo que ha perdido usted en el hospital curando heridas, pudiendo haberlo ganado con creces como líder. Porque, desde luego, usted haría mejor papel entre los rebeldes que Domingo Arenas, por



ejemplo. ¿Se acuerda usted? Yo lo declaré imposibilitado para tomar las armas, por su manquedad, cuando lo cogieron en una de esas levas que he sido el primero en reprobar; y ya ve usted, ahora resulta que él es uno de los más connotados jefes de la rebelión. ¿Y qué podría decirse de Felipe Rojano, de Rafael Carreto, de Pablo Morales y Máximo Tépal...? Pues nada menos que son unos im-preparados e incapaces, no sólo para gobernar, sino para mandar a las gentes que los secunden en esta aventura insensata.

—¡Cómo está usted equivocado...! Si usted conociera los trabajos que han desarrollado, ¡con un plan, doctor, con un plan debidamente trazado!, para despertar en los postergados el sentimiento a la rebelión, no diría eso. Mucho me temo que algún día tendrá usted que reconocer su error.

—¡Ojalá y no llegue nunca ese día!

Fue entonces cuando de pronto venido de la lejanía, apenas en lenta sordina, empezó a escucharse, muy allá, el monorrítmico batir de un teponaxtle.

—¿Dónde habrá fiesta? —Preguntó el doctor, asociando el monótono sonido de ese instrumento musical con el regocijo popular desbordante en las festividades religiosas.

—¡Quién sabe...! —se concretó a decir Manuelito Arango.

Mas en Arroyo Seco el sonido uniforme del teponaxtle no se escuchaba diluido por la distancia. Allí se percibió primero como si viniera más allá de los cerros, de casi cerca de la montaña blanca. Luego se fue adentrando por los desfiladeros cada vez más sombríos, más cercano e incesante, y al fin resonó, en toda su intensidad, de crestería en crestería y de valle en valle.

—No tardarán en llegar mis hombres —exclamó Máximo Tépal.

Y así fue en efecto. Pronto apareció, entre los matorrales ale-daños al jacal, un hombre con la carabina entre las manos. Y luego otro, y otro más, y muchos. Brotaban de los maizales y los



peñascos, aparecían de improviso por la vertiente del arroyo, de junto a los almiarés y los jacaluchos, de los atajos y las hondonadas. Llegaban sudorosos y jadeantes, amenazadores y torvos. Eran hombres de piel bruniada por el sol, de manos ásperas y pies rajados por los riscos. Algunos estaban envueltos en cobijas, otros semi-desnudos y los más a caballo, pero todos con la carabina empuñada y cubierta la cintura y el pecho con carrilleras repletas de balas.

Al sonido de los teponaxtles, que marcaban ahora un ritmo fuertemente acentuando, todas las voces de los hombres se volvieron gritos arrolladores, imprecaciones e insolencias. Como si con esa música monocorde se les hubiera sobreexcitado el frenesí primitivo de su raza, por tanto tiempo enterrado con sus templos y sus dioses bárbaros.

Luego que Rojano y sus lugartenientes se armaron con las 30-30 y con las municiones que Carreto les entregara, Felipe montó sobre su caballo, recién amarrado de un horcón, y mirando a sus hombres orgullosa y altivamente, sólo pudo decirles:

—¡Ora síganme...!

—¡Que viva Felipe Rojano y muera el general Garza! —gritó Careto.

—No —corrigió Máximo Tépal.— ¡Que viva el general Felipe Rojano y muera Garza!

—¡Que viva...! —rugieron los rebeldes.

Y entre injurias y maldiciones, a la luz de las estrellas y con el fondo musical del lánguido percutir de los teponaxtles, los hombres de Felipe Rojano iniciaron su marcha hacia El Calvario.





X



EL ENCUENTRO DE los rebeldes con los federales en El Calvario no fue sino una escaramuza.

Parapetados tras los peñascos y los magueyales del camino, los hombres de Felipe Rojano esperaron —el ojo avizor y el dedo sobre el gatillo de la carabina— al general Garza y sus soldados que no presintieron ser sorprendidos por un tiroteo a dos lenguas escasas de su punto de partida.

Fue la avanzada de los rebeldes, al mando de Domingo Arenas, la que hizo la primera descarga cerrada contra los federales cuando a tranco lento salvaron uno de los recodos del trayecto y penetraron a la explanada, que los dejaba al descubierto y sin más defensa que la muy personal de saber arrendar al caballo para ponerse a salvo en un sitio guarecido o distante del alcance de las balas.

La extrañeza y la inquietud del general Garza al encontrar en esos lugares a gente que suponía a muchos kilómetros de distancia, le impulsó a usar de los acicates con su alazán, que se encabritó primero al sentir el incitativo y luego se tendió en carrera hacia el

recodo de la loma cercana, donde halló refugio, justamente cuando una bala chocaba contra una roca y se perdía zumbando en la lejanía.

—¡Por nada y me lo echo! —dijo con fruición uno de los alzados.

—¡Te lo echas y te echan a ti! —le explicó *El Manco Arenas*—. A ese hombre sólo lo puede tocar Felipe.

El mayor Romero y sus hombres también lograron ganar terreno hacia el recodo y desde allí iniciaron la defensiva. De uno y otro lados se cruzaban las balas —que el eco repetía como un tableteo incesante—, y de vez en cuando el sol mañanero arrancaba fulgores de los cañones acerados de los fusiles, como para descubrir lo insospechadamente escondidos que estaban entre los magüeyes y las peñas que se extendían a la vera del camino.

En el fondo de la campiña yacían tres o cuatro soldados federales, con los ojos dilatados por una expresión de horror y de sorpresa y con los labios contraídos por el dolor que penetrara en su carne, al parejo de las balas destrozadoras y sangrientas, en tanto sus caballos, ya sin dueño, corrían despavoridos por la hondonada.

El general Garza estaba furioso. Por una traición o por descuido veía comprometido su prestigio militar ante la chusma de facinerosos que lo obligaban a huir sin presentarles combate —cuando más necesario le era demostrar el poder de su jerarquía y mando, así como la fuerza del Gobierno que atacaban— y se sabía reducido a la impotencia de conseguir la más insignificante ventaja, porque cualquier acción que intentara, con sólo ochenta hombres, resultaría temeraria y funesta. Ellos eran los menos y los rebeldes los más. Y por si esto no fuera bastante, apenas si sus hombres llevaban municiones para sostener con decoro esa situación de lucha desproporcionada, en la que se ignoraba hasta el número de los contrarios y la posibilidad de sus recursos materiales de guerra.



A los aullidos, que no parecían humanos, de los rebeldes envalentonados; a las incitaciones provocativas de “¡Éntrenle, pelones infelices, que aquí esta su padre Felipe Rojano...!” el general Garza optó por contestar con el silencio de su retirada, que aunque le dolía en el alma y lastimaba su honor de soldado, era la única respuesta prudente en esos momentos tan adversos a su destino de héroe.

—Hoy les tocó la de ganar —le dijo al mayor Romero, en el regreso presuroso a la ciudad—. Mañana les tocará la de perder. Así es la guerra, como un cubo de noria: unas veces arriba y otras abajo.

Y ya no habló más. Muy adentro, al igual que sus hombres, sentía la amargura de la derrota y aun ese temor incoercible que se apodera del ánimo después del peligro esquivado. Al frente de su tropa y en medio de la naturaleza, marchaba ahora con apariencia de insignificante, pesadamente enmudecido y torturado por el rencor de la afrenta, pero hilvanados sus pensamientos en un solo deseo: el de vengar agravio pronta y despiadadamente, así tuviera que morir para lograrlo.

En el campo enemigo, por lo contrario, la retirada del general Garza desató el delirio de la victoria.

De los brincos y abrazos con alarido se pasó a las señas procazes y maldicientes y a la faena de cercar a los caballos mostrencos, que correteaban por la explanada, para ver quién se apropiaba de ellos como botín de la hazaña recién realizada.

A los soldados muertos se les enterró en hoyos equidistantes, abiertos con machete y no muy hondos, y se les amontonó tierra y jarilla para preservarlos de la voracidad de los perros y los coyotes. Al que sólo estaba herido se le condujo en angarillas hasta Arroyo Seco para que Melquiades, el curandero, se hiciera cargo de él y no se dijera que los maderistas carecían de sentimientos humanitarios para con los prisioneros. Porque al fin de cuentas eso era, en



efecto, el rural que ahora trasportaban con miramientos y al que las balas le habían destrozado un brazo y abierto una ancha herida sobre la frente, que presentaba un más terrible aspecto por la sangre coagulada que se miraba en sus bordes.

—Si así seguimos no nos van a servir ni pa'larranque —comentó Felipe con *El Manco* Arenas cuando iban camino de su pueblo, ya levantado el campo y dejado a Carreto en El Calvario con cien hombres, como avanzada de las huestes revolucionarias.

—¡Ojalá y mañana también nos salga al pelo lo de Zacatelco! —exclamó Arenas.

—¡Újuley, pos y cómo no nos ha de salir! —terció Máximo Tépal—. Mañana es el mero 20 de noviembre y ya todo está arreglado pa'las seis de la tarde. ¿O a poco no, Felipe?

—Sí, eso no va a tener chiste —contestó el cabecilla—. Como mañana es domingo, al jefe político lo vamos a agarrar durmiendo “la mona”. ¡Y de allí, pa'l rial...!

—Ónde que no son muchos los rurales —dijo Máximo—. Yo y veinte más de los míos podemos con ellos. ¿Qué me dices, Felipe?

—¡Que no...! Ya te dije que tú te vas por la estación a esperar que pase el tren y ver si se bajan refuerzos de los federales pa'que allí mesmo te fajes con ellos, y pa'que cuides también que no se nos pele alguno de los de acá; en el ínter yo me las avengo con el jefe político y *El Manco* le entra a los rurales.

—Caray, pos la mera verdá, no me está gustando eso. ¡A lo mejor no se baja del tren ningún “pelón” y yo no puedo levantarme en armas!

—¡Pero si desde ahoy ya estás levantado en armas!

—¡Cómo va' ser si entoavía no me echo la carabina al hombro pa'tronarla...! Ansí luego va resultar que ustedes sí se levantaron en armas y yo no. ¿Qué me dices ora, Felipe?

—¡Que tú haces lo que te mando!



—Bueno, está bien. Pero tan siquiera dime con qué carácter voy allá.

—Con el de coronel de mis fuerzas.

—¡A poco...! ¿Y *El Manco* qu'es?

—¡También coronel!

—Eso ya es otra cosa. Pero eso sí, de una vez por todas nomas te aviso que si ningún "pelón" se baja del tren, yo me levanto en armas contra el que sea. A mí no... Eso sí que no... ¡A mí no me friegan...!

Durante algún trecho, todavía se les oyó discutir los planes para el día siguiente. Hablaban con avidez, acaloradamente y con ciertos dejos de jactancia. Pero luego sus voces se fueron confundiendo con el golpetear de los cascos de los caballos sobre la tierra dura, y a poco acabaron por acallarse.

En tanto enfilaba la turba desenfrenada de Felipe Rojano con rumbo a Arroyo Seco, en la ciudad se extremaban los accidentes de la derrota sufrida por el general Garza. Las familias de los soldados muertos, en su tribulación, se encargaron de propagarlos, y ya de boca en boca fueron adquiriendo relieves de encarnizamiento si se trataba de los alzados, o de notoria impericia y exceso de confianza si era de los federales.

—Como hormigas dicen que brotaban los maderistas de entre los magueyes y los cerros. Y todos con carabinas nuevecitas y montados en buenos caballos —explicaba uno de tantos alarmistas a don Tirso Bonilla, el recaudador de renta.

—¿Pues ve usted eso? —replicó éste—. De nada les va a servir ser muchos y estar armados. Con el general Garza no van a poder jugar, va usted a verlo. ¡Es mucho general para ellos!

—No lo dudo, pero lo que es hoy sí jugaron con él. Imagínese usted que dicen que a la primera descarga todos los federales corrieron como liebres y que fue el general el que puso el ejemplo.

—¿Quién lo dice?

—Uno que estuvo ahí.



—Con seguridad debe ser maderista. ¡Qué va a correr el general Garza! Ese es de los que se mueren en la línea.

—Pues por aquello de las dudas, yo me voy a llevar a mi familia a Puebla. Ahí la situación tiene que ser menos grave.

—¡Eso es no tener fe en el gobierno de don Porfirio Díaz! —exclamó con arrebató el recaudador de rentas—. ¿Cómo cree usted que unas gavillas de desarrapados y mugrientos puedan destruir al ejército disciplinado del “Héroe del 2 de Abril”, vencedor de los franceses, considerados como los mejores soldados del mundo?

—Sea lo que sea, yo me voy, don Tirso. Y mientras más pronto, mejor. ¡Cómo estará la cosa de difícil, que por ahí dicen que la generala sale hoy mismo para México...!

—¡No es posible!

—Pues eso dicen...

Y aun cuando efectivamente corrió el rumor de que Gaby tomaría el “directo” para México y abandonaría la ciudad, tal noticia fue desmentida, más tarde, por Fernandito Montiel ante sus amigos.

—No se va —les dijo—. Ella misma me lo acaba de comunicar.

—¿Luego entonces tampoco es cierto que el general le propuso que se fuera? —inquirió Pepito Larios.

—No, eso sí es verdad. Pero ella le dijo que no se iba. Que donde él estuviera, ella estaría también. ¡Eso es ser mujer de temple...! Y allí está en su casa, muy quitada de la pena, tocando el piano.

Mas no obstante que esta noticia mermó un poco la alarma del momento, muchas familias se apresuraron a dejar cerradas sus casas —y entre ellas la de don Tirso Bonilla— y se dispusieron a tomar por asalto el tranvía de mulitas que las llevaría a la estación de Santa Ana, para allí abordar los trenes directos para Puebla o para la capital de la República, donde pensaban que sería más benigna la tormenta que se avecinaba.

La noche de ese día, para todos los que se quedaron en la ciudad, fue de inquietud y de zozobra. El más insignificante ruido al-



canzó proporciones mayores y la más absurda versión fue calificada de rotunda. Hubo galopadas de los rondines que cumplían los empleados públicos que se creyeran las de la avalancha rebelde, y tronar de “camarazos” y cohetería, en el aire del pueblo cercano, que se confundiera con el de un tiroteo. Porque los ánimos estaban intimidados y expectantes del momento en que los clarines de los rurales anunciaran “enemigo al frente” y se iniciara el amago a la ciudad.

Mas la noche pasó y con el clarear del alba llegó también la tranquilidad. Los comentarios más profusos ilustraron la angustia de las horas en vela y las prevenciones para las siguientes se ampliaron hasta el despropósito.

Durante la mañana y parte de la tarde no hubo más novedad que la noticia recibida de Puebla sobre la muerte de Aquiles Serdán, que confiadamente, y en la creencia de que su casa estaba sin vigilancia, se decidió a dejar su escondite para en seguida ser descubierto y abatido por el oficial de gendarmes Porfirio Pérez.

La noticia en sí no habría causado temor alguno si no hubiera llegado acompañada —ya anochecido— del relato alarmante de la sublevación en Zacatelco, de los desmanes cometidos por los rebeldes y aun del asalto al tren de pasajeros en las cercanías de Barranca Honda. Porque entonces toda serenidad se volvió disloque y toda confianza en el poder militar del gobierno una irrefrenable crispación de nervios. Muy a las claras se apreciaba ya que las fuerzas federales no las tenían todas consigo y que el movimiento sedicioso era de más grandes alcances que los que se le querían conceder.

Los levantamientos en armas de Felipe Rojano, en Zacatelco; de Pascual Orozco y Francisco Villa, en Chihuahua; de Maytorena, en Sonora; de Gavira, en Veracruz; de Cesáreo Castro, en Cuatro Ciénegas; de Maclovio Herrera, en Parral, y de Gabriel Hernández, en Hidalgo, no eran brotes aislados de descontento, fácilmente reprimibles. Eran cuentas del mismo collar, eslabones que se unían a otros para formar cadena, pétalos dispersos de una



sola flor, anhelos diseminados de una pasión común, más difíciles de abatir por la fuerza cuanto más se esparcían en las regiones del país y mejores posiciones adquirirían sobre el poder que trataban de aniquilar.

Así lo comprendían ahora, a regañadientes, los incondicionales del porfirismo, que sufrían lo indecible de sólo pensar que la montaña fuera a volverse valle y el valle se elevara a montaña. Así también lo apreciaban los revolucionarios, al darse cuenta de que el dominio de los federales era como un castillo de naipes, que el más leve sople podía desplomar.

Por lo menos en Zacatelco así aconteció. Cien hombres bastaron a Felipe Rojano y al manco Arenas para sorprender a los soldados del 11º batallón, que ahí estaban de destacamento, y causarles sería derrota. Lo imprevisto del ataque y el valor demostrado por los rebeldes al acercarse, contra toda táctica militar, a las puertas de la jefatura política que aquellos guarnecían, dieron por resultado la desorganización de los federales y su decisión de rendirse, ante la imposibilidad de huir o de contener el ímpetu maderista mientras llegaban refuerzos.

Dueños ya de la situación, los rebeldes echaron a vuelo las campanas de las iglesias, obligaron a los cornetas y tambores del destacamento a que tocaran sin cesar la “Diana”, y en seguida se entregaron a saquear las tiendas de abarrotes y las casas principales de la población. Quien no llevaba sobre sus espaldas un costal de frijol o unas latas de manteca, hacía esfuerzos para no soltar una máquina Singer o un par de espejos con marco dorado; y el que no había alcanzado como botín botellas de rompope o de Anís del Mono arrastraba por las calles las cortinas de terciopelo arrancadas a tirones de sus ménsulas.

Hubo alguno que se contentara con un álbum de fotografías, que miraba y miraba entre risas embrutecidas, y alguien más que cargara con un metate y la jaula de un perico.



De nada valieron, para contener este desenfreno de robar por robar, las descargas de fusilería que se oyeron por el rumbo de la estación y que más tarde se supo que las habían hecho los hombres de Máximo Tépal al asaltar el tren directo a Puebla, sin molestar al pasaje, nada más para que no se dijera que no se habían levantado en armas.

Sólo cuando se les convocó a reunión frente a la jefatura política, por medios del batir de los teponaxtles, fue que concluyeron los desmanes.

Desde uno de los balcones del edificio Felipe Rojano les dijo:

—Acaba de saber esta jefatura a mi cargo lo que todos han hecho en este lugar. Y como eso no está permitido en el plan del señor Madero, que dice que “las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen una población...”, desde ahoy les aviso que voy a mandar “tronar” a todo aquel que tenga en su poder cosas robadas, ¡Ya lo saben...!

—¡Los debías dejar pellizcar! —le aconsejó Máximo Tépal, ya de regreso de la estación—. Pue'que si no se nos pelen muchos. ¿Qué dices d'esto, Felipe?

—¡Que está bien que pellizquen, pero no tan fuerte! —contestó el aludido.



A la mañana siguiente, en las queiebras de la barranca, en la vertiente del arroyo y aun en las aguas del riachuelo, aparecieron máquinas de coser, mesas y sillas, espejos con las lunas rotas, alfombras y lámparas de centro, marquetas de queso y piloncillo, sacos de arroz y vitrioleros vacíos. ¡Todo eso, en fin, que los rebeldes se habían “avanzado” en sólo una noche de desorden





XI



DESPUÉS DE LA TOMA de Zacatelco menudearon los combates entre maderistas y federales.

Ya para entonces, las fuerzas de Rojano habían aumentado en más de dos mil hombres, y sus incursiones, no sólo en las comarcas del estado, sino también en las de Puebla e Hidalgo, se volvieron más frecuentes y temerarias.

Por razón de estrategia, cuyos resultados ahora sabía apreciar Felipe después de cinco meses de andar en la revuelta con el fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, sus tropas sólo combatían por guerrillas. Cuando no era *El Manco* Arenas quien traía en jaque a los rurales por el rumbo de Xicotzingo o Pablo Morales por cerca de Terrenate, era Máximo Tépal el que les salía al encuentro en los llanos del Salado o el mismo Rojano en las inmediaciones de Atlihuetzía. De esta manera, como si la estrella del exterminio les alumbrara de frente, todos lograban anotarse triunfos de consideración, en tanto los federales se dolían al verse diezmados y cada vez más expuestos a sufrir la derrota definitiva.

Inútiles resultaron las gestiones del general Garza ante la Secretaría de Guerra y Marina para que le enviaran un regimiento de caballería como refuerzo al batallón de línea, con el que ya apenas si contaba por estar casi aniquilado, e infructuosas las solicitudes de voluntarios y las levas llevadas a cabo por el mayor Romero en los poblados que todavía quedaban bajo el control del gobierno.

La imperiosa necesidad de enviar al norte del país el mayor número de soldados para contener el empuje de los rebeldes comandados por Pascual Orozco imposibilitaba a las autoridades del centro a distraer uno solo en frentes que se juzgaban de menor importancia. Y los hombres que habían sido arrancados de sus hogares por la fuerza y la violencia, si no por el señuelo de proposiciones ventajosas improbablemente cumplidas, lejos de remediar la situación angustiosa que le habían creado al general Garza las guerrillas maderistas, servían más bien de impedimenta peligrosa en las marchas forzadas o en la precipitación de las retiradas inevitables.

Además, por si todo eso no fuera bastante, al Héroe del Yaqui le irritaba saberse reducido a la impotencia de no poder contrarrestar las acometidas enemigas, y a juzgar por lo que veía, orillado a sufrir la afrenta de entregar su espada, siempre victoriosa, al campesino de Arroyo Seco, que cada día le cerraba más las tenazas que lo aniquilarían y que en su atrevimiento había llegado al extremo de enviarle un ultimátum para que le rindiera la plaza.

—¡Que me la quite a sangre y fuego! —les contestó simplemente el general a los parlamentarios de Felipe.

Y para demostrar su resolución de defender hasta lo último la plaza que le demandaban, ese mismo día redobló todas las precauciones tomadas desde que se inició la rebelión, fortificando mejor las alturas, abriendo trincheras a las entradas de la ciudad y emplazando ametralladoras hacia los caminos de mayor riesgo: el que bajaba del cerro de Las Calaveras y el real del carril de Santa María.



Mas el asalto presentado no se produjo ese día, ni en los tres siguientes apareció señal alguna de franca hostilidad. Parecía como si los rebeldes hubieran desistido de sus propósitos o que taimadamente trataran de ejecutarlos cuando el desasosiego terminara de estragar los nervios de la tropa, ya de antemano desmoralizada.

Esa tregua, por demás inconcebible, exasperó al general Garza en tal forma, que un día, contra toda prudencia y haciendo alarde de valor, decidió salir al encuentro del enemigo acampanado en las faldas de la Tenanyécac, con la firme intención de sorprenderlo y desbandarlo.

Muy de mañana dejó la ciudad con dirección a ese rumbo, al frente de la casi totalidad de los hombres de que disponía, pertenecientes, la mayor parte, al batallón de línea. Con los rurales apenas si pudo contar, distraídos como estaban en la guarnición de otras plazas. Sin embargo, bien llegó a cubrir la vanguardia de su columna con cerca de cuarenta de ellos, al mando del capitán Gandarilla.

Los primeros kilómetros del trayecto los recorrieron sin novedad.

El campo, a lo lejos, se veía solitario, y los cerros distantes se adivinaban abandonados. Por momentos la mañana iba elevando sus nubes de entre las colinas plomizas y en el espacio vacío ni siquiera se distinguía el vuelo de un pájaro. Todo estaba callado, inmóvil en el aire blando.

Mas cuando la caballería se adentró en las llanuras del Salado, el panorama cambió su decoración de naturaleza muerta por otra, arrebatada y turbulenta. La presencia de los rebeldes pronto se hizo notar por las detonaciones de unos disparos secos, aislados, que llegaron de por el cerro de La Trinidad y que bastaron para hacer correr la angustia, como un viento helado, por entre las filas de los federales y para que cual más, cual menos tratara de buscar posiciones de defensa antes de que comenzara esa lucha desesperada que iba a tener por escenario aquella superficie lisa y salitrosa.



Oír los rurales el estallido de la fusilería y tocar “enemigo al frente” fue obra de un segundo; como lo fue también el tiroteo rápido, nutrido y furioso que se desató sobre ellos, apenas recién parapetados tras los troncos de los árboles del camino o de los magueyes que lo bordeaban.

Por Cerro Blanco, por Potrero Hondo, por toda la lomería cercana, la gente de Máximo Tépal hormigueaba.

Hacia cerca de un mes que había sentado sus reales en la sierra de la Tenanyécac y era hasta ahora —aislado como estaba de los demás lugartenientes de Rojano y aun de este mismo— cuando por un azar del destino iba a tocarle en suerte dar el grito final de la rebelión maderista en el estado, al destrozar el grueso de las fuerzas del general Garza.

—¡Aquí’stá su padre Máximo Tépal, “pelones” mugres!

—¡Viva Felipe Rojano! —se les oía gritar.

Pero estos gritos, que eran más bien alaridos, sonaban huecos y a ratos se confundían con el tableteo de la ametralladora del 11º batallón, oculta detrás de un maguey de pencas tronchadas y por sí sola insuficiente para detener el avance de los alzados.

En vano intentó el general Garza replegarse al resguardo de la barranca y de los bordes altos que había en el terreno, porque aun allí la gente de Tépal consiguió ventajas de dominio y hasta parecía que era sobre esos sitios donde mejor podían hacer blanco en las filas federales.

—¡Duro y a la cabeza! —gritaba Máximo Tépal a sus hombres.

Pero éstos ya no le escuchaban, enardecidos como estaban por el combate, ni veían siquiera su altiva figura de campesino recio cuando recorría, alentándolos, las posiciones que habían logrado conquistar.

Valiente, desafiando al enemigo, Máximo Tépal iba y venía por los magueyales, rápido y fiero, gritando, maldiciendo, con la carabina en la mano que disparaba con precipitación, lleno



de una feroz alegría, como si saboreara el brinco del gatillo y el olor de la pólvora.

Al mediodía el combate se hizo insostenible. El parque empezó a escasear y ya ni las palabras de aliento o las blasfemias servían para levantar el ánimo quebrantado de los soldados de la Federación.

Aquellos hombres que se veían empequeñecidos, con los músculos de la cara ostensiblemente contraídos por el esfuerzo de apretar las mandíbulas; instintivamente mudos, como esperando la caída inevitable del firmamento que los aplastaría con nubes de sombras; terrosos en su color y en su agonía; impotentes para esquivar esa región poblada de misterios en la que poco a poco habían ido entrando y de la que no sabían cómo iban a salir.

Después sobrevino lo indefectible: un ágil movimiento envolvente de la caballería rebelde copó a la tropa del general Garza, que ya sin puerta alguna de escape acabó por rendirse agotada, sin alientos de vida y destrozada por la sed y el sol que ardía a sus plantas.

Cuando el fuego cesó la llanura parecía un cementerio.

Por todas partes se veían cadáveres, gestos torvos, dientes amarillos y muecas desesperadas.

Por el lado de la barranca los muertos yacían amontonados, unos sobre otros, confundidos los rostros descarnados y sangrantes, con pies y manos múltiples.

De todos los prisioneros que se hicieron fueron fusilados los oficiales y las clases. De pie, al filo de la barranca, recibieron la muerte violenta. Unos, sin decir palabra alguna; otros, maldicientes y jactanciosos:

—¡Así se muere, maderistas robavacas!

—¡Ahora, infelices, que ya quiero estar bailando en el infierno con su mamaci...!

La última sílaba nada más tembló en los labios del capitán Gandarilla. Muy lentamente se fue doblando, con las manos sobre



la garganta que hervía roja de sangre. Luego, al caer su cuerpo en el pasto quemado por el salitre, se fueron extendiendo, como garras, entre la tierra dura que apenas si se desprendía a su zarpazo.

El general Garza fue el último en caer. Herido por los dos últimos tiros de su pistola, que descargó contra su pecho antes de entregarse al enemigo, fue encontrado junto a un jaral y arrastrado desde allí hasta donde estaba Máximo.

—¡Ya lo vido, viejito! Conmigo le tocó la de perder.

—Bueno, ¿y qué? —pudo decir con entereza el general.

—Pos que me cuadra haberle ganado, pero no me cuadra que se le haiga adelantado a Felipe. Ora va'pensar que yo me lo eché, cuando él era mano pa'rreglar las cuentas que tiene con usted.

—¡Me alegra no haberle dado ese gusto!

—¡Pero a mí si me lo va'dar! Eso que ni qué. Como entodavía no es usted difunto, yo me lo voy a quebrar!

—Pues luego, que se me hace tarde.

—¡Cómo no, viejito...! Nomás déjeme verlo de cerquita.

Máximo Tépal se bajó del caballo. En sus labios fluía una sonrisa cruel y despreciativa.

—Pos mire que'n de veras está usted viejito... Ya, la verdá, de tan arrugado parece cuero de pulque. Y luego esas bigotes que se trai...

—¡Vaya mucho a...!

—Ya pa'qué se enoja, viejito, si ora todo ya debe darle lo mismo.

—Y luego, volviendo el rostro hacia Cirilo Arenas, hermano del manco, le dijo:

—¡A ver, Cirilo, vamos a quebrarnos a este desgraciado!

El general Garza sangraba del pecho. En su guerrera se destacaban claras, extendidas, las manchas encarnadas.

—¡Aquí nada más —gritaba—, aquí nada más!

Pero no. Lo llevaron hasta más allá del carril, con las manos atadas por detrás y los ojos vendados. A horcajadas lo montaron

en un caballo retinto, brioso y alzado, que se disparó ligero por la tangente del camino al sentir sobre sus ancas el golpe agudo de una jarilla.

—¡A ver quién se lo echa primero! —exclamó Máximo Tépal.

Y al instante todas las carabinas, como si estuvieran movidas por el mismo resorte, empezaron a tenderse en seguimiento de la presa.

—¡Aguárdense nomás...! Yo solo mejor le voy a tirar —volvió a decir el cabecilla—. ¡Ya verán cómo le doy en la mera cabeza!

Y en efecto, el disparo fue certero a la cabeza. Se vio al general hacerse primero hacia delante, como si tratara de esquivar el tiro; luego hacia atrás, por las grupas, por donde fue resbalando hasta caer entre las patas dosalbas del caballo, que, ya sin peso, se precipitó, como una saeta, por uno de los atajos del llano.

—¡La pura verdá que tienes buena puntería! —comentó Cirilo Arenas—. En la mera cabeza le pegastes.

Máximo lo miró con satisfacción, orgulloso de su hazaña. Guardó sin premuras la carabina en su funda y antes de cruzar el campo para reunirse con su gente les dijo a los hombres que estaban a su vera:

—Háganle un hoyo pa'enterrarlo. La mera verdá que como era tan viejito no quiero tener remordimientos. A los otros déjenlos ai nomás pa'los zopilotes.

—Se lo debíamos llevar a Felipe pa'que lo vea —insinuó Cirilo.

—¡Y eso pa'qué!... Ni modo que lo cuelgue ya difunto. El viejito se le adelantó, y ya está. A más de que no lo vamos a ir cargando nomás porque sí. Él se pegó de tiros pa'quedarse acá, ¿verdá...? ¡Pos ora que se quede!

—Sí, pero como tú lo arrematastes, a lo mejor Felipe se encorajina.



—¡Ónde crees...! Después del gane de hoy, Felipe no se enoja conmigo ni de chiste. Eso, sin contar que de nada le hubiera servido llevarle al viejito como estaba, ya casi más del otro mundo que d' éste. Así, por lo menos, se llevó un plumazo a cuenta de Felipe. ¿Qué me dices ora?

—¡Que allá tú...!

Tal como se les había ordenado, cuatro de los hombres de Máximo Tépal se pusieron a cavar la tierra, a punta de machete, junto a un tejocote. En tanto dos chupaban sus cigarros para evitar el “mal aire”, los otros dos cumplían su faena cantando —supersticiosos como son todos los hombres del campo— la canción ancestral en desagravio de los muertos:

*Si ora' bro un hoyo pa'ti
y así te doy sepultura,
otro que lo abra pa'mí,
onque'sté la tierra dura...*

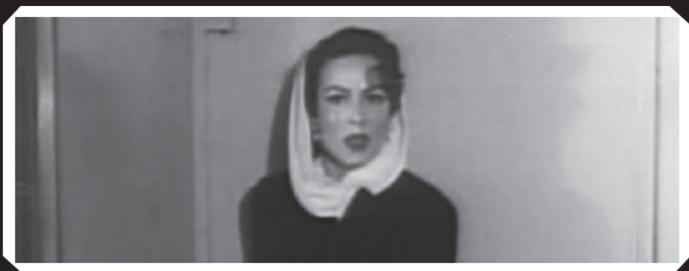
—Su voz seguía un extraño ritmo, mitad pagano y mitad religioso. A veces se llenaba de languidez y en otras de un temblor reconcentrado, más y más impresionante a medida que los golpes de los machetes eran más secos al ahondar en la tierra.

Cuando al fin concluyeron la tarea, realizada alternadamente, el sudor les corría por las mejillas. Se veían fatigados, jadeantes, alicaídos.

Casi sin descansar metieron en el sepulcro el cuerpo inerte del general Garza y lo colocaron boca abajo, para que no se saliera a penar por la llanura en las noches solitarias. Luego lo cubrieron de tierra.

Y cuando ya los florones de los árboles ensombrecían el camino fueron a reunirse con la gente de Máximo Tépal que iniciaba su marcha hacia la ciudad.





XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX XII XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

—¡AH QUÉ DIABLO de Máximo! —comentaba Felipe con Domingo Arenas—. ¡Pos no y hasta ya enterró al general...!

—Pue'que haiga sido lo mejor —replicó el manco—. Si se l'hubiera traído pa'que lo vieran acá, nomás habría dado motivos de habladurías: que si semos esto, que si semos l'otro... Ansí ya ni levantó polvaderas. El muerto al joyo y el vivo al cogollo, como decía mi compadre Bardomiano.

—Acodados sobre el balcón central del Palacio de Gobierno, Felipe Rojano y Domingo Arenas veían el desfile de sus hombres hacia los cuarteles de la ciudad, ya ocupados desde el día anterior por la fuerzas de Máximo Tépal, sin derramamiento de sangre.

Porque, en efecto, la rendición de la plaza se pactó en un momento, tanto como fue indispensable a los enviados de los rebeldes para concertarla con los del bando contrario, después de haberles hecho relación de todo lo sucedido en la Tenanyécac, principiando por el primer tiroteo y terminando —según la versión convenida— con el suicidio del general Garza.

Y si mañosamente se omitió contar lo del fusilamiento de las clases y oficiales y la manera de cómo fue cazado el gobernador por Máximo Tépal, en cambio no se olvidó detalle del entierro que se le hizo —correspondiendo a su jerarquía y al sentimiento humanitario de evitar que su cuerpo fuera devorado por los animales— ni sobre las consideraciones que se tenían a los prisioneros, a quienes se había dejado escoger su propio destino, que no podía ser otro que el de seguir la causa revolucionaria o el de retirarse definitivamente del servicio de las armas.

Aceptadas por los rebeldes las condiciones de rendición, que concretamente se referían a respetar la vida de los militares y civiles que guarnecían la plaza, y a no cometer desmanes en ella, la entrada de las fuerzas revolucionarias a la ciudad se hizo casi en orden, sin humillaciones para los vecinos y ya prevenidos los soldados de Tépal de que serían pasados por las armas si llegaban a cometer actos similares a los de Zacatelco.

A no ser por el incidente que provocara uno de los ayudantes de Máximo, al fusilar en retrato al gobernador porfirista a quien había sustituido el general Garza, la ocupación de los cuarteles y oficinas del gobierno se hubiera realizado sin contratiempo alguno.

—¡Pos si acá está este desgraciado! —exclamó al ver el retrato que, dentro de un marco, pendía de uno de los muros del salón amarillo.

Y sin más ni menos, le descargó toda la provisión de su carabina.

El estruendo de los tiros y de los vidrios rotos obligó a Máximo Tépal —que ya estaba instalado en el escritorio del gobernador— a asomarse al lugar de los sucesos. Darse cuenta de los destrozos que había hecho su ayudante y montar en cólera, todo fue uno.

—¡Mia'qué bruto! —le dijo, a la vez que lo golpeaba con los puños—. ¡Quesque gastar la pólvora en infiernitos! ¡Oritita mesmo jalan con éste al cuartel y me lo encierran en un cuarto!

Intervinieron algunos en su favor y el mismo ayudante pidió clemencia, pero la orden tuvo que cumplirse porque Máximo se mantuvo en su decisión.

—No quiero que ora que venga Felipe me empiece a echar habladas... —concluyó malhumorado—. Cuantimás que convine con los “pelones” que todo esto estaría en orden, y eso lo cumplo yo y lo cumplen todos, o ven pa’qué nacieron. ¿Qué me dicen ora?

Mas no todo lo convenido iba a cumplirlo Máximo Tépal. Cuando ya casi al anochecer le dieron aviso de que había sido aprehendido Joaquín Ariza, el jefe político, sus ojos volvieron a relampaguear de ira y su gesto tornó a ensombrecerse.

—¡Truénenlo! —les ordenó cortante a los que le llevaron la noticia.

De nada valieron, de momento, para inclinarlo a desistir de su mandato, las lágrimas y las súplicas de Merceditas Araiza ni las representaciones que le hicieron algunos civiles —y con ellos el doctor Herrerías —encaminadas a librar de la muerte al jefe político.

—Usted prometió que respetaría la vida de los militares y de los civiles —le arguyeron con vehemencia.

—¿Y a poco no lo he cumplido? —les replicó.

—Sin embargo, ha dado usted la orden de que fusilen a don Joaquín Ariza.

—¡Ah, eso sí que sí...! Pero no es lo mismo. Ese señor ni es civil ni es melitar: es un jefe político. ¡Y yo no aguanto a los jefes políticos! ¡Cómo será la cosa que hasta m’están dando ganas de echármelo yo en persona...!

—No diga usted eso, señor general —le suplicaba Merceditas—. Usted es el que manda aquí y el que puede salvar a mi hermano. Él no ha hecho nada malo, señor. Sólo ha cumplido con su deber. Y usted sabe que el deber es lo primero. ¡Sálvelo usted, señor general, sálvelo usted! ¡Se lo ruego por su mamá, por sus hermanos, por sus hijos...!



Sus palabras se arrastraban, como ella misma, ante la inflexibilidad del cabecilla. Se les oía enternecedoras, conmovidas, exaltadas. A veces, estremecidas y avasalladoras; en otras, casi, entonadas en plegaria.

—Mire usted —comentó Máximo— ni soy general, ni tengo familia, ni soy el que manda acá. Así que pierde su tiempo.

—Por lo menos, aplace usted el fusilamiento para mañana —intervino el doctor Herrerías—. Denos usted la oportunidad de hablar con Felipe Rojano.

—De telegrafiar al señor Madero —completó Merceditas.

—No creo que eso sea necesario —corrigió con prudencia el doctor—. Hablando con Felipe puede arreglarse todo. Él es el que manda, ¿verdad?

—Ese es el mero mandón: ¡Mi general Felipe Rojano!

—Pues entonces concédanos usted lo que le pedimos. Yo creo que el general Rojano no se negará a hacerle un favor a su viejo médico...

—¿A poco usted...?

—Exactamente. Cuando Felipe era chico y se enfermó de tifo, yo le salvé la vida. Domingo Arenas también está en deuda conmigo. Ya ve usted que son mis conocidos.

La mirada de Máximo se dulcificó un tanto. ¡Qué más le daba —pensó— esperar un día! Hasta quizá pudiera evitarse el disgusto de Felipe si resultaba realmente que tenía motivos de agradecimiento hacia el doctor. ¿Pero y si no era así? ¿Si nada más trataban de ganar tiempo? Por otra parte, ¿no llegaría a debilitar su autoridad si daba la contraorden que se le pedía? A lo mejor sus soldados no le apreciaban en su justo alcance y sí como un acto de flaqueza, y entonces lo que tenía ganado con ello se venía abajo, como piedra en despeñadero.

Los pensamientos más encontrados cruzaban por su mente, chocaban entre sí, se anteponían los unos a los otros.

Era una lucha sorda de sentimientos contra instintos, de entereza contra generosidad, de frialdad sanguinaria contra cálculos de conveniencias.

Todavía intentó evadirse:

—La mera verdá que no sé que decir. Pue'que lo mejor es que se larguen toditos de aquí.

—No nos vamos sin que antes nos conceda usted lo que le pedimos —insistió el doctor—. Piense usted que la Revolución no podrá triunfar si no se sabe perdonar a sus enemigos. Si es generosa con los vencidos, muchos la bendecirán y aun seguirán su causa; pero si es despiadada en la venganza y el exterminio, sólo conseguirá odios y maldiciones. Créalo usted, señor.

Otra vez volvió a iniciarse en el cerebro de Máximo el encuentro de ideas y sensaciones discordantes. Sentía que lo golpeaban con tenacidad implacable como si fueran martillos, que lo oprimían hasta el estallido y lo estrujaban sin misericordia. En su rostro se reflejaba el cambio brusco de un sentimiento a otro, de un impulso repentino a una irresolución contenida. Sólo sus ojos permanecían serenamente impassibles, dominadores y fríos.

—Bueno, está bien —acabó por decir—. Voy a dar l'orden pa'que no lo fusilen ahoy.

Y dirigiéndose a uno de los hombres le explicó:

—Epa, tú Pajarito, vete a decirle a Cirilo que digo yo que no fusilen al preso. Pero ya vas que corres pa'que llegues antes de que sea tarde.

Después volvió la cara hacia un mapa del estado que había en la pared cercana al escritorio, para no ver los rostros sorprendidos de Merceditas y sus acompañantes, y con marcado disgusto les dijo:

—A ver si ora ya se me largan de aquí...

Sin atreverse a hablarle, poco a poco fueron saliendo todos de la oficina donde se había celebrado la entrevista. Cuando el doctor

Herrerías pasó el último, un ayudante cerró la puerta con un golpe seco.

La noticia de que siempre no se fusilaría al jefe político corrió por la ciudad como caballo desbocado.

Curiosamente empezaron atisbar tras las ventanas de las casas los habitantes empavorecidos, apenas alzando las cortinillas de gasa o entreabriendo las vidrieras para lograr oír los ruidos de la calle y los comentarios de la soldadesca, sino es que para aventurarse a mirar los corrillos que formaban los rebeldes en las esquinas o a la mitad del arroyo. Luego acabaron por salir a confundirse con ellos, a verlos de cerca y aun a iniciar diálogos por demás intrascendentes.

Cuando a la mañana siguiente, a tiempo que las campanas de la parroquia eran echadas a vuelo, entraron a la ciudad las fuerzas de Felipe Rojano y del *Manco* Arenas, el temor ciudadano perdió consistencia y hasta se llegó a lisonjear a los triunfadores, que a su paso lento por la avenida principal todo lo veían fuera de su mundo, asombrados y entontecidos.

Más tarde, frente a los balcones de Palacio, la expectación popular contaba y no acababa al ver asomados a ellos —precisamente ahí, donde siempre lucían hombres vestidos de levita y mujeres ataviadas con lujo de galas— tipos astrosos de camisa y calzón blanco, sombreros de petate caídos sobre cabellos hirsutos, maxilares cuadrados y piel color de tierra, y cananas repletas de tiros aprisionando pechos mugrosos o arrolladas en la cintura a manera de ceñidores.

Ya para entonces se había mandado vigilar convenientemente la casa donde vivió el general Garza, y aún se extremó al atardecer y por la noche el resguardo rebelde, tanto para evitar que cualquier agraviado intentara cobrarse por sí mismo cuentas pendientes, cuanto para no permitir el acceso a ella de persona alguna, fuera o no pariente del Héroe del Yaqui.

No fue sino hasta el día siguiente, ya desperezada la mañana, cuando un soldado de los de Tépal contravino las órdenes que Rojano había dictado en relación con ese hogar.

Primero se le hizo fácil llamar a la puerta golpeando con fuerza el aldabón; luego, le pareció que obtendría mejor resultado si utilizaba en los toques la culata de su fusil, y al fin acabó por intentar forzar la cerradura.

Desde dentro, una voz temblorosa preguntó:

—¿Quién es?

—¡Yo mero! —contestó el soldado—. Y me abre pronto la puerta o l'abro yo a balazos.

—¡Ni lo quiera Dios...! ¡Virgen Santísima...! Ahorita le abro.

Se oyó girar una llave dentro de la chapa y a poco se abrió un postigo que dejó libre la entrada al soldado impaciente y allanador.

Frente a él, sin poder reprimir el miedo que le hacía castañear los dientes y le desorbitaba los ojos, se veía a doña Reme, el ama de llaves de la casa del general desde que vivía su primera esposa, y a la que no obstante sus cincuenta y cinco años de edad le gustaba lucir adornos en sus vestidos y usar polvos y coloretes en sus mejillas, ya a trechos surcadas por arrugas.

—No tenga miedo, vieja, que no me la voy a comer —le dijo el soldado sin miramiento alguno, a tiempo que le apartaba de su paso.

—¿Qué es lo que quiere entonces? —se atrevió a inquirir doña Reme.

—Pos tanto como querer, no quero nada... ¡Pero a ver qué me jallo...!

Y diciendo y haciendo se metió a la sala de la casa.

Ya allí, se miró en los espejos una y varias veces, ora repentinamente asombrado, ora haciendo muecas de inobjetable imbecilidad; se sentó en todos los sillones y las sillas del ajuar estilo Luis XV; asomó su mirada hacia el interior de los tibores para ver



si no ocultaban algo y acabó por pasar y repasar sus dedos sobre el teclado del piano.

De la sala siguió a la recámara y al comedor, tocándolo todo, acostándose sobre los colchones de las camas para probar su blandura, oliendo los frascos de perfume y de cremas que había en el tocador, jalando los cajones de las cómodas por la curiosidad de ver lo que contenían, cogiendo ya una licorera, ya una copa de cristal cortado, ya un muñeco de porcelana de los que adornaban el aparador de nogal. En una percha halló un sombrero de fieltro, del general, que le gustó para ponerlo sobre la copa picuda del suyo, de petate, y un pequeño fuele con mango de cuerno que desde luego metió bajo su ceñidor, a manera de espadín.

—Y el dinero, ¿ónde está? —reclamó al fin, decepcionado por no haberle encontrado en ninguna parte.

—Aquí no hay dinero. Todo lo tenía guardado el señor en su oficina.

—¿En el mero gobierno?

—Allí mismo.

—¡Ah, pos allí sí ni modo de entrar! Ese dinero yo ya sé pa'quién fue.

Y sin más ni más, entró a la cocina. Allí, cerca de la carbonera, moliendo en el metate unos jitomates y vestida con blusa y falda de percal, estaba Gaby, con la cara casi oculta por un rebozo que maliciosamente la cubría y en seguida le caía hacia atrás.

—¿Y ésa?

—Es la criada.

—¿Y a poco también es vieja? —preguntó el soldado, riéndose de sus propias palabras.

Mas doña Reme ya no pudo contestar, porque el hombre se acercó hasta Gaby y le jaló el rebozo.

—¡Ah chispiajos, si es güera!

Gaby no levantó la cara y siguió muele que muele sobre el metate.

—A ésta sí me la llevo —exclamó el soldado, a la vez que cogía a Gaby del brazo para levantarla.

—De nada le va a servir —masculló precipitada e iluminadamente doña Reme—. ¡Es muda...! ¡Pero muda...! ¡Muda...!

—No li' aunque. Si al fin pa'lo que la quero no necesito que hable. Más bueno que sea muda.

—Mejor llévese usted un caballo que está allá adentro. Es muy bonito. Venga a verlo, señor.

—¡Qué caballo ni qué nada! Me llevo a ésta y sanseacabó. ¡Con lo que me gustan a mí las güeras...!

A los jalones del hombre Gaby se resistió como pudo. Doña Reme, sacando fuerzas de flaqueza, se abalanzó en su defensa, golpeando, con las manos abiertas, al soldado inmovible.

—A ver si se está quieta, vieja, o acá mesmo me l'echo de un plomazo.

Y poniendo su mano tosca sobre la cara, le dio un empujón tan brusco, que doña Reme fue a caer de espaldas junto al mueble de la destiladora.

—Ora véngase pa'cá, güerita, que va'ver lo macho qu'es su servidor Pifanio Contla, pa'lo que usted guste mandar.

Apretándole con un brazo la cintura y a ratos llevándola en peso, salió a la calle victorioso.

Los gritos pidiendo auxilio de doña Reme y los procaces y desenvueltos de “¡Mia'qué buena vieja se trai Pifanio!”... y “¡Cuando te canses me la emprestas!”, con los que recibieron a Epifanio Contla los demás soldados del resguardo, atrajeron a no pocos curiosos y entre ellos a Fernandito Montiel, que aun cuando trató de rescatar a Gaby peleando con el soldado que la tenía sujeta, pronto fue sometido por los otros y cercado contra un árbol, carabina en mano.



Mas no habrían transcurrido diez minutos cuando el griterío y la alharaca cesaron como por arte de encantamiento.

Ahí, de frente a los soldados, mirándolos con ojos de fiera azuzada, contraída la boca por una sonrisa insolente y empuñando la pistola en una mano, estaba Felipe Rojano.

—¡Pero qué hatajo de brutos son ustedes! —profirió despreciativo y colérico.

—¡Mi general...! —apenas si clamó Epifanio.

Fue entonces el momento que Gaby aprovechó para soltarse de la garra que la apresaba y cuando sin quererlo, sin sentir siquiera curiosidad de la presencia que tanto inquietara a los soldados, alzó sus ojos claros hacia los de Felipe.

Un estremecimiento repentino, una especie de vibración imprevista, recorrió por entero el cuerpo del cabecilla. Súbitamente se dio cuenta de que su rostro se encendía, que algo le brincaba dentro del pecho y le anudaba la garganta de sólo ver aquella dulce mirada que había sentido ya, en otra ocasión, clavada en sus ojos y que le era inolvidable porque durante mucho tiempo la registraron sus sueños y en todo lugar la descubría: lo mismo en los caminos, donde la adivinaba espíándolo desde la maleza, que confundida con la lejanía, quietamente escondida entre el follaje de los árboles o parpadeante en el cintilar de las estrellas. Mas ahora no se engañaba, ni la aparición de esos ojos —en esta vez tan cercana— era ilusión de su mente.

De un golpe, dado con el cañón de la pistola, volteó a Epifanio Contla y le ensangrentó la cara.

—¡Pa'que aprendas a obedecerme! —le gritó colérico.

—La mera verdad, no hay derecho... —comentó Epifanio en tanto se levantaba del suelo.

—¿No hay derecho de qué?

—Pos de que por una infeliz gata lo lastimen a uno. Si tanto le gusta, más mejor me la hubiera pedido.

Felipe nuevamente trató de golpearlo, pero pronto se contuvo. Sin parpadear, en medio de un silencio de piedra, se volvió a los demás soldados y les dijo roncamente:

—¡Llévenselo pa'l cuartel y truénenlo!

—¿Y a este? — le preguntaron señalando a Fernandito.

—¿Este quién es?

—Es un amigo mío —explicó Gaby, ante el asombro del que la creía muda realmente.

—Déjenlo en libertad.

Y sin mirarlo siquiera, Felipe echó a andar con Gaby y doña Reme.

Al atravesar la calle, con rumbo a su casa, le dijo a media voz y emocionado:

—Desde orita ya no tenga usted miedo, que no volverá a pasar nada d'esto. Acá le voy a dejar a mis hombres pa'que la cuiden.

Gaby no pronunció palabra ni hizo señal alguna de agradecimiento. Altivamente, haciendo esfuerzos para dominar su desasosiego y frenando el estallido de sus nervios, que de pasar un minuto más la traicionarían, penetró en su casa, seguida del ama de llaves.

Felipe la contempló aún, alhelado. Vio su figura esbelta ondulante y flexible, caminar por el cubo del zaguán y dar vuelta hacia el corredor adornado de macetas con flores. Luego, ya nada más oyó sus pasos, acompasados con el son de su corazón, y en seguida el portazo del postigo, que lo volvió a la realidad.

Justamente entonces, una descarga de fusilería rasgó el silencio de la mañana. De la arboleda de la Plaza de Armas se escaparon parvadas de pájaros y un golpe de viento recio agitó sus ramazones.

Por un momento Felipe detuvo sus pasos, presintiendo que el estampido de esa descarga fuera alarmante, pero a poco siguió caminando hacia Palacio porque al fin comprendió que aquel estruendo era el último que había escuchado, en esa mañana de mayo, Epifanio Contla.



de la Barra como presidente interino de la República, que creía que después de los agitados tiempos de esa época vendrían otros tranquilos y serenos en que el país emprendería de nuevo, “ya de manera definitiva, su marcha por el camino del verdadero progreso, desarrollando de una manera ordenada y sistemática el programa de una democracia sana y fuerte”; el nombramiento de un nuevo gobernador para el estado que, conforme al “Plan de San Luis”, regía Felipe Rojano, y en el aspecto sentimental la indiferencia con que Gaby recibía las atenciones y la protección del cabecilla rebelde, obligaron a éste a seguir derroteros que hasta ayer le parecían vedados y a dejar al descubierto las raíces de todos sus instintos, no soterradas definitivamente, sino sólo ocultas —en tanto su condición de caudillo lo ataba a la ponderación y al buen ejemplo— por una arena inconsistente que disipó el más ligero viento adverso.

Todo fue que una tarde —apenas el sol ondeando las nubes del crepúsculo— Felipe oyera de labios de Gaby la acusación tremenda de ser el asesino de su esposo y que sintiera su desprecio, absoluto y desmedido, para que todo su ánimo se inclinara a alcanzarla, a hacerla suya, sin importar que para lograrlo tuviera que exprimir su propia sangre y aun la de los demás.

Como la espina que escuece a medida que ahonda en la carne donde se clava; igual que la continuidad de la gota de agua acaba inexorablemente por horadar la roca que la recibe, así fue adentrándose en Felipe la idea de arrancar llamas del fuego maduro y detener en su vuelo el batir de las alas. Porque mientras más imposible y distante de su vida le parecía el alma de Gaby, más despertaba en él el ansia de poseerla y rendirla, acercándola, de la gasa de nube en que flotaba, a ras de tierra, donde él estaba plantado como un árbol.

Si a ella no le hubiera dado lo mismo lo que va que lo que viene, si con su abandono y frialdad para Felipe no llegara a punzar su orgullo de hombre, destruyéndole de golpe toda posibilidad

de entendimiento para luego, él habría refrenado a tiempo sus impulsos y disipado sus apetitos. Pero bastó que se mostrara altiva, para que él se sintiera sojuzgador; que ella fuera arrogante y despiadada, para que él intentara avasallarla. Que no en vano sabía que con el caer de los días maduran los duraznos y hasta la nieve de la montaña acaba por descender de ella para volverse agua que corre.

De esta manera, prefirió dar tiempo al tiempo para no precipitar la avalancha de su dicha, que presentía alcanzable por la razón o por la fuerza.

Como fuego sobre la fuente le ardían las palabras que ella le dijo esa tarde en que decidió pasar a saludarla:

—¡Nunca creí que se atreviera usted a pisar la casa del hombre que asesinó!

Porque por lo inesperadas lo sobrecogieron y le quitaron aplomo. Después de una pausa que le pareció inacabable, puedo replicar.

—Por la memoria de mi padre, que mandó'orcar el esposo de usted, le juro que no fui yo. Y no porque no me hubieran faltado ganas de cobrarme en la misma forma, sino porque dialtiro estaba yo muy lejos de donde el difunto se dio de balazos.

—Sí, eso es lo que dicen: ¡que se suicidó! Pero eso no puede ser cierto. Leonardo era de los hombres que morían combatiendo, no de los que se quitan la vida por sí mismos.

—Pos da la casualidá que así fue.

—¡Mentira...! ¡Usted lo mató!

—Ya le dije a usted que no fui yo.

—Pero fueron sus hombres, y es lo mismo.

—Pos pue'que sea lo mesmo, pero no fui yo.

—¿Y no es usted acaso tampoco el que me tiene prisionera en esta casa y no me ha permitido siquiera ir a ver el sitio en que está enterrado el general?

—Eso sí... ¡La mera verdá que ese sí soy yo!



—¿Y por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha prohibido usted que hasta mis amigos me visiten?

Por un instante, Felipe no supo que contestar. Decir el motivo que lo impulsaba a retener a Gaby como prisionera en su hogar, alejada de todo trato social, era tanto como descubrir sus intenciones y confesar, a destiempo, la pasión que ella le inspiraba.

De no haber sido por su insistencia de saber la causa de esa orden injustificada, Felipe habría callado la repuesta que le quemaba los labios. Mas para que su silencio no se interpretara en sentido diverso al que lo originaba, se decidió al fin a insinuar, por lo menos, lo que tendría que decirle indefectiblemente.

Casi trastabillando las palabras e inseguro de voz, Felipe pudo murmurar:

—La verdad es que como le tengo mucha voluntá a la persona de usted, no quiero verla sufrir ni saber que me la malaconsejan.

—Y eso ¿qué puede interesar a usted? —cortó ella, sorprendida del alcance de esas palabras.

—¡Más de lo que usted se imagina!

Gaby hundió su mirada de sobresalto en la relampagueante de Felipe. El azoro, por lo que acababa de oír, le temblaba en los labios y le hacía sentir que su rostro se amapolaba y que la lengua se le volvía de trapo. ¿Era acaso posible que lo oyera sin inmutarse? No creía haber escuchado mal. No podía ser que las palabras trataran de jugar en sus oídos el juego de los sonidos equívocos y como pequeños duendes le escamotearan su sentido exacto, presentándole el contrario y falso. No, dentro de ellas las sabía precisas, encaminadas a conseguir algo, claramente significativas en su expresión.

Haciendo esfuerzos para hablar, lenta, pero tajantemente, le dijo:

—No quiero que se interese usted por mí. ¡No lo necesito!

Caminó hacia la puerta precipitadamente. Luego, se detuvo bajo el dintel. La tela de su vestido dibujaba el contorno de su

cuerpo, donde habían anidado los deseos de Felipe, ahora despiertos al contemplarla a contraluz.

Felipe aventuró sus ojos hacia ella. La recorrió con frenesí de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies, y acabó por detener su mirada exactamente en el sitio en donde él sabía que podrían ahogarse todos sus afanes. Se levantó violentamente de la silla en que estaba sentado, con impulso de asediarla y tratar de vencerla, imponiéndole su voluntad y su furor de hombre torturado por el deseo.

Gaby comprendió sus intenciones y pudo detenerlas cuando ya la medida estaba colmada.

—¿Qué pretende usted ahora? —le preguntó con voz agresiva.

—Nada, nada... ¡Sólo quiero darle un abrazo!

—Eso es estúpido.

—Uno puede hacer lo que más le cuadre cuando está solo.

—Pero no conmigo.

—Pos porque es usted pretenciosa y no se conforma con lo que tiene.

—Lo único que tengo es valor para decirle que me deje en paz y que si quiere divertirse puede hacerlo en otra parte, pero no conmigo.

Y entró al cuarto contiguo dando un portazo.

Felipe adelantó hacia ella, agarrotadas las mandíbulas para no descubrir que le temblaban. Mas unos pasos en falso le hicieron perder el equilibrio, y para no caer tuvo que detenerse con ambas manos del respaldo de un sillón. Su violencia, ya incontrolable, le desmesuraba los ojos y le congestionaba el rostro

Forzudo como era, de un empujón abrió las hojas de la puerta y penetró a los cuartos contiguos destrozándolo todo, revolviendo las cosas aquí y allá, buscando a Gaby por los sitios en que se imaginaba que podía estar.

Al ruido que produjo su desenfreno, acudió la escolta a ver lo que acontecía en el interior de la casa.

Felipe la recibió con maldiciones:

—¡Qué jijos quieren aquí! Lárguense todos a la puerta y no me dejen salir a ninguna mujer. Ya saben: ¡al que se le juya, me lo doblo de un tiro! ¿Entendieron? Y a ver quién va por mi caballo. Pero pronto...

Y siguió en la búsqueda ansiosa de ella, ahora ya por los cuartos que había en el segundo patio, cercanos a las caballerizas.

En el fondo de uno de ellos, donde se guardaban cajas vacías y cosas en desuso, la halló al fin, acurrucada y temblorosa, dentro del cajón que servía como empaque para el piano.

—¡Ya vido que la encontré! —le dijo con voz que quería ser amable— ¡Y ora sí ya no se me vuelve usted a escapar! Orita mesmo la voy a llevar en ca'de mi madre. Pero no pa'abusar, sino pa'que vea que de veras le tengo voluntad.

Felipe la tomó en peso, venciendo, como podía, los arrebatos de ella para liberarse.

En el patio, doña Reme lo esperaba armada con una tranca. Pero a Rojano le bastó lanzar un largo silbido para que al momento se presentara uno de los soldados de la guardia y el ama de llaves quedara sometida.

—Hazla pa'un lado —le gritó— y ai nomás te la encargo.

Cuando llegó al cubo del zaguán, Felipe empezó a soltar a Gaby de sus brazos, para poderla subir consigo al caballo. Mas ella se le fue resbalando lentamente, desvanecida, hasta caer en el suelo.

—¡Crioqu'esto fue mejor! Así ya ni trabajo cuesta.

Ayudado por otros soldados la colocó sobre la silla vaquera, en tanto él subió a las ancas del caballo. Luego, emprendió el galope, acompañado por un solo ayudante, en dirección a su pueblo, justamente cuando se oía, en el interior del patio de la casa, la detonación del balazo que apagaba para siempre la llamita de vida de doña Reme.



Ya en la soledad del campo únicamente se escuchaba el chocar vertiginoso de los cascos herrados de los caballos sobre la tierra dura y uno que otro relincho nervioso.

La ciudad, para Gaby, se había quedado atrás definitivamente.



En los días siguientes, Felipe se dedicó a exigir préstamos forzosos a los ricos de la población, a mudar la casa del general Garza a la suya de Arroyo Seco y apropiarse de todos los valores que había en la Tesorería del gobierno del estado.

Para no licenciar al grueso de sus fuerzas conforme a las instrucciones que había recibido, y en reserva de lo que más tarde pudiera pasar, ordenó a más de la mitad de los suyos que volvieran a sus pueblos, escondieran las armas y de nueva cuenta se pusieran a trabajar la tierra, como él también lo haría, al igual que Máximo Tépal y *El Manco* Arenas, cuando entregara el gobierno del estado a la persona designada por el presidente León de la Barra.

De esta manera fue como varios días después, dentro del marco esplendoroso de una mañana de junio, se vio a los tres cabecillas, al frente de los hombres que se les permitió conservar como resguardo personal, enfilarse con rumbo a la región donde meses antes había iniciado su rebeldía.

Entonces los acompañaba el frenesí de un gozo que creían perdurable, el mareo de un contento por años ignorado. Ahora, sólo el silencio —como el de los ojos de los ciegos— con el que los despedía la ciudad.





PARTE II



I



*Gracias, amor,
por esta serena desventura...*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

LA CASA DE FELIPE Rojano, en Arroyo Seco, se hallaba situada frente a un remedo de parque, de prados áridos, sombreados por no más de una docena de árboles entecos y limitados por bancas de mampostería.

Sus muros estaban pintados de un azul fuerte, que contrastaba con el color rosa subido de las mochetas del zaguán y de las ventanas que se abrían en la fachada.

El patio de la casa era amplio, empedrado y llano, y lo encuadraban unos corredores anchos que desplazaban su forma de escuadra a la derecha e izquierda del cubo del zaguán.

En el fondo había una puerta que daba al corral y, cerca de ella, en un desconcertante hacinamiento, una carreta con una rueda y el eje de la otra torcido; unos barriles sin fondo o apenas sostenidos

por aros mohosos; varias pieles de borrego hechas dobleces y cubiertas de moscas; tres o cuatro cueros para pulque, achicharrados por el sol; unas pilas de vigas y de tejamanil usado y, reclinados sobre ellas o simplemente abandonados al desgaire, los aperos de labranza y las sillas de montar.

Debajo de la carreta desvencijada, sumando un sueño a otro, sin preocuparle un ápice el ir y venir de la escolta de Felipe, del zaguán al corral y del corral al zaguán, se veía, a mañana y tarde, al Pipiquis, el perro zonzo y viejo de la casa de los Rojano.

Sobre las cornisas y el tejado se sucedían las palomas, que a veces bajaban junto al brocal del pozo en busca de alimento y en otras volaban, azoradas, a refugiarse en la altura de los pretilos o en los salientes canalones de la azotea.

De vez en vez, los ruidos peculiares de la casa, palmear de manos que hacen tortillas, cacarear de gallinas y rebuznos de burros en el corral, se opacaban por el que producían sobre la piedras del patio los cascos de los caballos que hacían caracolear los asistentes de Felipe, de vuelta de la ciudad, adonde fueran por encargos, o las ruedas de las carretas que entraban copadas de forrajes, si no es que de pequeños troncos destinados a partirlos en leños triangulares para los menesteres domésticos.

Toda el ala derecha del caserón estaba ocupada por Gaby y por Cholita, la mamá de Felipe —su guardiana más inmediata—, a más de por las muchas mujeres que trajinaban en la cocina desde el alba hasta el anochecer.

El ala izquierda era exclusiva para Felipe y sus hombres de confianza, entre los cuales se distinguía el tío Chente, su incondicional más absoluto y temerario para ejecutar sus órdenes, sobre todo aquellas que no debían trascender a los demás, porque encerraban el secreto de una hoja de puñal que se clava —sin saberse el porqué— en el pecho de un caminante determinado o en el de unas manos que arrojan a la profundidad de la barranca —sin



conocerse tampoco el motivo— a alguien que no supo detener a tiempo sus pasos ni sus impulsos ante la advertencia o el mandato indeclinable.

Por otra parte, tío Chente era el responsable directo de la custodia de Gaby, y tal obligación la ejercía no sólo con celo, sino exageradamente.

Nunca, claro es, llegó a cruzar palabra alguna con la secuestrada, pero tampoco permitió que ella lo hiciera con otros.

Dos hombres, durante la noche y el día, cuidaban de la puerta del zaguán y de que ninguno se acercara a las dos ventanas que correspondían al cuarto —ahora convertido en sala— donde Gaby gustaba dejar pasar el tiempo sumida en la lectura de novelones, ya que no podía tocar el piano, de luto como estaba, para alegrar su tedio; y otros dos más tenían encomendado el mismo acecho desde la azotea.

Si alguna vez Gaby se atrevía a abrir las vidrieras y a asomar su curiosidad hacia la calle, allí estaba ya, frente a ella, uno de los del resguardo, para atisbar sus movimientos y los posibles del exterior. De esta manera les resultaba fácil impedir cualquier intento de solicitud de ayuda y aun les parecía que la obligaban a desistir de tal empeño si por acaso lo abrigaba, tanto más cuanto que bien sabía la suerte que había corrido el cancerbero a quien trato de cohechar —en los primeros días de su encierro involuntario— para que cierta noche se hiciera el indiferente y le dejara abierta la puerta de su libertad.

Allí, junto a la ventana, lo vio caer de bruces, con un cuchillo clavado en la espalda, y eso ¡nunca lo olvidaría!

Felipe la llegaba a ver de tarde en tarde porque sabía bien —como buen campesino que era— que las mujeres, al igual que las tórtolas, “solitas bajan al agua”, y alentaba la convicción de que de un día a otro acabaría por convertir el desdén en afabilidad y el desamor en pasión tormentosa.



—No me lo va a creer, tío Chente —comentaba alguna vez—. Pero a las mujeres hay que domarlas igualito que a los potros. Nada de que se les suelte toda la rienda nomás porque sí, porque aluego se desbocan. Es más mejor dejársela cortita.

Pero no obstante, bien que cuidaba de avivar la llama que había de incendiarlo, empeñándose en colmar a Gaby de regalos —siempre desproporcionados— y en suavizarle la soledad de su encierro con atenciones ingenuas, muchas veces inoportunas y de mal gusto, y otras llenas de sencillez cautivadora.

Que la noche estaba clara, llena de luna y las estrellas como espejitos, y venga a tocarle teponaxtles y chirimías frente a la ventana, como en vísperas de una fiesta religiosa.

Que le decían que estaba triste, y ahí llegaba la banda de música de Tlahualompa a desafinar la obertura “Poeta y campesino”, la marcha “Zacatecas” y el vals “Viva mi desgracia”.

El parquecito se llenaba, en un momento, de una abigarrada multitud que acudía presurosa a escuchar la música y a fisgar a la señora “que tenía escondida el general Felipe” y que era “chula de veras”, como decía la gente que la conocía, y que ya la nombraba “La Escondida”, asociando su involuntario encierro, su misterioso retraimiento, con los de la selva inviolada La Escondida, tan obsesionante como ella y como ella hechizadora y sensitiva.

Cuando durante el día no se quemaban cohetes y más cohetes, aturdiendo al vecindario y crispando los nervios a Gaby, Felipe hacía que los niños de la escuela del pueblo desfilaran ante ella para entregarle, cada uno, ramitos de jazmines, maravillas o de bugambilias entremezcladas con margaritas. Entonces sí le parecía a Gaby que el corazón se le hacía pequeñito y trémulo, como los ramitos que recibía de los niños, que la miraban asombrados y que sólo sonreían después de que dejaban en sus manos la humilde ofrenda floral recogida en el campo, y ya no sabía si era llanto el que temblaba en sus ojos o era la mañana la que se volvía neblinosa.

Si alguna vez decía su mamá a Felipe: “La Ñora se aburre. Mesmamente parece gorrión enjaulado”, Felipe volaba, que no corría, a esperar el tren directo para Puebla, de donde regresaba al día siguiente cargado de metros y metros de canevá y alemanisco, de docenas de madejas de estambre y carretes de hilos de seda para que ella se pusiera a bordar; y de piezas de cachemiras, tafetas y muselinas, para que se confeccionara cuantos vestidos le diera en gana.

De todo lo que veía en los escaparates de los almacenes comerciales, Felipe compraba para ella en cantidades exageradas y, las más de las veces, innecesarias.

Sobre los muebles de la sala se apiñaban las cremas Simón, las aguas de Florida, los jabones Reuter, las telas y las novelas de Xavier de Montépin, Alejandro Dumas y Carlota M. Braemé, que en la librería La Enseñanza Objetiva le escogían de entre las de mayor éxito literario de la época.

—No sé para qué su hijo compra tantas cosas —comentó Gaby con la mamá de Felipe—. No parece sino que quisiera abrir una tienda.

—No, Ñora —le contestó Cholita—. Esas cosas las merca m’hijo pa’usté, pos porque... porque...

Pero no pudo encontrar las palabras que explicaran que todos esos presentes encerraban el sentimiento de una pasión atormentada.

Simplemente le dijo:

—Felipe es igualito a su papá... Pa’mí eran todas las cosas que mercaba cuando bajaba a la ciudá: mis collares de todos los colores, mis aretes y mis listones, mis buenos géneros pa’mi ropa. Y eso porque él decía: “Si a la Virgen del cielo le llevamos flores y velas pa’adornarla, ¿por qué no te’de trair a ti cosas bonitas, si eres la Virgen de la tierra...?” ¡Pos eso mesmo crioque dice Felipe...!

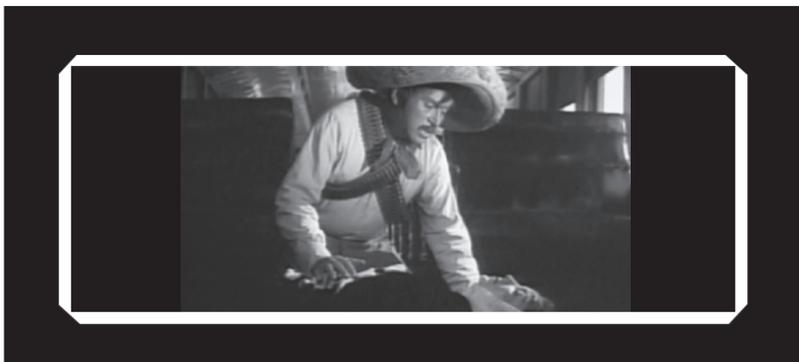


Desnudas en su sencillez, estas palabras de la mamá de Felipe se clavaron en el corazón de Gaby como una espinita, que no le causaba dolor, pero que sí sentía que se le iba adentrando poco a poco.

Por más que quería evadir la situación que Felipe le creaba —porque le parecía absurdo y aun ridículo que ella, tan refinada, acabara de amante o esposa de un hombre que sólo era un gañán afortunado—, no podía dejar de sentir una oculta corriente, nacida de lo más íntimo de su ser, la iba arrastrando indefectiblemente hacia el salto de las desproporciones y de lo insospechado.

Contra ese impulso que, sin quererlo, lentamente la hacía resbalar por la pendiente que le precipitaba su destino, no oponía más resistencia que la ya endeble de su dignidad y decoro ¡Pero sólo Dios sabía hasta cuándo podría resistir la asechanza amorosa de Felipe, sin caer definitivamente a su embrujo, ya para siempre y sin remedio!

Entretanto, todavía tendría que refugiarse en la indiferencia para no resultar vencida a destiempo. Esto lo sabía bien, y en ese conocimiento vivía en la casa de Felipe esperando lo que un día u otro habría de acontecer.



II



OBLIGADO EL GOBIERNO provisional del estado, por las circunstancias que prevalecían, a aceptar la cooperación de los rebeldes maderistas para consolidar la paz recientemente conquistada, con mucha frecuencia incurría en el error de consentir, o por lo menos ignorar, determinadas depredaciones que cometían los que en sus filas habían figurado como jefes y para los cuales no solamente había condescendencia, sino verdaderas muestras de respeto hacia su fuerza incontrastable, que más convenía mantener en quietud que revelada en todo su ímpetu.

A esa indiferencia de las autoridades locales, o más bien, por esa medida política que ejercían, debía Felipe haber realizado parte de sus aspiraciones. Era temido por su fría crueldad y su valor arrojado, disponía de más de setenta hombres para su resguardo, debidamente armados y con haberes a cargo del gobierno; las exacciones de que había hecho víctimas a los ricos de la población y el saqueo de las arcas públicas cometido en las postrimerías de su administración le habían producido un botín cuantioso; no podía pedir algo que no se le concediera, y cuando quería hacer valer su

calidad de revolucionario y su preeminencia como cabecilla para obtener cualquier ventaja o prerrogativa, le bastaba con presentarse ante el gobernador luciendo en el traje y en el sombrero el águila de general, cuyo grado le había sido reconocido por la Secretaría de Guerra, para que toda aspereza se alisara y todo obstáculo pudiera ser franqueado.

De esta manera había logrado que se echaran en el aire del olvido lo mismo sus pillajes que el rapto y el secuestro de Gaby, sus venganzas y sus tropelías. Y como se sabía intocable y poderoso, respetado y protector, su calidad humana había dejado de ser, por lo menos para con los políticos que frecuentemente lo abordaban, la humilde y sencilla de otros tiempos, cuando sólo se pensaba una prolongación del campo, sereno como él e igual de generoso y apacible.

Ahora se sentía en el umbral de la vida y muy por encima de las leyes. Creía, por la facilidad con que todo lo consiguió en tan breve plazo y de tan fácil manera, que era un espíritu superior, dotado de cualidades excepcionales y de atributos privilegiados. Por eso es que considerara casi como suyo —pues que no en vano había sacrificado en aras de la Revolución, ahora tan recompensadora, sus mejores horas de tranquilidad y sus más insobornables esfuerzos—todo el pueblo de Arroyo Seco y que en él impusiera su voluntad autoritaria, sin importarle la del gobernador provisional, que no tenía dominio ni siquiera sobre el maestro de la escuela de niños. Ese era su feudo, y bien que lo administraba a través de sus incondicionales, con cargos en la presidencia municipal, la Recaudación de Rentas y el Juzgado de Letras.

Este modo de ser de Felipe, tan diferente al que le conocían los que iniciaron con él la rebelión, empezaba a molestar al manco Arenas y a Máximo Tépal.

Si ellos habían sufrido, al igual que Rojano, las angustias de la conjuración y los peligros de los combates; si también sacrificaron su calma y sus costumbres, abandonando hogares y sementeras,

¿cómo podía ser razonable que se vieran ahora punto menos que humillados, sin poder y tan pobres como cuando se lanzaron a la revuelta?

Un día, Máximo Tépal llegó a ver a Felipe y le dijo:

—Crioque ya es tiempo que nos des nuestra parte del dinero.

—¿Cuál dinero? —preguntó Felipe, sin conmoverse.

—El que te trujistes de allá. ¿O es que a más de la viuda te vas a quedar con todo?

—Con ella pue'que sí.

—Pos danos entonces el dinero. ¿Qué me dices ora?

—Que lo tengo bien enterrado.

—¿Y eso? —inquirió Máximo, sin comprender.

—Eso nomás por lo que pueda suceder. ¡Tú qué sabes si el día de mañana volvemos de nuevo a las andadas...!

—¡Qué vamos a volver, si ora ya no tenemos motivo! ¡Les ganamos a los “pelones”, y ya está!

—¡Qué te cres tú eso! A lo mejor se están preparando para la desquitanza.

—Pero en el ínter, tú te gastas el dinero con la viuda. Y eso no es legal, Felipe.

—Lo sea o no lo sea, el dinero no se los he de dar.

—¡Pos pior pa'ti! —dijo Máximo ya en tono violento—. Aluego no salgas con que un día te madrugamos.

—¿Y a poco yo les tengo miedo? —exclamó Felipe Rojano, con un dejo de jactancia—. Más mejor les valía que siguiéramos de amigos.

—¿Y si no?

—¡Pos quién sabe...!

Se clavaron uno a otro las miradas, tensas de enojo y de recelo, y ya próximas a saltar de ira. Estaban inmóviles, frente a frente, endureciendo más y más el gesto, hasta hacerlo sombrío, y trabando las mandíbulas para acallar los insultos que les hervían por dentro.



Por fin, Felipe dijo, deseoso de irritarlo:

—Debías agradecerme que no te haiga fusilado por haberte echado al general Garza. Tú sabías que ese era tu merecido por desobedecer el plan del señor Madero y mis órdenes. Pero ya ves, me aguanté como los hombres.

—Te aguantastes porque te convenía.

—Nada de eso. Te salvé la vida nomás porque eras mi amigo.

—Pero ora diátiro me la cobras caro quedándote con mi dinero. ¿Qué me dices, Felipe?

—Que es bueno que mejor te largues de aquí.

—Mesmamente era lo que iba a'cer. Hasta luegoito, Felipe. Ya nos veremos otro día.

Y atravesó el patio de la casa para montar su caballo que estaba atado a una columna del corredor. Ya sobre él y antes de que clavara las espuelas en sus flancos, se volvió hacia Felipe y le gritó con sorna:

—¡Y cuidado con que me mandes topar con el tío Chente...! Cuando quieras arreglar cuentas conmigo, ya sabes dónde me encuentras.

Felipe lo miró salir, coléricamente. Un instante más y le hubiera vaciado la pistola, que ya le brincaba a las manos. Su irritación tan evidente, inquietó a los hombres de su escolta que la presenciaban y que mejor optaron por meterse a sus cuartos o hacerse los que nada habían visto ni oído. Sólo el *Pipiquis* se atrevió a acercarse a su amo, en esos momentos de perdida serenidad, y fue un puntapié lo que lo recibió en pago de sus zalamerías.

—¡Largo de aquí, perro sarnoso! —vociferó con todo su furor desencadenado.

A los ladridos del perro y a las voces descompuestas de Felipe salieron al corredor Cholita y Gaby para informarse de lo que sucedía en el patio.

—¿Qué te pasa, Felipe? —preguntó azorada Cholita.

—A mí nada, máma. El perro ladró porque le pegué.

—Para que le haigas pegado es que estás muino. ¿Quién te encorajinó, Felipe?

—¡Máximo, que es otro perro como ese! —explicó Felipe levantando la cabeza para señalar con tal movimiento a *Pipiquis*, que se había ido a refugiar bajo la carreta.

—Tenía que ser ese hombre. Ya mucho te tengo dicho que el tal Másimo no me gusta ni tantito. ¿Y otra qué quiere?

—De querer, no quiere nada. Nomás que le gusta molestar.

—¿Pos por qué dialtiro no lo mandas con las juerzas que están en la ciudá?

—Porque más vale tenerlo cerquita que lejos.

—Pos yo que tú sí lo hacía. Ansí te lo quitabas de encima

—No, máma, es más mejor que yo lo cuide y no que él me quera cuidar. Ansí por lo menos sé siquiera cómo pierdo. ¿O a poco no, Ñora? —le pregunto a Gaby, suavizando la voz.

—Probablemente es lo mejor —contestó ésta—. Pero no crea que su mamá esté equivocada: ¡ese hombre es malo!

—¿Y usted me lo dice a mí...? Es tan malo, que pa'que lo sepa de una vez, y al fin y al cabo lo ha de saber algún día, él fue el que se cazó al esposo de usted igualito que si fuera un venado.

Gaby sintió, al oír esta tardía confesión, como si le hubieran dado un bofetón en pleno rostro. Enclavijó las manos y le pareció que se le doblaban las rodillas y que algo le desgarraba todo su ser hasta lo más profundo. El llanto la ahogaba y claramente tenía la sensación de que flotaba, de que por momentos se diluía.

De pronto dio un pequeño grito y se deslizó hacia el suelo, pálido el semblante y temblorosas las mandíbulas.

—Buena la hicistes. Ora se va a enfermar —le reprochó Choluta a Felipe, al tiempo que éste la alzaba en peso y la conducía a su recámara.



Y así fue en efecto. Durante tres días —tres días de amargura para Felipe— ella permaneció en cama con fiebre y sobresaltos. A ratos parecía como si se alejara a un mundo distante, pues hasta la respiración se le cortaba y más se le empalidecía el rostro. Felipe la llamaba a gritos, le suplicaba que no muriera, le pedía a todos los santos que se la devolvieran a él, nada más a él, que tanto la quería.

—¡Que no se muera, mamá, que no se muera...! —rogaba el cabecilla entre llantos convulsos.

Sólo Cholita no perdía la serenidad. Con sus manos ásperas, huesosas y largas, se afanaba en frotarle los brazos y las piernas con tinturas que ella misma preparaba a base de hierbas misteriosas cuyas virtudes bien que conocía. Luego le daba a oler aguardiente puro y le cubría el cerebro con paños mojados en agua florida, hasta que lograba reanimarla, arrebatándole a la muerte el suspiro que ya iba a ser suyo y que de nuevo surgía a la vida, profundo y prolongado.

Cuando al fin Gaby entreabría los ojos y vagaba su mirada por la pieza, le dolía hallar a Felipe en la actitud sumisa del que sufre por otro —y ese otro era ella—, cuidándole su inconsciente soledad y su palidez de enferma. Por más que tratara de olvidarlo, bien sabía que estaba al borde de un precipicio. Y aunque a sí misma se decía que debía alejarse de él y no volverlo a ver, el amor desmesurado de Felipe, su constancia hacia ella, la impulsaba más y más a mirarlo en su hondura y a acercarse a su peligro. Por eso es que no podía menos que compensar su fidelidad —al sentirlo tan de cerca— con una sonrisa que para él significaba todo, porque todo se lo hacía esplendoroso y bello: radiante la mañana, amplía la claridad de los corredores, metálicas de brillo las piedras del patio y luminoso el aire del día.

Y es que Felipe no podía negar que estaba enamorado, perdidamente enamorado de esa mujer que desde su lecho de enferma lo veía y le sonreía; él le hablaba y ella se quedaba callada, como cuando se hace el silencio en la campiña al caer la noche.



III



DURANTE SU CONVALECENCIA, Gaby y Felipe, acompañados por unos cuantos hombres de la escolta, recorrieron los pueblos cercanos.

Salían a caballo muy de mañana, cuando las nubes empezaban a tener una claridad lechosa, y no regresaban sino hasta que el sol parecía ser el centro del cielo.

Las gentes los veían atravesar las callecillas del poblado e internarse en los caminos solitarios.

—Venga usted a ver a “La Escondida”, que ai viene con el Felipe —gritaba Remedios a su comadre, que molía nixtamal dentro de la cocina de humo de su casa y la cual salía apresuradamente hasta la cerca de órganos para conocer a la mujer que ya empezaba a tener su leyenda en Arroyo Seco.

—¡Huy, mi alma, con razón Felipe está azonzado...! —comentaba la comadre curiosa, en tanto se limpiaba las manos en el delantal—. ¡En de veras que parece una reina...!

—Eso que ni qué. Lo que tiene de chula, ni quién se lo quite.

—Pero a lo mejor ya’sta enyerbó a Felipe. Estas mujeres son capaces de todo para engrir a los hombres.

—¡Cómo va' ser, comadre, si ella no es una cualquiera!

—¿No?

—¡Qué va...! ¿No ve usted qu'es la viuda del qu'era gobernante?

—Pos yo creía que se la'bía levantao por ai, ora que anduvo en la revolufia.

—No, comadrita. Nomás se la trujo porque quedó viuda.

—Pos la mera verdá es que harta razón tiene Felipe pa'tenerla escondida. Si la ventía un coyote, pue'que haga ganas por llevársela.

—Eso mero es lo que por ai andan cantando. L'otro día oyí la tonadita que decía:

*Por ai dicen que un coyote
anda ventiendo al ganado
y que va' brincar las trancas
de onde lo tienen guardado.*

*¡Ay, qué airecito tan duro
que me tumbó hasta el sombrero!
¡Dime tú dónde m'esconden
a la mujer que más quiero!*

*La quiero porque la quiero
poquito más que a mi vida,
y onque me la escondan bien,
yo he de dar con "la escondida"...*

—¿Eso cantan? —inquirió alarmada la comadre.

—Sí, comadrita —contestó Remedios—. ¡Eso y más que ya no se me pegó!

—¿Y lo habrá óido Felipe?

—Pos crioque sí. ¿O a poco no oy'usté la balacera que hubo l'otra noche por ai, por la casa d'él...?

—¿Fue por eso?

—Por eso mero, comadre: ¡por la tonadita...!

—Míe'usté que se necesitan pantalones pa'ser así de provocativos con Felipe.

—¡Y cómo no los ha de tener, si por ahí dicen que el de todo es Máximo Tépal!

—¿Pos no qu'erán tan amigotes?

—Lo eran, pero ya no lo son. Si no, ¡ni cuándo se hubiera atrevido a meniarle l'agua...!

Y efectivamente, noches atrás, el silencio del parquecito frontero a la casa de los Rojano se sintió interrumpido por el rasguear de unas guitarras y el canto de unas voces agudas, ríspidas e intencionadas.

Entre sueños, Felipe las oyó desvanecidas, apenas melódicamente perceptibles y venidas de lejos, casi de su sueño mismo. Hasta pensó que el ritmo de los guitarreros era insistente y lento, como si la lluvia estuviera cayendo sobre el tejado. Luego, las percibió más claras, acentuadamente cadenciosas y subidas de tono. Pero aun así le parecieron irreales. Mas cuando abrió los ojos y echó a un lado la bruma de su dormitar, ya le fue fácil apreciarlas en toda su amplitud y aun distinguir la letra que cantaban.

De un brinco saltó de la cama y entreabrió los oscuros de la vidriera para ver quiénes eran los cantadores.

La luna caía sobre Máximo Tépal, perfilando su figura recia y alumbrando las caras conocidas de los demás, todos amigos de él.

—¡Ora reviéntense'l corrido y a ver qué pasa! —oyó decir a Máximo.

—Pero antes nos echamos un trago.

—¿Pa'darse valor? —preguntó Tépal.

—¡Ni cuándo...! Nomás pa'templar la voz.

De mano en mano pasó la botella de aguardiente, y de trago en trago la dejaron vacía. Contra la banca cercana la estrelló el último de los bebedores.



—¡Qué bruto eres...! Así vas a despertar hasta la escolta
—dijo el que tocaba el bandolón.

—Pos por mí que despierte. ¡No na'más traigo guitarra...!

—Bueno, ya'stá bien —ordenó Máximo—. ¡Déjense de taru-
gadas y a lo que los truje!

Las guitarras iniciaron entonces una entrada movida, de com-
pases violentos y rasgueo precipitado. Luego, entonaron la frase
musical, y a poco la voz de los cantores dejó oír su falsete:

*En mil novecientos once,
mes de setiembre qu'es hoy:
a todos los que m'escuchan,
muy buenas noches les doy.*

*Contarles quiero una historia
en de veras conmovida,
de una mujer que por chula
la tienen muy escondida.*

*Se la sacó de su casa
no digo yo que un ladrón,
pero sí un hombre que quiere
robarle su corazón.*

*¡Ay, cómo corre el caballo
en que la hicieron montar!
¡Si ya nomás le faltaban
las alas para volar!*

*Por atajos y veredas
y aluego el camino rial,
él nomás la consolaba,
y ella nomás a llorar.*

*Tan pronto como llegaron
al pueblo dond' él nació,
como si fuera calandria,
en su casa la encerró.*

*¡Ay, qué aburrida es la vida
de la mujer qu'es casada!
¡Pero pior la de la viuda
si la tienen encerrada!*

*Les pasa porque les pasa
lo mesmito que a las flores:
que si alguno no las riega
se destiñen sus colores.*

*Lluvia yo quisiera ser
y agua que fuera mi vida,
pa'regar de día y de noche
a esa flor tan escondida.*

*Por ai dicen que un coyote
anda ventiendo al ganado
y que va'brincar las trancas
de onde lo tienen guardado...*

Mas una lluvia de balas, a tiempo que la relación seguía, acalló las voces de los cantadores. Felipe abrió de golpe la ventana y vació su pistola contra ellos.

Unos pudieron correr y otros se agazaparon tras las bancas porque también, desde la azotea, la escolta de Felipe empezó a bloquearlos.

Ya repuestos de la brusca acometida, los hombres de Máximo abrieron fuego contra sus atacantes, entablándose un tiroteo desesperado, entre blasfemias y gritos enardecidos por el alcohol.



Las lucecillas rojizas de las balas rasgaban, como saetas, la tranquilidad de la noche, y su tronido resonaba horrísono a medida que crecía y se volvía ensordecedor.

Desde el quicio de una puerta, Máximo agotaba las cargas de su pistola tratando de clarear a los de la escolta. Mas el pretil de la azotea los protegía a tal grado, que era imposible tocarlos, resultando ventajosa su posición.

Así lo comprendió Máximo cuando ordenó a los suyos que cogieran por la callejuela que salía a la estación del ferrocarril.

—Despuesito nos vemos —les gritó a tiempo que doblaba la esquina.

Todavía se oyeron unos disparos aislados y flojos que parecían estallar como cohetes. Luego, todo volvió a quedar tranquilo. Y sólo los impactos grabados en los muros de la casa, los vidrios rotos, los dos muertos que yacían a mitad del parque junto a una guitarra perforada, recordaban la chamusquina provocada por Máximo Tépal —de la que ni siquiera acta se levantó— al llevar a sus hombres a que cantaran aquella “tonadita”, como la llamara Remedios, frente a la casa de la mujer a la que ayer le decían “La generala” y hoy, más poéticamente, “La Escondida”.

—Va usted a ver cómo esa selva que le nombran La Escondida es igualita a usted —le decía Felipe a Gaby esa mañana en que Remedios y su comadre los vieron salir del pueblo—. Pue'que por eso esté bien puesto el nombre conque ora la conocen a usted: ¡“La Escondida”...! Si la mera verdá las dos se parecen mucho.

Y en verdad que las dos escondidas eran semejantes. Las dos atrayentes, misteriosas y sugestivas. Las dos serenamente bellas y sensuales. Todo lo que tenía una de flexible, de ondulante, de sensitivo, lo tenía la otra, y aun la misma fresca lujuriosa de la selva parecía extenderse en el cuerpo de Gaby, tan obsesionante y maduro.

¡La Escondida...! Una era el templo de los árboles sumidos en la penumbra afelpada por una bóveda verde; de los líquenes y los bejucos trenzados que forman macizos de muros; de las malezas enmarañadas sobre los escollos o que encajonan las corrientes de las aguas; de los caminos estrangulados por los matorrales y por las cortinas de trepadoras; del olor penetrante a humedad y a vegetales podridos; del gorjear de las aves confundido con el castañetear de las perdices y el canto de las chicharras; del ulular del coyote y el maullar del gato montés. ¡Todo un extraño panorama lleno de savias y venenos, inmóvil en su exasperante monotonía, siempre tupido e imponente, solemne y turbador!

¡“La Escondida”...! Otra era la mujer atormentadora, fascinante, la que enciende el ascua del deseo y azuza el celo del hombre; la desencadenadora de tempestades humanas; la enigmática divinidad que lleva en cada mano al bien y al mal para retener a uno y soltar al otro cuando su instinto se lo marca; la abrumadora de pasiones sombrías; la que derriba y levanta; la que veda y se entrega. ¡Todo un mundo abismático, lleno de fuerzas incontrolables, también apretado de musgos y de frondas por donde no pasa el viento, exuberante de colores y de gruñidos de fieras, atrayente y aletargador como el filtro que embriaga de belleza a la selva misma...!

¡“La Escondida”...! ¡“La Escondida”...! Repetición de un solo motivo pertinaz: el hechizo del espíritu ante el influjo de las dos selvas alucinantes, de cuyas lindes únicamente se sale por un paso estrecho que lleva hacia la vida o hacia la muerte. Eso era todo.

Más cuando Gaby y Felipe arribaron a la selva enclavada en el monterío de la sierra, ella se quedó extasiada por tanta grandiosidad y hasta sintió el halago de saberse comparada con esa espesura desconcertante y sensible, compacta de verdes e inobjetable en su hermosa ruda, elemental y salvaje.

—¡Qué bonito sería el vivir aquí! —dijo Gaby con fruición.



—¿Cómo...?— preguntó Felipe, visiblemente interesado en comprender el alcance de las palabras de ella.

—Digo que me gustaría tener una casa en este lugar. ¡Realmente no me imagino que pudiera haber algo más encantador! —aclaró con toda sencillez.

Felipe la miró a los ojos y no dijo nada. Durante largo rato permaneció callado, como si tratara de grabarse en la mente aquel deseo de la otra selva. Luego, comentó simplemente:

—¡Mié'usté que sería bonito tener una "Escondida" dentro de otra Escondida...!

Pero cuando, ya cerca del mediodía, regresaban a Arroyo Seco, su pensamiento no salía aún de la selva, donde ya levantaba la casa de "La Escondida", junto a las marañas de enredaderas y orquídeas, entre el trinar de los pájaros inquietos y bajo el casquete verde que formaban los árboles.



IV



PASADAS LAS ELECCIONES para gobernador constitucional, en las que no quiso figurar como candidato, a Felipe Rojano le fue fácil obtener de su compadre Antonio Corona —llamado *el Tuerto*, por la falta de un ojo que había perdido en una de tantas refriegas entre las fuerzas maderistas y las federales, y a quien impuso como nuevo mandatario, una vez derrotado el Partido Liberal que apoyaba la candidatura del ingeniero Pablo Rocha —la confirmación de sus privilegios y la concesión de explotar, en todos los órdenes y por el término de noventa y nueve años, la selva denominada La Escondida perteneciente al estado.

El decreto correspondiente lo expidió el Congreso Local a moción del Ejecutivo y oportunamente se publicó en el Diario Oficial para que surtiera sus efectos. Pero éstos no corrieron para Felipe sino hasta que consiguió el refrendo de don Francisco I. Madero, ya por entonces presidente de la República, quien en carta abundante de términos cordiales le significó “el agrado que me ha causado conocer la determinación del gobierno de ese estado relativa a la concesión que ha otorgado a usted, en justo

reconocimiento a sus altos merecimientos como soldado de la Revolución, para la explotación del predio a que se alude en el decreto respectivo...” Porque entonces sí se sintió seguro de los derechos que adquiriría, para toda la vida, sobre aquella selva en pequeño en la que ya anidaban sus ensueños.

—Mañana mesmo comienza usted a tumbar los árboles de cerca del arroyo —le dijo al maestro de obras— y a limpiar el terreno pa’abrir las cepas.

—¿Va a venir siempre el señor ingeniero? —preguntó aquél.

—De aquí al jueves, ya est’aquí. Pero como si orita estuviera. Nomás se fija en los papeles que me dio y no hay pierde.

—Sin embargo, yo quisiera...

—Nada, nada. Usted hace lo que le digo y ya está.

Como hormigas afanasas se pusieron a trabajar los albañiles. Unos eran los que desramaban los árboles y cortaban sus troncos; otros los que limpiaban de matojo y varejones el terreno hasta dejarlo yermo y algunos más los que despedregaban para allanarlo. Sus tareas, de sol a sol, avanzaban rápidamente y ya pronto iban a comenzar a cimentar sobre las cepas que había trazado el ingeniero.

Todo lo que era necesario para no interrumpir el proceso de la construcción se tenía a la mano y aun se llegó a contratar a toda clase de artesanos para que, en tanto los más se dedicaban a levantar los muros de la casa, otros fabricaran tabiques y ladrillos en cantidades bastantes para surtir las demandas de aquellos. Los mismos carpinteros ya habían iniciado su labor de cepillar y cortar la madera para las puertas y las ventanas que se iban a utilizar, y los canteros no cesaban de picar bloques de piedra para labrar las piezas que adornarían la fachada.

Tal afluencia de trabajadores trajo para Arroyo Seco un periodo de auge y de bonanza económica y también, ¿por qué no?, de liviandad en su vivir cotidiano.



Todos los sábados, después de que los obreros recibían sus rayas, el pueblo se llenaba de borrachos tambaleantes que hipaban a menudo y a menudo se recargaban en las paredes para no caer.

Poco a poco iban llegando hombres y mujeres fofas, gelatinosas, a la taberna, que olía a frutas agrias y a barriles de madera podrida, en tanto la música de la pianola raspaba desafinadamente. El pagaré y el humo de los cigarros ahumaba el color del espejo empotrado en el aparador de las botellas.

Los hombres, embrutecidos por el alcohol, cantaban y gritaban sin medida, o bailaban apretados contra el sudor de las mujeres de vestidos floreados y rabones.

—¿Y el rebozo que me ibas a comprar? —le preguntó una de ellas a Evaristo el carpintero, con quien bailaba.

—Ya te dije que hasta la otra semana. Ora tengo que pagar la garlopa y lo que pedistes al gachupín —contestó aquel.

—Lo que pasa es que ya no me quieres. Pero ni fuerza. De a montones tengo para que me den gusto.

—¿De veras...? Pues ya te puedes largar con ellos cuando quieras.

Y de un empujón la hizo caer cerca del mostrador.

—¡Miá'qué valiente es este con las viejas! —comento el albañil Gregorio Coca, en otra época soldado de los de Máximo.

—¿No le gustó? —contestó Evaristo encorajinado.

—¡Ni tantito!

—¡Pues jale conmigo pa'allá fuera y a ver si es tan hombre!

Salieron a relucir las navajas y la gente brotó de la taberna para presenciar la pelea.

—¡Mátalo! —gritaron delirantes unos hombres.

—¡Mátalo! —corearon otros entre blasfemias.

La gente se arremolinaba, frenética y nerviosa, alrededor de los que se buscaban con los ojos, encorvados, ágiles y listos para el salto, con el sombrero en una mano y la navaja en la otra.



—¡Esto va pa'largo! —comentó un soldado borracho.

—¡Dense prisa, que tengo mucho sueño! —les gritó una mujer.

Y aun cuando las navajas rayaban con su luz blanca la opaca y amarilla del foco que colgaba de un poste, todavía no se teñían de sangre.

Uno de los compañeros de Evaristo quiso intervenir para que la pelea terminara, y los curiosos lo golpearon.

—¡Déjalos que se maten...! —le dijo un ferrocarrilero con voz gruesa y cortante— ¡A nadie le importa nada que haya un muer-tito más!

—O dos —afirmó un peón de cara hosca.

De pronto, se vio caer un cuerpo y correr a otro.

—¡Pélate al cerro, que luego le aviso al jefe! —le pudo gritar a Gregorio un hombre a quien llamaban El Cacarizo.

Y mientras el albañil homicida se perdía entre callecillas del barrio, los demás le formaban un círculo al caído. Sin hacer comentarios, sin demostrar asombro o compasión, simplemente lo miraron en silencio y volvieron a entrar a la taberna en tanto Evaristo se quedaba junto a su sangre, dobladas las piernas y con el sombrero sobre la cara.

Otra vez volvieron a oírse las carcajadas bestiales y groseras, la música de la pianola y las voces aguardentosas que cantaban:

*Cuando cobre el pagaré,
Y el pagaré,
¡Qué gusto te vas a dar, mujer...!*

Como si la tragedia que acababan de presenciar hubiera sido irreal y no estuviera un hombre muerto en mitad de la calle. ¡A ese extremo de insensibilidad e indiferencia los había llevado el exceso de libertinaje, de desapego a la vida, de barbarie irrefrenable!

—Ya no cantes, güera —le dijo el compañero de Evaristo a la causante de la riña—. ¡Parece mentira que tengas gusto!

—¡Y más que encargué a mi tierra...! A mí no me importa que se hayan clavado a Evaristo, ¿sabes? ¡Para lo que ya me cargaba...!

Se echó de golpe el vaso de mezcal que había pedido al cantinero, y a poco salió corriendo hacia la calle.

—¿Ónde vas? —le gritaron.

—Acá afuera —contestó sin detenerse.

Entretanto, el compañero de Evaristo se bebió tres mezcales y se fumó más de cuatro cigarros.

—Vete a buscarla —le aconsejó el cantinero.

—Orita —replicó aquél.

Y casi tambaleándose logró salir de la taberna.

Allí frente al poste con el foco de luz amarilla y junto al cadáver de Evaristo, estaba ella llorando.

—¿No que ya te cargaba? —le dijo.

—¡Y mucho...! —contestó.

—Entonces, ¿por qué le lloras...?

La mujer alzó los ojos, y un tanto con pesadumbre y un mucho con rencor, le explicó lacrimante:

—No lloro por él, ¿sabes?, ¡de veras que no me importa...! Lloro por el dinero que traía y que alguien se avanzó antes que yo...

—Pues ora vente conmigo pa'que se te olvide esa pena.

Como pudo la levantó del suelo y abrazados encaminaron sus pasos hacia la taberna.

A poco se presentaron los del rondín y se llevaron al muerto en angarillas. Las averiguaciones las harían después, cuando pudieran declarar los testigos, y no ahora, en que todos estaban borrachos y nada habían visto.

Unos minutos más tarde, Máximo Tépal llegó a la cantinucha del brazo de una mujer que se había traído de Puebla y con la que andaba de juerga desde hacía tres días.



Tan pronto como lo vio El Cacarizo se acercó a él para decirle:

—Gregorio Coca acaba de navajiar a Evaristo el carpintero.

—¿Y eso por qué? —preguntó Máximo.

—Pos por una vieja... Pero ya se peló pa'l cerro.

De un solo trago, Máximo se bebió el tequila doble que le habían servido; luego, se limpió la boca con el dorso de la mano y tartajosamente le ordenó:

—Mañana mesmo te lo vas a encontrar y le dices que digo yo que allá nomás se quede, en el ínter le arreglo todo... ¡Y ora ve a decir que me toquen una pieza, que voy a bailar con esta...!

Los ojos del cabecilla recorrieron la taberna, donde ya se respiraba un aire de podredumbre. Se jaló más al frente la pistola y empujando a unos y zarandeando a otros se abrió camino hasta el sitio donde estaba la pianola.

—¡Ora mueva los pies, que no voy a estar esperando...! —le gritó al que estaba colocando el rollo.

—Sí, mi coronel —le replicó compungido el de la pianola—. ¡Orita mismo!

Y en efecto, las cintas blancas y negras de las teclas empezaron a bajar y a subir indistintamente e hicieron surgir el ritmo lento, cansado, de un danzón.

Máximo enlazó de la cintura a la mujer que tenía colgada de su brazo, hundió la cara en su cabellera adornada con flores de lentejuela y torpemente comenzó a bailar.

Por tres veces insistió en que le tocaran la misma pieza de música y aun obligó a los demás a no bailar en tanto él lo hacía. Una vez que se sintió cansado, volvió al mostrador a seguirse emborrachando.

Uno tras otro se bebía los vasos de tequila y ni por eso perdía el aplomo. Se le notaba, sí, cierta excitación y destemplanza: algunos sacudimientos inesperados, parecidos a los de un caballo nervioso, que relampagueaban en su cuerpo; las incoherencias que a veces se

le escapaban y los agarrotamientos de sus músculos faciales que le agriaban el gesto. Pero luego volvía a vérselo recuperado, erguido y firme.

En su regocijo alcohólico mandó destapar unas botellas de tequila para que se sirviera de ellas el que quisiera.

—¡Yo no soy rico como Felipe —dijo—, pero me cuadra gastar mis “fierros” con mis amigos! ¿Qué me dices ora chata?

—Que así debe ser —convino la mujer que lo acompañaba.

—Eso es lo que yo digo: que así debe de ser... Ora que si Felipe no me hubiera robado mi dinero, a estas horas bebería puro vino en vez de tequila

—¡Cómo! ¿Que te robó tu dinero?

—Como l’oyes. Por eso es que ora l’está haciendo su casa a “La Escondida” con todos estos —exclamó señalando a los obreros que llenaban la taberna—, que trabajan con él y les paga con mi dinero.

Alzó la voz y le brillaron los ojos, como de cielo con tormenta. Sobre el mostrador, forrado de hoja de lata, golpeaba su puño tosco y agresivo.

—Ansí como lo oyes... ¡Les paga con mi dinero!

—¿Y por qué no se lo pides?

—Pos porque es un ladrón... ¡Y a ver a quién no le gusta lo que dije! —gritó a voz en cuello, volviéndose hacia los parroquianos, ya con la pistola desenfundada —¡Digo y lo sostengo que Felipe Rojano es un ladrón...! ¿Qué me dicen ora?

Todos se le quedaron viendo con inquietud, extrañados de esa súbita baladronada y temerosos de que de pronto empezara a jalar el gatillo del revólver.

—Déjate de cosas —le aconsejó la mujer— y vámonos de aquí, anda.

—Se me hace que te vas’ir sola, porque lo qu’es yo tengo que ir a decirle a Felipe qu’es un ladrón.

—Otro día se lo dirás, no ahora que estás borracho.

—¿Yo borracho...? ¡Dialtiro me conoces muy poco, chata! Ori-ta es cuando mero estoy en mi juicio.

Y soltó una carcajada plebeya y tronante.

Con la pistola empuñada se abrió camino hacia la puerta de la taberna y salió a la calle. Detrás de él, siguiéndole los pasos a distancia prudente y acariciando previsoramente las armas que llevaban, caminaban muchos de los peones que habían sido de sus fuerzas, un tanto por curiosidad morbosa y otro tanto porque también, como Máximo, se sentían con la bravura suficiente para acompañar a su jefe en la aventura de pedir cuentas a Felipe.

Por mitad de la calle iba Máximo, caminando sin trastabillar, con el revólver en la mano derecha y el dedo índice apretando el gatillo. De cuando en cuando volvía la cara congestionada hacia los que venían atrás, en línea desplegada, y apresuraba el paso para hacer más grande la distancia que lo separaba de ellos.

—Esto es cosa mía nomás —les gritaba—. ¡Y de macho a macho! Pobre del que se'ntrometa, porque aluego me la paga.

Atravesó calles y calles, cogió por la que salía a la estación y a poco estuvo en el parquecito donde tiempo atrás había provocado la primera balacera.

Del garitón de madera que había sobre la azotea de la casa de Rojano salieron unos gritos que estallaron como chasquidos de fusta en la calma de la noche:

—¡Alto...! ¿Quién vive?

Máximo contestó primero con una maldición tremenda y luego con un grito largo y seguro:

—¡Máximo Tépal...!

La descarga cerrada con la que recibieron su nombre los del garitón lo hizo tirarse al suelo y a rastras atrincherarse en una banca. Ya desde allí, volvió a gritar:

—¡No sean montoneros, que vengo solo!

—¿Pos qué quiere, entonces?

—Nomas hablar con Felipe. ¡Si es tan hombre, que salga!

Felipe, que estaba en el cubo del zaguán platicando con sus hombres y fumando un cigarro, oyó la descarga y los gritos de Máximo, y sin pensarlo mucho, contra la opinión de los suyos que le aconsejaban que no saliera porque podía encontrarse con una emboscada de Tépal, abrió el portón de su casa y avanzó hacia la mitad del arroyo.

—¿Ora qué quieres, pues? —preguntó a Máximo, apenas a veinte pasos de él.

—¡Decirt'en tu mera cara qu'eres un ladrón...!

Felipe, serenamente impávido, no contestó. Pero no bien hizo el movimiento impetuoso de llevarse la mano al cinto para empuñar la pistola, cuando sintió que el arma se le desprendía y que él mismo se doblaba, apoyando el antebrazo izquierdo sobre su estómago.

—¡Te olvidaste de cómo tiro, Felipe! —exclamó Máximo al ver caer en tierra a Felipe—. ¡Ni tú ni naiden me madruga en eso!

Y volviéndose a los del garitón, profirió con su voz agresiva:

—¡Ai se los dejo, pa'ver de qué les sirve...!

Otra vez se tendieron las carabinas en su busca, se oyó el tronido de los tiros y se vio cómo corrían los hombres, entre las sombras de la noche, a esconderse detrás de las cercas de órganos o en los quicios de las puertas.

Sólo Máximo Tépal retrocedía sin prisa, espantosamente dueño de su voluntad y de su valor expansivo y arrogante.





V



FELIPE ESTUVO A punto de conocer la cara de la inevitable visitante. Mas nuevamente la intervención oportuna del doctor Herrerías lo libró de ese percance.

Desde la silla en que Gaby velaba su malestar de enfermo, junto al buró con los frasquitos de medicinas y las cajas de ampollitas que llenaban el cuarto de un olor a farmacia, pegado a las sábanas y al vaso que contenía la cuchara con la que cada hora, cada hora implacable, ella le daba a beber la pócima restablecedora, Felipe se veía desesperadamente agotado y su fatiga se descubría en las comisuras de su boca y de sus párpados.

Ella, por consiguiente, se caía de cansancio y de falta de sueño, porque las más de las noches las pasaba despierta al lado del herido, cuidándole sus movimientos y su reposo. Y si en lo más hondo de sus pensamientos alentaba los de salir al campo verde, a las praderas apacibles donde pudiera respirar el aire puro del día y no aquel contaminado de drogas, que se extendía por los cuatro muros de la pieza, ciertos sentimientos, que ya en otra vez la habían hecho estremecer, la retenían frente a Felipe como humilde enfermera, pendiente de temperaturas y respiraciones.

En aquel cuarto, donde el olor ya resultaba incómodo, se le mostró a Gaby el amor en su primitiva pureza, demasiado cabal y turbador en su pasión fragmentada en cariño y solicitud hacia Felipe, y con el sentido necesario para hacerla sucumbir definitivamente si él se lo decía de cierta manera, porque a través de la variedad de sentimientos que atormentaban su espíritu, el que más le hería era el que la empujaba a entregarse como cualquier mujer que somete su cuerpo al arrebato del hombre, siendo que ella tenía que ser la dispensadora de ese frenesí y no la vencida, la que otorgaba y no la que recibía.

—No sé —le dijo una tarde al doctor Herrerías—, pero creo que acabaré casándome con Felipe.

—¿Se ha enamorado usted de él?

—Pero no por remordimiento ni por cobardía. Ni siquiera por generosidad.

—Lo sé. Las mujeres no se enamoran por eso.

—Tampoco por el temor a una soledad contraria a mi sensibilidad. Créame doctor, no es prisa lo que me acerca a él ni es curiosidad. A mi edad, todas esas debilidades y grandezas del alma las he sentido ya y sólo me han dejado desilusiones y hastío.

—Lo comprendo. Por eso le resulta fácil decirlo.

La miró por encima de sus lentes, un poco asombrado de que fuera ella, precisamente ella, la que le hiciera esas confesiones.

—Mi afecto descansa ahora sobre una base más profunda: soy, lo sé y lo siento, la otra vida de Felipe, la que le he ido creando a fuerza de querer ignorarlo, de no importarme su devoción.

—Y que a la postre, a usted misma, le ha formado también una vida diferente. Eso sucede a menudo: el que juega al fantasma, acaba por volverse fantasma. Tanto ha tratado de huir de él, de odiarlo inclusive, que ha terminado usted por quererlo hasta el grado de pensar casarse con él. Pero yo me pregunto, señora: ¿cómo es posible que una rosa pueda lucir en medio de un campo de milpa?



—Quizá no luzca, doctor. Pero sí es fácil que brote entre ellas. Y es que la tierra, como el amor, no sabe de distinciones. Lo mismo se entrega a un germen pobre que a uno rico. Se da por igual la semilla que más tarde habrá de ser una flor espléndida que a la del simple cardo.

—Es cierto.

—¿Ve usted? Eso no tiene importancia. Lo importante es que la flor y el cardo no se sequen y que la tierra esté siempre húmeda para los dos.

Las mejillas de Gaby se arrebolaban a medida que más trataba de justificar su actitud frente a Felipe, que desde hacía un año la adulaba con regalos y protestas de eterno cariño y a quien no podía desunir de su pensamiento porque le era imposible olvidar todo ese tiempo de amor y perdón, de odio y de miedo, de reproche y bondades, que había vivido cerca de él como cautiva, en un principio violentada por el amago, pero después por el gozo de la felicidad que había encontrado en su propio encierro.

Hasta las tentativas de evadirse o de pedir auxilio a favor de su rescate las fue relegando, por la misma razón, a un plano secundario y aun prefirió soportar su segregación del medio social en que había privado, con tal de no perder el cariño rudimentario, sin complicaciones ni propósitos malévolos, de ese hombre de treinta y un años que pudiendo lograr por la fuerza lo que más anhelaba, se complacía en esperar pacientemente que fuera ella la que le señalara un día el rumbo de su destino.

—¡Qué extraño temblor el del corazón femenino —exclamó el doctor Herreras— y qué romántico...! ¡El bandolero y la dama pendientes de un mismo impulso que ni uno ni otra se atreven a precipitar!

—¿Por qué mejor no decir simplemente el hombre y la mujer? —replicó Gaby en son de reproche—. Los personajes que usted nombra no existen para mí. Son muñecos sin alma, temas de conversación.



—Que a veces hieren más que una daga.

—¿Y usted cree, doctor, que eso pudiera detenerme? Estoy decidida a todo.

A pesar de las reticencias de Gaby, insistió el doctor en la conveniencia de meditar con más calma el paso que ella pensaba dar.

—No es posible —le dijo— que olvide usted lo que ha sido y premeditadamente anteponga a su educación, a sus costumbres, a su familia, el efecto de un gañán facineroso. Realmente, no lo concibo y sólo lo creo porque usted me lo dice. Pero pienso que todavía es tiempo de enmendar ese error. Después sería demasiado tarde.

Y añadió persuasivo, poniendo en el tono de su voz la misma solemnidad con que alentaba a sus enfermos:

—Dígame usted que sí y yo me comprometo a restituirla al seno de su familia.

—¡No, doctor, no puedo decirlo!

—¿Pero es que no se da cuenta de que ese hombre no la merece, ni usted los sobresaltos que él le ocasiona? Hoy por causa de Máximo Tépal, mañana por la de otro, el caso es que Felipe siempre se verá en aprietos y usted tendrá que sufrir las consecuencias, ¿es esa la felicidad que busca? ¿Es ese estado de peligro constante el que la seduce?

—¡Nada de eso me inquieta doctor! Es él, el amor de él, el que me detiene aquí, con las raíces hundidas en lo más profundo de esta tierra.

Y así era, en efecto. Todo lo que era ella, lo que significaba como mujer, su vanidad y su ternura, su orgullo y su generosidad, su abnegación y su feminidad, lo había plantado allí para que allí se quedara.

Los días que habían vivido juntos, las pequeñas cosas que recordaba de él, el continuo temblor de sus labios de enfermo tratando de pronunciar su nombre, sus noches de vigilia junto a su

dolor, las palabras que él decía y ella repetía con regocijo, las penas y los sucesos que había conocido desde que la Revolución triunfó y ella fue prisionera de uno de sus caudillos, todo estaba arraigado en Arroyo Seco.

Y la casona de Felipe, amplia como el cielo que ella veía desde los corredores, el color de la tierra ocre que había recorrido a caballo junto a él, el deleite arbolado de La Escondida, majestuoso en el calor de la primavera y el panorama de la ciudad, hundido allá lejos dentro de la cañada verde, también estaban arraigados en su vida y los amaba persistentemente, tanto como amaba el olor a pino salvaje que envolvía el cuerpo grande, rudo y bronceado de Felipe.

Un atardecer, apenas bajando al valle el frío de la sierra, cuando el cielo extendía su azul ilimitado sobre la transparencia del aire y por los caminos angostos que llegaban al pueblo, regresaban los tlachiqueros con las pipas repletas de aguamiel y los pastores con el ganado que debían guardar en los apriscos, Gaby escuchó las palabras que esperaba.

—Crioque si me salvo d'esta —le dijo Felipe—, usted y yo vamos a tener que hablar de algo que desde hace mucho me está retozando por dentro.

—¿Sí?

—Sí Nora. Es una cosa muy simple, y así como ve, muy trabajosa de decir. Todos los días se dice usted pa'darse ánimos: ora sí lo digo; y pasa el día y usted sigue con la boca cerrada. Y al día siguiente, otra vez el mismo cuento, y es que no lo ha de creer usted, pero cuesta muncho trabajo decirle a una mujer que si se quiere casar con uno...

—Pues creo que por esta vez no le ha sido muy difícil decirlo —comentó Gaby, entre sonriente y halagada.

—¡A poco...! —exclamó Felipe, azorado de su atrevimiento—. ¿En de veras se lo dije?



—Creo que sí.

—Pos la mera verdá que se me salió de repente. Si no, ni cuándo se lo digo así de sopetón. Con decirle a usted que ya hasta pensaba ir a ver al maestro de escuela pa'que me escribiera una carta...

—¡Qué necesidad había de eso!

—Ya veo que no. Pero la mera verdá que yo quería decírselo con palabras bonitas, que yo no sé decir, pos porque soy torpe y ni tan siquiera tuve ocasión de aprenderlas en un colegio. Por eso mero quería que otro escribiera lo que yo sentía pa'ansí poderle decir que la quero como a mis manos, con las que tantos años he trabajado en la tierra; como a mis milpas, que he mirado crecer y jilotear; como a mis animales que he pastoreado en el monte y com'ora a mis luchas con las armas pa'vencer a los que nos tenían de esclavos. Todo eso lo quero mucho, no se lo niego, ¡pero a usted la quero más!

—Lo sabía Felipe. ¡Ya lo sabía! —contestó Gaby, ya vencida.

—Y pa'que vea que de todo me acuerdo, también quería decirle que me perdone por lo mal que la traté desde que me la traje de la ciudá. Me la traje nomás por capricho y pa'darme gusto cuando yo quisiera. Pero aluego a ese gusto le pasó lo que a los gusanos, que de la noche a la mañana se vuelven mariposas, y a poquito empezó a retozarme por dentro en forma de cariño. Y de ai se me vino a la cabeza casarme con usted, si no hay motivo que se interponga.

—Uno hay, Felipe.

—¿Cuál?

—¡Máximo Tépal!

En su deseo de venganza, oculto y alentado dentro de sí desde que supo que Máximo era el asesino de su esposo, Gaby había ideado lanzar el torbellino de Felipe, atenaceado por el deseo, contra el hombre que a ella le parecía una víbora que debería aplastarse sin misericordia, como se hace con las alimañas venenosas.



En el fondo de sus pensamientos, ese impulso de vengar el agravio recibido chocaba contra los principios morales y contra su feminidad, tan temperante y delicada. Y aunque sabía que era anticristiano odiar y llevar el odio hasta el extremo de orillar a la muerte a un hombre, no podía olvidar la crueldad de Máximo, puesta de relieve el día que venció al general Garza y lo cazó como si fuera un venado, entre el regocijo de sus secuaces. A tal acto inhumano ella no podía corresponder sino con otro acto inhumano. Y si por mucho tiempo abrigó la idea de saldar personalmente ese quebranto, más tarde prefirió usar de la intriga, como arma de igual poder que las de fuego, para romper la fuerza del cabecilla y aniquilarlo definitivamente.

—¿Por qué Máximo Tépal? —preguntó intrigado Felipe.

—Porque es la sombra mala de mi vida. ¡A él, y sólo a él, debo todos mis pesares: los de ayer y los de hoy!

—Crioque por mucho tiempo no nos molestará. De la cárcel no lo van a dejar salir muy pronto.

Mas no era esto, precisamente, lo que Gaby deseaba, pues aun cuando la justicia local había vaciado en el proceso que seguía a Máximo, una vez aprehendido a raíz del atentado cometido contra Felipe, todos los tipos de delitos concurrentes a los hechos que perpetró, para así poderle restringir su libertad e imposibilitarlo a cometer nuevas fechorías, temía que un día cualquiera lograra evadirse y tratar de seguir causando el mal, por el gusto de causarlo, y persistiera en su intento de segar la vida de Felipe o de violentarla a ella, nada más por el prurito de herir la raíz del hombre a quien ahora consideraba su enemigo. Además, que no era la cárcel lo que merecía Máximo, ni era tampoco el saberlo sujeto a las consecuencias de un juicio dilatado lo que ella había pensado como castigo para él.

—El hecho de que ahora esté en la cárcel —comentó Gaby con insidia— no significa nada. Esto es tanto como si estuviera a la puerta de la calle.



—No, Ñora. Lo tienen bien agarrado.

—¡Sí, pero vive...!

—¡Ah, caray...! —exclamó Felipe, comprendiendo toda la intención que había en las palabras de ella.

—Y mientras él viva, yo no puedo ser feliz ni debo casarme, ¡Ya lo sabe usted!

Por un momento, Felipe guardó silencio, porque todo un desfile de recuerdos se le echó encima.

Se veía junto a Máximo, en el amanecer de sus niñez, caminando por los senderos que subían a la montaña blanca, con la honda entre las manos, ya ligera para lanzarla contra las liebres; se veía entre los ramazones de los árboles, hasta cuya cima uno y otro podían trepar ágilmente, buscando los nidos de los pájaros que apresaban para venderlos en el mercado; se veía en las pozas del río, nadando cerca de él, desnudo y fuerte; se veía tirado, a la sombra de los fresnos que había en los caminos, de cara a la comba del cielo, dándole vuelta a los pensamientos de poder y grandeza que los cobijaban; se veía unido a los lomos de los potros, que él le había enseñado a dominar, corriendo sobre los campos desolados; se veía agresivo y valiente, luchando cuerpo a cuerpo con los muchachos del pueblo vecino, a los que habían llegado a amedrentar, y aun es más, oía sus mutuas maldiciones y sus propias risotadas.

Mas cuando la adolescencia corrió en su vida cuesta arriba y alardeó en su sangre, sus inquietudes fueron otras y sus andanzas tomaron nuevos rumbos.

Ahora se recordaba, siempre junto a Máximo, en las plazas de gallos, amarrando las navajas curvas a las patas de los “giros” y los “colorados”; se recordaba en las ferias del barrio, apostando su dinero al siete de copas y al caballo de espadas, imperturbables y bravucones; se recordaba en la cantina Ambos Mundos, bebiendo hasta que la embriaguez les desdoblaba las imágenes y sobrevenía en sus almas el delirio tormentoso y la excitación estrepitosa que

los hacía temibles; se recordaba planeando el asalto a la hacienda de San Juan, “nada más para salir de pobres”, y huyendo más tarde de la ira de los rurales, que los perseguían como sospechosos; se recordaba, en fin, ¿por qué no?, ya en plena efervescencia política, arrullando la idea de ser, Máximo y él, los jefes del movimiento armado de la región, que les permitiría hacer realidad de sus sueños de grandeza y cimentaría su situación económica y de nuevos caciques.

Habían luchado unidos, arrojando los mismos peligros, expuesto sus vidas a idéntica muerte. Uno y otro sufrieron del sol y la sed de las caminatas largas, la angustia de los “albazos”, el temor, que se vuelve calosfrío, de los combates intempestivos. Juntos saborearon el deleite del triunfo, del poderío y de la adulación; y si a últimas fechas habían surgido diferencias entre ellos, ya profundas y graves, culpa era más bien de los segundones, que trataban por todos los conceptos de enemistarlos, mas no de Máximo.

Y he aquí que de pronto todo lo que había de común entre uno y otro tendría que desplomarse a impulso de una voz que hablaba por los fueros del amor y que prometía el regazo de la felicidad a cambio de enfriar la sangre de un hombre. He aquí que inopinadamente se planteaba la disyuntiva de decir si prevalecía la amistad sobre el amor o si para alcanzar éste habría que sacrificar aquel afecto cultivado por años.

—Todo esto pue'que se arregle —dijo Felipe simplemente—. Ora que ya esté bueno veré qué se puede hacer.

Por todo comentario, Gaby pasó su mano por la frente del enfermo, ardorosa de fiebre y aturdida por tanto pensamiento encontrado, y su caricia le perció a él que era de una tibieza bienhechora que lo hacía sentirse completamente en paz.





VI



PASADAS LAS LLUVIAS, cuando ya el aire se llenaba de las contradictorias esencias de lima y de guayaba y las ventiscas olían a heno y a musgo fresco; cuando las furias desencadenadas de las tormentas cedían sus preeminencia al frío taladrante y a las heladas “prietas” que empezaban a caer desde el día de San Miguel y que poco a poco iban agudizándose hasta volverse indeseables, Felipe Rojano, ya restablecido de la herida que le causara Máximo Tépal, entregó a Gaby la casa de La Escondida.

—¡Aquí la tiene usted! —le dijo mostrándosela en toda su magnífica novedad—. A lo mejor no resulta como usted lo pensaba, pero eso sí, se la levanté en el mero lugar que la quería. Eso es l’único que cuenta.

Sí, eso era lo único que contaba: realizar el deseo, hacer objetivo el sueño. Que no hubiera estado construida conforme a las que ella tanto había admirado reproducidas en las revistas ilustradas o conocido durante su estancia en Europa, particularmente en París, era punto más que secundario. Lo que importaba para ella, lo

verdaderamente significativo, era la sencilla simplicidad con la que cumplía un anhelo intrascendentemente esbozado en una mañana de sol, sin plan preconcebido y apenas si expresado con palabras tan ingenuas como las que hubiera dicho para pedir un vaso con agua o para desear a alguien los buenos días. Lo que valía era la forma de haber realizado el hecho y no el hecho de sí. Era la operación y no el resultado.

Si su interior estaba recargado de tapices y colgaduras, que no hacían juego con las alfombras ni con el raso que cubría los “medallones” de los muebles de la sala; si los muros de las piezas lucían espejos con marcos barrocos o cuadros de dudosa calidad artística; si los candiles acusaban mal gusto y las consolas y aun el aparador del comedor se veían atestados de la juguetería de porcelana tan propia de las navidades, en cambio su exterior era suntuoso, imponente y ornamentado con piedra labrada y ladrillo “petatillo” característico de la región.

Una terraza a la que se ascendía por escalones largos y enanos, cuyos muros estaban decorados con motivos campestres, pintados al óleo, unían las dos grandes alas que formaban la casa y que se prolongaban hacia atrás hasta rematar en un ancho semicírculo saliente, que servía de mirador, y que descendía, aprovechando la topografía del lugar, al arroyo de las aguas claras que sombreaban los helechos y los líquenes y que corría zigzagueante, y apenas de trecho en trecho cruzado por pequeños puentes construidos con troncos y ramas de anacahuite, hacia el fondo de la selva, atrayente ya, desde allí, en todo su esplendor misterioso.

A uno y otros lados de la casa se abrían grandes ventanales protegidos por rejas de fierro forjado, que inundaban de luz los aposentos amplios, y que se extendía, cubriendo los basamentos, la variedad de flores raras, de tamaño gigante, de pétalos policromos, de formas extrañas que tanto abundaban en La Escondida y que se habían cuidado de trasplantar, con innegable esmero, desde la

cerrazón de la selva hasta los arriates y los prados que se desplazaban al frente de la terraza.

Y por si acaso este adorno floral no hubiera sido bastante, allí estaban los árboles, los flecos de bejucos, las marañas de heno, el trinar de todos los pájaros y el gemir de todos los vientos, que llenaban la casa de fragancias, de música selvática, de tumulto de colores.

El mismo sol, cortado ya el follaje que le impedían regar sus rayos de luz sobre la tierra, cubría de calor los muros y se desbordaba luminoso por todo el patio de la casa, entre las arcadas de los corredores y perpendicular a la fuente que redondeaba su gracia de azulejo poblano, casi a ras del piso.

Allá, en el fondo, a la vera de los peñascos y sobre los escalones naturales que se formaban en el terreno, se erguían dos torreones cuadrados con sus aspilleras y troneras, y entre uno y otro se alineaban las caballerizas, las zahúrdas y los gallineros. Frente a ellos se veían las casas de los peones y de la escolta, o “calpanería”, como insistía Felipe en designarlas, todas con sus techos de teja y sus muros enjalbegados. Y muy detrás, apenas desbrazado el terreno en unos cuantos metros, se escurría el campo de variantes alfombras verdes, la soledad original de la selva, el bosque y el monte en toda su compacta grandeza.

Gaby miró la casa, ¡su casa!, con ojos asombrados. Allí estaba, prominente, unida fuertemente a la tierra, trabada a la piedra gris, plantada en esa paz virgiliana que se le entraba por todos los poros de la piel como para fundirse también con su vida. La sentía latir en su sangre, en la presencia de su espíritu, en el tic-tac acompasado de su corazón. Era su casa y, con ella, su vida en común. Era su perspectiva de felicidad, remachada a esas paredes que le sobrevivirían y que violentaban, por tan ásperas y soberbias, aquella exuberancia bucólica. Era ella misma, su cuerpo y su condición voluntaria de ser “La Escondida”, proyectada sobre la agresividad telúrica y vegetal de la otra Escondida agreste y lujuriosa, fresca y turbulenta.



Gaby alzó los ojos y miró su casa. La miró con arrobó y gratitud. Con embeleso y reconocimiento. Caminó hacia la terraza, seguida por Felipe, y altivamente traspuso la puerta principal, sin parar mientes en que el aire de diciembre se ceñía a su cuerpo, que cerca de las nubes volaban vertiginosos, los pájaros; que a lo lejos se oía cantar a la calandria y al jilguero, y que a ratos el viento se estremecía de los aromas penetrantes que parecían nacer en el bosque distante.

Un cielo densamente azul recortaba, ese claro día, la mansión orgullosa de La Escondida.



Los primeros días de estancia en la casa transcurrieron para Gaby y Felipe en un dulce apaciguamiento.

Si por las mañanas abusaban del ejercicio, incurriendo en las grandes caminatas por los diversos parajes de la selva, algunos por demás accidentados y peligrosos; si para Felipe, particularmente, era un deleite mirarla, a campo abierto, con su cabellera más suelta al aire y el rostro más sonrosado, si en las pausas contemplativas él se sentía estimulado al deliquio de los sentidos, al no saber nada de las cosas, al ignorar en absoluto el mundo exterior, en cambio, en el parpadear de los crepúsculos, cuando el espíritu se vuelve dócil a toda persuasión, ella imponía su voluntad dominadora, enfrenaba lo vivo y lo real, haciendo a un lado todo lo que era bruma y lo que se sostenía en el aire; atacaba lo tangible, lo que era y tenía lugar en el espacio; vivía de pie, con los ojos, y el ánimo alerta, con lo definido y lo claro. Y como sabía que era tiempo, para ella, de desterrar la timidez y el titubeo, el ensayo y la precipitación, el apuro y lo meramente improvisado, su carácter se fue afinando en fuegos más recios, en crisoles de más alta combustión, y acabó de imponerse, definitivamente, en el corazón impetuoso de Felipe, si

irrefrenable para otros accidentes de la vida, acobardando para el amor a ciencia cierta.

Sentados uno frente al otro, en los grandes sillones de cuero que había en el mirador, ella lo aleccionaba sobre lo conveniente, le aclaraba los problemas que sabía cercanos, le enmendaba su lenguaje —ya decía “ahora” en vez de “ora”, “pues” en lugar de “pos” y “usted” en cambio de “usté”— y aun lo fue ilustrando con nociones elementales de historia, de aritmética y de geografía. Y como Felipe no era indolente y el estímulo que recibía a diario le volvía fácil y grata la vida, que ya no le parecía con tantas trampas, pronto se fue sintiendo un hombre distinto, más dueño de sí y con mayores alcances para valorar las cuestiones que aquélla le representaba en su transcurrir cotidiano. De esta manera, Gaby se fue convirtiendo, tan sin notarlo, ya no sólo en su guía y alborozo sentimentales, sino en su preceptora y su apoyo.

—¡No sé qué sería de mí sin usted! —le decía frecuentemente.

Y en estas simples palabras, que no demostraban trascendencia, estaba encerrado todo el valimiento de ella respecto a su calidad de hombre, a su sexo, y a su espíritu.

Día con día, y así por mucho tiempo, las enseñanzas de Gaby y el aprendizaje de Felipe fueron creando una atmósfera de mayor cordialidad y de más franco entendimiento. No había ya resquicio alguno en el ánimo de Felipe, ninguna arista, que Gaby no ocupara. Pero también —¡qué cierto resultaba ahora!— cómo se había ablandado la resistencia de ella y cuánto se habían alisado las asperezas que la alejaban de él. Si lo sabía vencido en su batalla, ella en cambio se consideraba conmovida e inclinada a retribuirle lo que tan fácil le había arrebatado, a imbuirle el soplo de la gracia que le faltaba para quedarle sometido definitivamente.

Una noche, ya sumergida La Escondida en una sombra dura, después de haber caminado más allá del sitio donde empezaba el



monte salvaje y cuando había vuelto sobre sus pasos para detenerse exactamente frente a la puerta de la alcoba de Gaby, él le tomó las manos que le tendía en señal de despedida y las retuvo entre las suyas.

—No quiero que me deje, Ñora —le dijo—. Necesito hablar con usted todavía.

—Todo el día hemos hablado sin descansar.

—Usted ha sido la que ha hablado, yo no. Ahora me toca a mí.

—Pero no esta noche, por favor. Déjeme ya.

Y nerviosamente trato de desprender sus manos de las de Felipe.

—Óigame usted, Ñora —le decía como silbando las palabras, enardecido por los efluvios que habían penetrado en su carne, allá en la selva, y que le brotaban incontinentes y precipitados—. ¡No me deje así...!

Se le veía sufrir, tembloroso, acariciante. Sus palabras la envolvían, la cercaban, desmayadas y ardientes, desenfrenadas y ondulantes.

—¡Déjeme entrar a su cuarto, Ñora!

—No, de ningún modo.

—¿Y por qué?

—Porque no puede ser. ¿Está usted loco, Felipe?

—Creo que lo estoy.

Felipe abandonó las manos de Gaby y alargó sus brazos en busca de su cuerpo, para atraerlo al suyo.

—¡Gaby...!

—¡No sea tonto, por Dios!

Se deshizo, como pudo, del cerco que Felipe le tendía.

—Váyase ahora, Felipe. Mañana hablaremos, como siempre.

—Sí..., ¡pero no sin que antes me dé un beso...! ¿Quiere?

—¡No! —tembló la voz de Gaby.

—Sólo uno, y me voy.

—Le he dicho que no. ¿O es que no recuerda la promesa que me hizo de no violentarme nunca y de esperar a que yo le llamara?

—No lo olvido, Ñora. ¡Pero es que ya no puedo más! Tenga compasión de mí...

Su voz era un lamento tembloroso, una insistente queja. Felipe parecía sufrir, a la vez, una crisis de angustia y de exaltación, de inquietud y de arrojo. Rastreaba su súplica con la misma ingenuidad del niño que es sorprendido en culpa y que pide clemencia para evitar el castigo. Lo gemía con verdad, sin importarle ser un hombre, y un hombre temerario. Todo lo que era él, ya demostrado en el arrebató de los combates, en la crueldad que ejercía al dar la muerte a otros, en el desenfreno sanguinario que lo ofuscaba a veces hasta la locura, allí estaba rendido, implorante y aniquilado. Repetía sin cesar:

—¡Tenga compasión de mí, Ñora, tenga compasión...!

Sin que siquiera le doliera saberse derrumbado ante ella —pidiendo por misericordia la paz para su deseo, la caridad para su frenesí retenido—, humillando su ruego en espera de que la inmovible se apiadara de él.

¡Y así fue en efecto!

Bastó un solo impulso, un momento de decisión, ya quebrantadas las fibras de los prejuicios, para que Gaby se mostrara humana y femenina. En esa lucha sorda entre su integridad, por tanto tiempo conservada, y el deseo, que también la agujoneaba, éste pudo más que aquélla y la precipitó, al fin, a los brazos y a los labios de Felipe, que la ardían por dentro y la llenaban de laxitud.

—Ahora váyase ya —murmuró Gaby desfallecida, al mismo tiempo que se separaba del abrazo que la enervaba y abría la puerta de su alcoba, que Felipe no la dejó cerrar, perturbado como estaba por el ansia que le corría por los cauces de su sangre.

Y como la quería y la deseaba, entró tras ella a la alcoba, cerrando la puerta.





🌀🌀🌀🌀🌀🌀🌀🌀 VII 🌀🌀🌀🌀🌀🌀🌀🌀

LOS SUCESOS QUE el público consideró como “la decena trágica”, iniciados en la madrugada del 9 de febrero de 1913 con la sublevación de la Escuela Militar de Aspirantes y de los regimientos de caballería y artillería acuartelados en Tacubaya, cuyos primeros actos fueron los de libertar de sus prisiones a los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes y posesionarse del Palacio Nacional —que más tarde habría de ser teatro de acontecimientos exaltados: las arengas del Ministro de la Guerra, García Peña, y del comandante de la plaza, Lauro Villar, encaminadas a conseguir que los rebeldes volvieran al orden y a la disciplina militares; la muerte de Bernardo Reyes frente a su puerta central; la agresión de que fue víctima el Presidente de la República por parte de los soldados del 29º batallón, que comandaba el teniente coronel Jiménez Riverol, y, posteriormente, la aprehensión de Madero y de Pino Suárez, lograda por Aureliano Blanquet—, sucesos que sembraron el terror y la zozobra entre los habitantes de la Ciudad de México, tanto como la muerte por sus calles, y que culminaron el 18 de febrero con el “Plan de La Ciudadela”, en el que ya aparecía comprometido

Victoriano Huerta, que al día siguiente asumió por “ministerio de la ley” la jefatura del Poder Ejecutivo del país, una vez que fueron aceptadas las renunciaciones del Presidente y Vicepresidente constitucionales y la del interino, licenciado Pedro Lascuráin; los asesinatos, a inmediaciones de la Penitenciaría del Distrito, de Francisco I. Madero y de José María Pino Suárez, perpetrados por los esbirros del cabo de rurales Francisco Cárdenas; el desconocimiento del gobierno de Huerta por parte de Venustiano Carranza en su carácter de gobernador del estado de Coahuila, con amplias facultades concedidas por el Congreso de esa entidad para proceder “a formar fuerzas para coadyuvar al sostenimiento del orden constitucional de la República”; y en fin, la monótona oscilación entre los dos regímenes políticos imperantes, el de la jerarquía y el de la igualdad, de la que necesariamente y por ley sociológica tuvo que surgir la reacción de los jerarquizantes, encaminada a lograr el desentronizamiento de los igualitarios del poder que habían adquirido con su revolución y, por consecuencia, la vuelta de éstos a la lucha armada para recuperarlo, interrumpieron el idilio de Gaby y de Felipe Rojano en La Escondida, ya para entonces ardorosamente saturado de sensualismo.

Felipe conocía todas esas maquinaciones desde cuando se planeó la fallida asonada felicista en el puerto de Veracruz, pero como su atención la dedicaba a los embelesos recientemente conquistados por su amor, la política y las conjuras contra el régimen al que pertenecía le eran indiferentes, y aun le parecían sin la importancia que más tarde tuvo que darles.

Día con día lo buscaban los hombres que habían pertenecido a sus fuerzas, desorientados unos y alborotados los más por las noticias contradictorias que corrían por el pueblo, y lo cercaban para que definiera su actitud frente a la gravedad de los acontecimientos que juzgaban de trascendencia y que les producían desasosiego y pánico.

—Pue'que sea más mejor irnos de nuevo al monte —le decían en sus desahogos— y no esperar a que nos agarren de carnada. Ansí, por lo menos, sabe uno a qué atenerse. ¡Que le va'uno mal, pos ni remedio; uno se lo buscó y ya está! Pero no entregarse no más porque sí, como oveja p'al matadero. ¡Si de todos modos se lo va'llevar a uno el demonio, es mejor llevarse, ora sí que de compañía, a tres o cuatro entre las espuelas que irse solito...!

Felipe los dejaba hablar sin hacer comentario alguno. Los escuchaba sin impacientarse y sin traslucir sus emociones. Simplemente oía sus quejas y sus temores, con esa serenidad de ánimo que tanto le conocían, y al fin acababa por sosegar su malestar, aconsejándoles prudencia.

—¡No se violenten, muchachos, que todavía no suena la hora de alzarse en armas! —les indicaba—. Por hoy es mejor que se vayan a sus casas y se estén quietos hasta que yo les avise.

Algunos lo obedecían sin chistar palabra, pero otros se iban murmurando, a regañadientes, de su valor y su falta de visión política.

—Felipe ya no es el mismo Felipe de hace tres años. ¡Ni dónde...! ¡Qué capaz que ese tal Felipe que conocimos nos hubiera dicho: espérense tantito, que aluego les aviso! Con él esta sería l'ora que ya l'estábamos dando. Con este, tenemos que aguardar que nos truene el cuete en las manos.

—¡Y cómo no ha de ser ansí, si está retecambiado! ¿No te fijas-tes que ya'asta habla de otro modo...?

—¡Todo por culpa de la mentada "Escondida"! Con razón dicen por aí que esa catrina lo enyerbó.

—¡Eso que ni qué...!Y es lástima, porque eso sí, que Felipe era macho, lo era y de los buenos.

—Lo era, pero ya no lo es.

—Le pasó lo mesmito que al toro bravo de mi compadre Bardomiano: ¡que se le quitó lo bravo a poquito de que cubrió a una vaca...!



—Por eso mero, los hombres como ora Felipe no deberían casarse: ¡ansí ni modo que se volvieran mansos!

—Pue'que eso no fuera posible. Pero sí que no se engrieran con las faldas.

Los comentarios se sucedían mordaces e hirientes, en tanto los hombres regresaban a sus casas, arrastrando los pies por sobre la tierra tepetatoso del camino. Los que llevaban su aguardiente lo bebían de un trago para que el efecto fuera aturdidor y ya no se sintieran tan defraudados. Los que insistían en las blasfemias, las hacían estallar en sus bocas como látigos, sin importarles siquiera que Felipe llegara a saberlas. Otros, más prudentes, caminaban tranquilos y sin hablar, con los sombreros echados sobre los ojos. Mas en todos se adivinaba la amargura y el desaliento, la incertidumbre y el coraje.

En La Escondida también se notaba ese estado de inquietud y sobresalto. Gaby se veía preocupada y Cholita, la mamá de Felipe, sensiblemente angustiada.

—Crioque ya sería bueno que te fueras yendo pa'Arroyo Seco a rejuntrar a tu gente —le aconsejaba—, antes que quieran toparte aquí desaprevenido. Si esa gente vuelve a estar en el candelero, va a querer cobrarse las cuentas que tiene contigo. Y la mera verdá que no quiero que te pase lo mesmo que a tu padre.

—No crea usted que se atrevan, máma.

—Vaya si no. Se atreven a eso y más. Y si no, ya lo verás. A más, que si te les enfrentas antes que ellos lo hagan contigo, de seguro que naiden es tan hombre que ponga un pie por acá.

—No crea usted, Cholita —replicaba Gaby, con todo juicio—. Lo primero que tratarán de hacer es venir aquí, en busca de Felipe.

—Precisamente por eso no quiero irme: para no dejarlas solitas.

—¿Y qué nos puede pasar? Yo ya estoy vieja y a la Ñora tendrán que respetarla a la juerza.

—Eso es cierto, Felipe. ¡A nosotras no nos sucederá nada —afirmaba Gaby—, porque los felicistas no se atreverían a atropellarme!

—¿Y si a la mera hora quisieran llevársela a la ciudad? —inquirió Felipe, ansiosamente.

—¡Yo no me iría! Si no lo hice antes, menos lo haría ahora. ¡“La Escondida” no abandona a La Escondida nada más porque sí! ¡Aquí se queda...!

—Y yo con ella, pa’que ni tan siquiera tenga miedo.

—Hace mucho tiempo que no sé lo que es tener miedo, Cholitita. Algo se me ha pegado de Felipe.

—¿Ya l’oyes? Ora ya puedes irte tranquilo, y cuantimás pronto mejor, porque tú eres l’único que por acá corre peligro.

Durante varios días, una y otra insistieron en sus ruegos para que Felipe se fuera a Arroyo Seco a reunir con su gente, y lo abrumaron con razones convincentes e inobjetables.

Gaby misma, cuando estaba a solas con él, entregada al alborozo de su pasión, persistía en hacerle comprender la necesidad de su partida y cómo era preciso que evitara ser hostilizado por aquellos que indefectiblemente lo considerarían su enemigo.

—Más tranquila estaré sabiéndote lejos, pero con vida, que no cerca de mí y expuesto a todos los peligros.

Pero lo que vino a decidir a Felipe a dejar La Escondida y a levantarse en armas fue la traición de Huerta, que *El Manco Arenas* comentó con él en forma violenta y encorajinada.

—Ora tú dices si te quedas o no —concluyó *El Manco Arenas*—; que yo por mí sé decirte que estoy decidido a echarme contra los huertistas. ¡Quesque matar al señor Madero, nomás por quedarse con la “silla”...!

—Pero...

—No hay pero que valga, Felipe. Si ayer nos aventamos contra don Porfirio, que era duro de pelar, ¿qué razón hay pa’no hacer lo mismo con este traidor de Huerta?



—No, razón no hay ninguna. Pero creo que es mejor esperar a ver cómo se vienen las cosas.

—¡Qué esperar ni qué nada! Si te esperas, no te “arriendo” las ganancias: ¡onde te agarren, te truenan...! A más que no tiene ningún chiste haber luchado tanto pa’dejar de ser esclavos y aluego salir conque de nuevo lo semos. Porque eso sí, este Huerta va’querer hacer con nosotros los mesmito que don Porfirio: otra vez las jornadas de sol a sol; los salarios de hambre; las tiendas de raya onde te vendes pa’toda tu vida; las “levas” en que te llevan sin decirte agua va; la altanería de los patrones que se creen dueños de todo, hasta de tu mujer y de tus hijos, y pa’rematarla el tener que andar escondiéndote por aquí y por allá, nomás porque un día te fuiste a “la bola” y ya te tienen “entre ojos”. ¡No, Felipe, la mera verdá que yo no lo aguanto! ¡O semos o no semos...!

—Creo que tienes razón, manco.

—Pos sí que la tengo.

—¡Permitirle a Huerta que siga en el poder —comentó Felipe— sería tanto como olvidar a todos los nuestros que cayeron en los campos de batalla! Sería olvidar a sus viudas, a sus padres y a sus hijos. Y eso no, manco, ¡eso ni tú ni yo podemos olvidarlo!

—¿Luego entonces te vienes con nosotros?

—Claro que sí. Nomás arreglo por aquí unas cosas y mañana muy tempranito me les junto.

—¿Ónde quieres que te aguardemos?

—Espérenme en El Calvario. Allá les doy alcance.

Ese mismo día, apenas cayendo el frío de la madrugada, Felipe Rojano abandonó La Escondida.

Toda la noche —¡qué noche fue aquella noche!— la pasó al lado de Gaby acumulando caricias, surtiéndose de los gozos de amor de que iba a carecer por mucho tiempo, llenándose de la presencia de ella para sentirla siempre, y en todo momento, a su lado.

Si las horas se le volvieron minutos y los minutos instantes, éstos tendría que recordarlos con gratitud, más tarde, por la pasión que en cada uno de ellos puso Gaby, por el encanto de que los rodeó, por el deleite que los significaba.

—Sea como sea —le dijo al despedirse—, he de venir a verla. Y en cualquier forma tendrá noticias de mí.

(Felipe le seguía hablando de usted, como correspondía a su humilde amor, tan súbitamente enaltecido por ella).

Para ya no hablar y descubrir su angustia, ella lo atrajo a sus brazos en un último arrebató de amor. Lo cubrió de besos enterrecidos, como para agradecerle ese propósito generoso. Luego, le dijo con firmeza y cortantemente decisiva:

—¡Ahora vete..., amor mío!

Y se apartó de él, caminando hacia la ventana, donde sólo la noche, que se asomaba por las vidrieras, pudo verle los ojos anegados en lágrimas.

Desde la puerta de la alcoba, Felipe la miró emocionado y en silencio, porque de pronto sintió que todas las palabras que hubiera querido decir se le apretaban en la garganta hasta volverlo mudo, hasta hacerlo ignorar la más simple y sencilla: el “adiós” que, en su brevedad, habría encerrado toda su ternura y su congoja.

Calladamente —¡qué decisión la de sus pasos!—, Felipe salió de la alcoba en busca de su madre, para despedirse.

Allí junto al caballo en que debería partir, Cholita lo esperaba.

—Crioque ya se te hizo tarde —le dijo al verlo acercarse a ella.

—Creo que sí —contestó él, besándole la frente.

—Cuando pase todo volverás, ¿verdad...?

—Naturalmente.

Por un momento, la madre guardó silencio, contemplando al hijo que se iba. Luego, lo bendijo.

—Ora ya puedes irte, Felipe. ¡Y que Dios te acompañe!

—¡Adiós máma...!

—Adiós —dijo ella.

Y lo vio alejarse a través de la luz metálica del amanecer y confundirse en la espesura de allá lejos.



Dos días después, Fernandito Montiel irrumpió en La Escondida al frente de un pelotón de soldados. Nombrado jefe político por el gobernador huertista que sucedió al *Tuerto* Corona, llevaba órdenes de catear la casa y aprehender a Felipe.

Aun cuando comenzó por excusarse ante Gaby por lo inesperado de tal medida, que sólo ejecutaba en acatamiento al mandato del señor gobernador, muy a las claras descubrió posteriormente la intención que lo había orillado a dar semejante paso y que no era otra que la de volver a ver a la mujer que supo resistirle y a la que trataba de conquistar ahora que las cosas habían cambiado y su situación era de privilegio en el nuevo gobierno designado por el vencedor de Bachimba y de Rellano.

Gaby lo recibió en la sala y apenas si le tendió la mano al saludarlo. Fríamente, y marcando con el gesto las palabras, le preguntó:

—¿A qué se debe esta visita tan impetuosa?

—A nada malo para usted —contestó Fernandito—. Al contrario: el señor gobernador me encargó que le hiciera presentes sus respetos y le comunicara que está incondicionalmente a sus órdenes.

—Para darme a conocer tal determinación no creo que hubiera sido preciso tanto lujo de fuerza. Con una simple carta habría sido bastante.

—Es que —titubeó Fernandito al replicar— también traigo la orden de catear la casa y aprehender a Felipe Rojano, si es que está aquí.

—Eso sí ya es más creíble —comentó Gaby con cierto tono de mofa.

Y a continuación añadió, abriendo las puertas que conducían al patio y a las habitaciones interiores:

—Pues nada, amigo mío. Cumpla usted con su deber.

—Espero que comprenderá que todo esto me molesta y que sólo lo hago por obedecer al señor gobernador. Yo hubiera sido incapaz...

—No se torture por disculparse, Fernando —le interrumpió Gaby—. Entiendo perfectamente su situación.

Y en tanto los soldados se desbandaban por los cuartos de la casa y por los parajes de la selva, registrándolo todo, hurgando hasta en lo más apartado y escondido, Fernandito Montiel perfilaba su mira hacia el objetivo que ambicionaba su pasión y que lo había empujado a cometer la audacia de meterse en la boca del lobo, para tratar de apresararlo, con riesgo de su propia vida.

—No lo dude usted, Gaby —le decía, convencido, untuoso y pisando un terreno falso—. Al fin volveremos a ser lo que éramos. ¡Ya no más el reinado del huarache y del calzón blanco! Eso se acabó definitivamente... Ahora vamos a entrar en un periodo de paz duradera y de reconstrucción nacional. Ya lo verá usted. No importa que para lograrlas sea necesario dominar a cuanta partida de latrofaciosos intente perturbar la tranquilidad pública. ¡Y que caiga el que cayere!

—El propósito me parece bueno —comentó Gaby con desenfado—. Y ojalá que perdure y se realice.

—¿Lo dice usted sinceramente? —le preguntó con viveza, alentado por la creencia de que esas palabras significaban desacuerdo con Felipe.

—¿Y por qué no? —repreguntó ella.

—¡Por Felipe Rojano...! Como él cooperó a exaltar al poder, por medio de la lucha armada, al régimen que acaba de caer y

se distinguió en sus filas como un malhechor, el gobierno actual lo considera su enemigo. ¡Allí donde se le encuentre, allí se le fusila!

—¡Felipe no es lo que usted dice! —exclamó Gaby arrogantemente—. Si lo conociera, no hablaría así. Los que están habituados a ver solamente el mal, el bien les parece demasiado y no son capaces de reconocerlo en quien lo tiene.

Fernandito la miró desconcertado. ¿Luego entonces era verdad lo que la gente murmuraba? ¿Debía de creer, al fin, que esa mujer, que a él —nada menos que a él!— le había vuelto la espalda despreciativamente, amaba a un innoble bandolero? ¿Tenía que unir, como ya lo hacían otros, el nombre de ella al del hombre que estaba fuera de la ley?

—¡Gaby, Gaby...! —le dijo con un gesto de abatimiento—. ¿Es posible que usted lo defienda?

—¡Siempre se defiende al hombre que se ama! —contestó ella rotundamente.

Fernandito sonrió desdeñoso y más y más asombrado. Si una descarga eléctrica hubiera caído sobre su cuerpo, no lo habría estremecido con tal violencia como esa confesión inesperada. ¿Dónde estaban el orgullo y la altivez de esa mujer triunfante —se preguntaba— que ahora se enfangaba en la ignominia? ¿Cuál era el honor que recibía de ese gañán salteador de caminos?

—Sé muy bien —le dijo con timidez— que no tengo derecho alguno para solicitar su confianza. Sin embargo, voy a preguntarle algo que no es vana curiosidad. Dígame Gaby, ¿qué es lo que ha encontrado en ese hombre?

—¡Todo...! Y es más: ¡si a alguien he amado porque es mejor que yo, es a él! Usted debería saber que yo no lo toleraría si no tuviera todos esos atributos que son la felicidad de una mujer: amor, desinterés, ternura, arrebató, bondad y alegría. ¡Eso es lo que he encontrado en él!



—Permítame todavía otra pregunta indiscreta: ¿piensa usted casarse con Felipe?

—Sí..., ¡cuando vuelva!

—¿De muy lejos...? —preguntó Fernandito con toda malicia.

—O de muy cerca —replicó ella sin inmutarse—. Por ahora no sé dónde se encuentre. Pero, además, si lo supiera no se lo diría, —Gracias por su franqueza.

Durante cierto tiempo permanecieron callados, deshebrando el nudo de sus propios pensamientos. Y aun cuando después él trató de deslizar la conversación hacia tópicos de mera frivolidad, Gaby se mantuvo indiferente y ajena a todas esas pequeñeces que más le molestaban cuanto más insistía Fernandito Montiel en prolongarlas.

Sólo la presencia de los soldados, de vuelta de su búsqueda infructuosa, pudo cortar esa situación embarazosa y ya de por sí aburrida e impertinente.

Antes de abandonar La Escondida, el nuevo jefe político tuvo aún la mala ocurrencia de darse tono de importancia y de seguridad en su poderío.

—¡Si llega usted a comunicarse con Felipe —advirtió a Gaby—, dígame que se cuide! No olvide usted que allí donde se le encuentre, allí se le fusila.

—Lo mismo les aconsejo a ustedes —replicó ella con insidia—. ¡No estaría de más cualquiera precaución que tomaran para estar a salvo, porque es muy posible también que allí donde los encuentre Felipe, allí los fusile! No lo olvide, Fernando.

Como chasquido de fusta rebotaron estas palabras, de la terraza al camino y del camino al campo y al cerrerío distante, donde el eco las duplicó de crestería en crestería y de altitud a llano.

En los oídos de Fernandito Montiel las sentía clavadas, tanto como sobre sus espaldas, los ojos ardientes de Gaby, llenos de sarcasmo y de hielo.



VIII

EL ASEDIO A LA ciudad llevado a cabo por las fuerzas de Felipe Rojano y del *Manco* Arenas no se hizo esperar.

Confiadamente paseaban las familias por la Plaza de Armas —¡el poder del general Huerta era incontrastable y las recomendaciones de Gaby había que echarlas en saco roto!— después de oír la misa de doce, todas emperifolladas por ser domingo y sin sospechar, ni siquiera remotamente, los momentos de angustia que más tarde iban a vivir.

La banda de música del estado ejecutaba en el kiosco, recientemente pintado de verde, el vals de Ivanovici “Olas del Danubio”, en tanto los niños correteaban tras los aros rodadores; los novios se comprendían a la distancia por medio de señas, miradas y sonrisas de disimulo; las señoritas en edad de merecer imprimían mayor fuerza al taconeo de sus zapatillas de charol, adornadas con grandes listones, cada vez que se aproximaban a los sitios donde se hallaban los elegidos de su corazón; y el señor gobernador, rodeado de sus incondicionales y protegidos, comentaba las rendiciones, al gobierno de Huerta, de los generales Pascual Orozco, Higinio Aguilar y Juan Andrew Almazán.

—Poco a poco, todos los jefes rebeldes acabarán por amnistiarse —les decía— cuando se den cuenta de que con el señor presidente Huerta no se juega a la guerra con soldaditos de papel o de plomo. ¡Él es un soldado a carta cabal y sabe lo que trae entre manos!

—De no ser así, no se le hubiera rendido Pascual Orozco —comentó Fernandito Montiel.

—Justamente. Y es que Orozco no podrá olvidar, aunque quisiera, la derrota que sufrió en Rellano, donde se impuso la estrategia, el valor y la táctica militar del general Huerta.

—Y de Rubio Navarrete —agregó el secretario general de gobierno.

—No digo que yo no. Él fue la mano que ejecuta. Pero el cerebro que piensa, que dirige y decide, lo fue el señor Presidente. Sólo los que no lo conocen e ignoran de lo que es capaz se atreven a enfrentársele. ¡Ya verán ustedes el fin que le espera al pobre de Venustiano Carranza!

—El mismo que le aguarda a Felipe Rojano —sentenció Fernandito.

—Ni más ni menos. Tan pronto como llegue a esta plaza la columna federal que ofreció enviarme el general Mondragón iniciaremos una batida en forma hasta lograr aniquilarlo. ¡Rojano no es de peligro, señores! Es cierto que ha corrido con suerte, pero como las cosas han cambiado, yo, la verdad, no quisiera estar en su pellejo.

—Me gustaría, señor gobernador —suplicó Fernandito—, formar parte de las fuerzas que vayan a combatirlo. Él y yo tenemos algunas cuentas que saldar, y no sé qué daría por encontrármelo en el campo de batalla.

—¡Bien se ve que no le perdona usted que le haya birlado a la viuda! —comentó el gobernador, entre las risas propias y las de sus oyentes.

—No, créame usted que no es por eso, sino por todo el daño que nos causó cuando estuvo como comandante militar de este estado, a raíz del triunfo de los maderistas. Figúrese usted...

—Y a propósito —le interrumpió el señor gobernador—. ¿Es cierto que es muy bonita la viuda del general Garza? No recuerdo haberla conocido en México.

—Es más atractiva que bonita —explicó el licenciado Ugarte—. Casi me atrevería a decir que es una mujer vistosa, imbuida de entusiasmo, vivaz, temible en las réplicas y de una calidad femenina muy definida.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro del gobernador.

Sabía lo que la gente murmuraba de Gaby, de cómo se había enamorado de un hombre que estaba muy por debajo suyo, de cuál era su encanto y seducción y de la forma en que lograra convertir a Felipe en un tigre domesticado: si impulsivo y temido por otros, inofensivo y manso para ella.

—Me agradaría conocerla —insinuó con descaro—. Quiérase o no, debe sentirse muy sola en La Escondida. Un nuevo amigo —añadió, haciendo un guiño intencionado— no le caería nada mal. Sobre todo por las noches, que deben parecerle muy largas.

—Eso es imposible, señor —explicó Fernandito—. No obstante lo que se dice, ella sigue siendo una dama. A mí mismo, que en otro tiempo fui su amigo preferido, me ha rechazado.

—De todas maneras, me gustaría conocerla. ¡Si como pienso, ella es una mujer a quien atrae el poder, probablemente yo lograra lo que usted no pudo conseguir! Y más ahora en que la situación ha cambiado. Un gobernador es siempre un gobernador y no se le desprecia nada más porque sí.

Se atusó los bigotes con cierta elegancia. Se irguió apuestamente y alentó en sus labios una sonrisa de irresistible petimetre, sostenida y provocativa.

Mas cuando nuevamente intentaba ahondar en ese tema que para Fernandito era doloroso, una descarga cerrada silbó en el aire y cortó de golpe las palabras del señor gobernador.

Inmediatamente después se oyeron con regularidad los chasquidos breves e iguales de los disparos, y a poco la alarma de asalto



intempestivo cundió precipitada y los gritos de “¡Ahí vienen...! ¡Ahí vienen...!” se confundieron con la violencia de los portazos y el correr de toda la gente.

—¡A Palacio...! ¡A Palacio...! —aconsejaba el secretario de gobierno, al mismo tiempo que encaminaba sus pasos en esa dirección—. ¡Allí nos haremos fuertes...!

—¡Qué Palacio ni qué nada! —rugió el señor gobernador—. ¡Que me traigan mi caballo, que no quiero morir como en ratonera! El que quiera, que me siga...

Y más que de prisa dejó la Plaza de Armas, tomando el rumbo del río.

Las balas de los asaltantes pasaban por entre las copas de los árboles e iban a estrellarse en los vidrios del Congreso y del Palacio Municipal. Era un tiroteo flojo, de tanteo y provocación. Mas de pronto se generalizaron las descargas cerradas y se vio avanzar, por el lomerío de Las Calaveras, a los hombres de Rojano.

—¡Son muchos esos pelados! —advirtió el comandante militar, en tanto ordenaba emplazar una ametralladora en la bocacalle del Portal Chico y sus soldados copaban la torre del convento y las azoteas del Palacio de Gobierno.

Unos minutos después trepidó la tierra y el aire se estremeció con el traqueteo trágico de los fusiles y los 30-30, ya incontenible y constante. Entonces se vio aparecer, jinete en un caballo rodado que corría y brincaba dócil a la rienda, a Felipe Rojano, luciendo dos cartucheras cruzadas en el pecho y dos más arrolladas en la cintura, arengando a sus hombres:

—¡Vamos, muchachos, que estos “juanes” nos van a saber a mamón! ¡Éntrenle duro y a la cabeza...!

—¡Muera Huerta!

—¡Viva Felipe Rojano! ¡Viva Carranza!

Abría el cañón anchas brechas en las filas del enemigo; tableteaba la ametralladora barriendo a los rebeldes que bajaban

desperdigados por la cuesta o por el camino de en medio; relucían las bayonetas caladas en las puntas de los fusiles y los cascos de los caballos arrancaban brillos metálicos a las piedras de la calzada, al chocar contra ellas, en el desordenado galopar de sus jinetes.

Enardecidos por la lucha, los rebeldes veían la muerte cara a cara, sin inmutarse; peleaban más por desprecio a la vida que por apego por ella, empujados por una fiebre desesperada de disparar y matar, impulsados por un torbellino que los cegaba hasta el grado ya de no ver sino sólo el gatillo de sus carabinas. Todo lo demás les parecía tinieblas, sombras enormes, espesas negruras.

Si unos caían, otros los reemplazaban. Sobre los cadáveres de los apenas abatidos se levantaba una nueva línea de atacantes, y tras ella, al amparo de las bardas, de los árboles, de los magüeyes, otros y otros más, como enjambre.

Muchos recibían las balas en mitad del pecho, precipitándose hacia la tierra con los brazos abiertos; otros, los que se habían parapetado en trincheras improvisadas, en la frente o en plena cara. Caían en posturas inexplicables, dobladas las piernas; rodaban sobre la sangre y la carne de los muertos, se confundían entre las patas de los caballos despanzurrados por las balas o simplemente quedaban tendidos boca arriba, con el fusil empuñado.

De pronto, la explosión de una granada de mano, cerca del Portal Chico, acalló el uniforme repiqueteo de la ametralladora. Fue un instante nada más, pero bastante para que Rojano se precipitara al frente de su caballería por las calles de la ciudad, como un turbión imposible de detener.

Tras los de caballo avanzó la infantería, cargando a paso veloz y lanzando alaridos de muerte.

El choque fue brutal. A la primera descarga de los federales rodaron varios caballos de los de Rojano y se desbandaron los infantes. Pero poco a poco, nuevamente volvieron al ataque, animados



por Felipe, que iba de un lado para otro como un jinete loco, haciendo fuego insistente con su carabina.

Ya en la Plaza de Armas, y frente a los portales, se entabló la lucha cuerpo a cuerpo. Se hundían las bayonetas en los cuerpos de federales y rebeldes; se oían quejidos e injurias, gritos de heridos. Unos a otros se golpeaban con las culatas de los rifles, forcejeando para dominar y vencer; se revolcaban sobre el pavimento o sobre los cadáveres sangrantes, poseídos de cólera, sudorosos, babeando espuma como los caballos agitados que corrían, ya sin el freno del jinete, por todas partes, azotando sus cascos herrados contra las losas de las banquetas y aun en el mosaico del Portal Hidalgo.

Por las calles que partían del Chapitel y de Jesús desembocaron nuevos combatientes y la pelea se hizo más encarnizada. Por cada diez rebeldes que caían los federales sufrían el doble de bajas, y más y más se debilitaban.

Ya habían capitulado los que defendían las alturas del convento, cercano a la cárcel, y tal rendición había permitido a los vencedores abrir las puertas de la prisión y liberar a Máximo Tépal, que más tardó en respirar el aire de la mañana, viciado por el olor de la sangre y de la pólvora, que en verse montado sobre un caballo alazán, armado con un 30-30 y bien abastecido de municiones.

—¡Ora sí jijos del pelón Huerta, aquí'stá su mero padre! —gritó en su galopar desaforado hacia la plaza.

Cortó por la calzada y ya al llegar al mercado se topó con Felipe, que lo vio sin pena ni gloria.

—¡Qué pues contigo, Máximo! —le dijo Felipe fríamente.

—Ya lo ves: ¡nomás dándote una manita...! ¿Qué me dices ora?

—Que le piques para San Hipólito y allí los detengas, si por acaso quieren salir por ese rumbo.

—Pa'llá me voy corriendo —contestó caracoleando su caballo frente a Rojano.

—Por allí anda Carreto con su gente. Pídele unos hombres para que te sigan hasta la barranca —le ordenó Felipe.

—Nomás con veinte les paro los pies. ¿Ónd'está *El Manco*?

—Se quedó en Las Calaveras para sostenernos la retirada, si era necesario.

—¡Qué iba' ser...! Estos no son alacranes que piquen fuerte.

Lanzó una blasfemia y azuzó al animal con el sombrero. Todavía, antes de salir de la plaza, su carabina se tendió hacia un federal que se ocultaba tras uno de los pilares del Palacio Municipal, y al disparo que le hizo lo vio tambalearse y caer de bruces sobre la acera.

—¡Entodavía las puede Máximo Tépal! —gritó con fuerza, como para que todos se dieran cuenta de su presencia.

Luego espoleó al caballo y a carrera abierta tomó por el camino de San Hipólito, levantando, a su paso, una nube de polvo.

Entretanto, los federales que defendían el Palacio de Gobierno, poco a poco habían podido salir a la calle, saltando azoteas, por una casa frente a la parroquia y logrado replegarse hacia las casas de las afueras. Unos llegaron a reunirse con el gobernador y Fernandito Montiel, del otro lado del río, y los más se quedaron dispersos por los pueblos comarcanos.

Ya cayendo la tarde, el tiroteo dejó de ser intermitente y sólo de vez en vez se oían disparos aislados y toques de corneta. Un viento frío empezaba a levantarse de los campos y a azotar los flancos de los caballos que montaban los huertistas, ocultos tras la arboleda que bordeaba el río, en espera de que la noche se desplomara para salir al carril de Santa Marta y enfilarse hacia San Martín, desde donde el gobernador podría comunicarse con las autoridades de la capital de la República, y estaría a salvo de todo peligro.

En la ciudad, los rebeldes se fueron reuniendo frente a Palacio, sudorosos después de tantas horas de lucha, enrojecidos los ojos, sucios de tierra.



En las calles había hacinamientos de cadáveres y de cuerpos ensangrentados. Por todas partes se oían quejidos y blasfemias, galopar de caballos y órdenes de mando.

—¡Que levanten a los heridos y se los lleven al hospital! —ordenó Felipe.

—¿También los nuestros? —preguntó uno de su escolta—. ¡Más mejor sería cargar con ellos hasta Arrollo Seco! Allí ni quién les quiera hacer algo luego.

—¿Y tú qué crees que aquí puedan hacerles? —replicó Felipe con ironía y jactancia—. Para que ahora me saquen de esta plaza se necesita tener pantalones y todo lo demás... ¡Y por lo que estoy viendo, estos huertistas son puros faldilludos...!

Y como para rubricar la seguridad y certeza de sus palabras, mandó tocar la “Diana” y echar las campanas a vuelo.



Esa noche la ciudad se quedó a oscuras porque las balas cortaron los alambres de la luz eléctrica e hicieron estallar los globos de los faroles que alumbraban las calles. Sólo en la Plaza de Armas se levantaba el fulgor, entre rojo y amarillo, crepitante y ondulado, de las fogatas que habían encendido los rebeldes y cuyas llamas parecían taladrar el cielo como estiletes o semejantes a lenguas profusas, tumultuarias y anchas.

Mas cuando a la media noche la soledad y el silencio se hicieron tensos e irremediables, todo quedó sumiso y callado. ¡Solamente el cielo ardía!



IX



DURANTE QUINCE DÍAS la población estuvo a merced de las fuerzas de Felipe Rojano y, a decir verdad, con beneplácito de ella.

Noche a noche se organizaron festejos populares en los barrios de la ciudad, con profusión de cohetes y de música, y aun en la Plaza de Armas no faltaron las serenatas y los bailes en la rotonda del kiosco, engalanada con enramadas, banderitas de papel y guías de focos pintados de verde, blanco y colorado, que al encenderse iluminaban el lugar con los colores patrios, tal como se acostumbraba hacerlo en los edificios públicos el 15 de septiembre.

No obstante que todos sabían que de un momento a otro los federales atacarían a los carrancistas y que grandes contingentes se concentraban en San Martín y Apizaco para iniciar el asalto, el entusiasmo no decaía y hasta íntimamente se deseaba que los hombres de la Revolución llegaran a imponerse a los “pe-lones”, porque su triunfo equivaldría —según se afirmaba en el manifiesto firmado por Felipe, que apareció una mañana pegado en las esquinas— a remediar las injusticias que el régimen de Huerta cometería con los desheredados y a proteger y ayudar a

quienes seguirían siendo víctimas de la incomprensión y la maldad humanas.

Esta verdad, que angustiaba a los contrarrevolucionarios, que veían cómo se les escapaba de las manos la obra imperfecta que tanto tiempo modelada para su beneficio, era, para los victimados por ellos, la más sugestiva atracción, el incentivo más poderoso. Porque entre los hombres de genio que habían tratado de reconstruir la patria a través de las vaguedades de los libros y con respecto a los humildes se habían alimentado en las grandezas románticas de la literatura social para salvarlos, ellos optaban por los modernos obreros de la política, que, puesta al servicio del pueblo, intentaban construir la democracia del mañana e iban creando, sin mirajes de genio, la grande patria nueva que lentamente brotaba de su sangre y de sus múltiples esfuerzos comunes, como un pequeño milagro diario.

Si algunos se conformaron con ser simples espectadores de los acontecimientos o callados simpatizantes de la naciente causa revolucionaria, otros, en cambio, se abrazaron a ella trastornados por ese vértigo que les descubría los rumbos desconocidos de un bienestar insatisfecho.

—¡La mera verdá que, de seguir así, la van a ver muy negra los “pelones”! —comentaba *El Manco Arenas* con Felipe Rojano y Máximo Tépal—. Cada día arrejuntamos más gente.

—Y más que se nos irá juntando, ya lo verás. Como la causa que ahora defendemos es la causa del pueblo —explicó Felipe—, allí donde estemos nosotros, allí estará también el pueblo.

—Pos yo no quisiera qu’eso pasara aquí, pa’ques más que la verdá —dijo Máximo—. Si acá nos agarran por donde quieren hacerlo, llevamos la de perder. Esta ciudá la toma hasta un mocoso, si quiere. No hay ni por dónde defenderla.

—¿Y quién te dijo que la voy a defender? —replicó Felipe—. Tan pronto como me avise Carreto que se descuelgan los federales,

nos pelamos nosotros a los cerros y allá los esperamos, si son tan buenos. ¿O no es ese el plan, Manco?

—Ese mero. Si ellos entran, nosotros salimos. Y cuando se nos antoje, nosotros entramos y ellos salen. Eso no tiene vuelta de hoja.

—Eso lo dices ora porque estás al tanto de los planes de Felipe. Pero yo no, que ya no cuento pa'nada. ¡Como ya me perdió la voluntad...!

—¿Quién te dijo eso?

—No me lo dijo nadie, pero yo me doy cuenta de todo. Por algo ya no me mamo el dedo. Y como pue'que tenga razón por lo que pasó entre tú y yo, y aluego porque ni tan siquiera te di las gracias de que me sacastes de la cárcel, a lo macho quiero que me digas si eso es lo que pasa pa'de una vezirme con la música a otra parte.

—¡Mira con lo que sales...! —exclamó Felipe con desenfado—. ¡Es que venirme con el cuento de que ya no te tengo voluntad! ¿No crees que si eso hubiera sucedido, lo mejor para mi habría sido dejarte encerrado en la cárcel? No, Máximo: de lo que hubo entre nosotros, algún día tendremos que hablar, como debe ser, pero no ahora que nos conviene estar unidos, como siempre, para vencer o morir. Los tres nos lanzamos a la "bola" al mismo tiempo, los tres combatimos juntos y los tres seguiremos sin separarnos hasta el día en que dejemos los fusiles en nuestras casas para ya no empuñarlos más. Así que ya lo sabes: ¡si nuestro destino es el mismo, los planes que yo haga no son míos nada más, sino también son tuyos y del Manco!

—¡Ese ya es otro cantar —asintió Máximo entusiasmado—, y así ni quién diga nada! ¿No te parece, Manco?

—Pos claro.

—Tú nomás me dices por dónde hay que jalar, y por ai jalo; que ya sabes que yo soy como los gallos de mi compadre Bardomiano: corriente, pero cumplidor.



De esta manera, la antigua alianza quedó refrendada y pareció estrecharse más y más al transcurso del tiempo.

Tal como lo habían planeado, dividieron sus fuerzas en guerrillas, y cuando supieron del avance de los federales al mando del general Roberto Tapia, evacuaron la ciudad y cada uno tomó por diverso rumbo.

Cerca del mediodía, la vanguardia del 19º regimiento ocupó la población sin disparar un solo tiro, y aun cuando en un principio causó extrañeza al general en jefe de la columna, pronto convino con su Estado Mayor en que esa retirada era lo único que debió haberse esperado de “esos descamisados carrancistas”, a los que habría arrollado indefectiblemente de haberle presentado combate.

Desde las oficinas de Palacio, en donde volvió a instalarse “el gobierno de la legalidad”, el general Tapia empezó a dar órdenes para perseguir a Rojano.

—Mire usted, mayor Dorantes: tome cien hombres y vaya a chicotearme a esos bandidos. No deben ir muy lejos.

—Sí, mi general.

—Usted, capitán Uribe, va y me aprehende, a como diere lugar, a los que aparezcan en esa lista que está formando el señor gobernador. Todos son enemigos del gobierno y por consecuencia partidarios de Rojano. ¡No quiero tener espías aquí!

—Sí, mi general.

—Usted, capitán Servín, me responde de que ninguno transite por las calles después de las siete de la noche. A todo aquel que encuentre sospechoso me lo remite al cuartel.

—Sí, mi general.

—¡Voy a enseñar a estos revoltosos a respetar al Supremo Gobierno y a no andar en coqueteos con ellos y con nosotros! Lo que ha de ser, que suene y a como diere lugar. Yo no soy general de dedo ni banquetero. El que me la haga, me la paga sin remedio.



—Sí, mi general... Sí, mi general... —asistieron a coro los miembros de su Estado Mayor.

Y como sabían que le molestaba repetir las órdenes que daba, diligentemente salieron a cumplirlas “a como diera lugar”, para hacer honor a la frase preferida del general Tapia, quien apaciguó su violencia militar tan pronto como se cercioró de que el mayor Dorantes salía en persecución de los rebeldes, de que se habían logrado las capturas de determinados individuos calificados como de peligrosa filiación revolucionaria y de que la ciudad se hallaba en el estado de sitio en que la tenía declarada.

Mas cuando al día siguiente el mayor Dorantes regresó en completa derrota y con la tropa diezmada, su furia volvió a dejarse sentir, incontenible y siniestra.

—¡Le ordené a usted que chicoteara a esos bandoleros —rugía, dando grandes zancadas por todo el patio del cuartel—, no que se dejara cuerear por ellos!

—¡Esas eran mis intenciones, mi general, pero el chicote de ellos resultó más largo que el mío! —trató de sincerarse el mayor.

—Pues ahorita mismo se me va usted a combatirlos de nuevo. ¡Nada más faltaba que esos tipos se salieran con la suya! ¿Me oyó usted?

—Sí, mi general.

—Llévese doscientos hombres y chicotéelos.

—Sí, mi general.

Pero nuevamente, y al cabo de dos días, el mayor Dorantes tuvo que admitir su incapacidad para “chicotear” a los hombres de Rojano.

—¡Que se dé un tiro si otra vez vuelve a salirme con que no puede con ellos! —sentenció el general, en tanto ordenaba el envío de los refuerzos que aquel le pedía.

Y así sucedió. Cuando los refuerzos llegaron al campamento federal, se hallaron con sólo la desolación y el aniquilamiento.

De los capulines pendían cuatro, cinco ahorcados, que rondaban vigilantes los zopilotes, y entre los matorrales y los lechos de las barrancas se veían los cadáveres descarnados de los soldados sorprendidos por “el albazo” rebelde, que no les dio tiempo ni para arreglar las monturas de sus caballerías, en las que pudieron haber huido del peligro inminente. Allí, en medio de la soledad del campo, yacían todos ellos —¡los pocos que quedaban!— custodiando, aun después de muerto, el cuerpo ensangrentado del mayor Dorantes, que había acabado por darse un balazo en la sien, adelantándose a cumplir, sin recibirlas, las órdenes de su general impertérrito.

Este crecido número de bajas sufridas en las fuerzas a su mando, y las que más tarde le causaron *El Manco* Arenas y Máximo Tépal en los frecuentes encuentros que tuvieron con ellas, obligaron al general Tapia a la prudencia y a ser más cauto en sus baladronadas.

Por mucho tiempo dejó de intentar “chicotear” a los “carranclanes” y hasta ordenó que los destacamentos que había en algunos poblados se reconcentraran en la ciudad, para evitar que los devastaran. Y cuando aquéllos decidieron sitiarlos, impidiendo la entrada de víveres por las garitas, confiscando los que encontraban por los caminos y volando los trenes en que les llegaban pertrechos y tropas de repuesto; cuando la miseria y el hambre empezaron a cernirse sobre la población, que ya había agotado los artículos de primera necesidad almacenados en las tiendas locales; cuando la gente empezó a comer raíces y fruta verde recogida en los campos que ya nadie sembraba y las epidemias comenzaron a llenar de sepulcros los cementerios, el general Tapia y el gobernador del estado decidieron trasladar los poderes a Apizaco y entregar la ciudad a los revolucionarios, que ya se cuidarían de aliviar las penalidades que sufrían los habitantes.

Muy de mañana, los empleados del gobierno atiborraron las plataformas de los “tranvías de mulitas” con escritorios, archive-

ros, máquinas de escribir, sillas y montones de expedientes y papeles: apelonaron a sus parientes en tranvías y guayines, y en medio de los soldados que evacuaban la población y que formaban la vanguardia, el jefe de las operaciones se llevó a los prisioneros políticos que consideraba peligrosos. En esos momentos la ciudad parecía hervir, como en un día de fiesta.

En todos los balcones había gente que miraba con ojos asombrados a los que la abandonaban; por todas partes se hacían comentarios sobre la situación y se oían frases y llantos de despedida.

Un incontenible afán de querer traspasar los muros de las casas y de las conciencias ajenas y de entrar en ellas para regirlas en su existir cotidiano, con base en una moral falsa y circunstancial, se apoderó del posible buen sentido que pudieran haber tenido las familias que se quedaban en la ciudad —porque simpatizaban con los rebeldes— y todo se volvió maledicencia y chismorreos desorbitado. Del por esto y del por demás allá se pasó sin recelo a la calumnia infamante y a la apreciación injusta de vidas y honras, y a poco no quedó ninguna —de las que prefirieran seguir a los federales— que no se viera como una criba y expuesta a los ojos de todos, igual que ropa íntima en el tendedero vecinal.

—¡Hasta el aire huele bien, ahora que se fueron esos catrines convenencieros! —exclamó una de las más arrojadas, decididas y fervientes partidarias de Rojano—. ¡Un poco más que se hubieran quedado, y nos pega el tifo!

Cuando, ya había atardecido, Felipe y Máximo volvieron a entrar a la ciudad y juntos recorrieron el Palacio de Gobierno, tan desamueblado y vacío, Máximo no pudo menos que protestar al ver que ya no estaba en el Salón Amarillo el largo y blando sofá en el que le gustaba acostarse y donde dormía “de un tirón”, como solía decir ingenuamente.

—¡Mía'nomás qué ladrones...! ¡Pos no y hasta se llevaron mi cama...!



—¡Ya se la quitaremos! —le dijo Felipe para conformarlo—. Y hasta si quieres, te la llevas a tu casa.

—¡Lo malo es que ora en qué duermo!

—No te apures por eso. Tú y yo nos quedaremos en la Comandancia. Allí hay muchos catres.

—Pos francamente, yo mejor me quedo aquí. Al fin y al cabo ya sabes que de rincón a rincón, todo es colchón, ¿qué me dices ora?

—Que puedes quedarte.

Y efectivamente, desde esa noche, Máximo Tépal durmió sobre la alfombra del Salón Amarillo.



X



SOBREVINO UN ESTADO de tregua en las hostilidades de ambos bandos, que Felipe aprovechó en La Escondida.

Los días que allí pasó, después del ajetreo a que había estado sometido, fueron de placidez y abandono.

Enamorado de Gaby hasta la entraña, su incontinencia lo hacía no perder minutos en su contemplación ni instantes en su arrobamiento, porque aun cuando se complacía en mirarla y admirarla, siempre resplandeciente, y se entretenía oyéndola relatar las murmuraciones que llegaban a ella o los actos en que tomara parte, más le gustaba sentir el mareo de los sentidos, vivir el deleite apresurado, apurar el amor más allá del desfallecimiento, que lo volvían dócil a su oceánica dominación, tan impetuosa y excesiva.

Día a día y noche con noche notaban con amargura cómo se les escapaba el tiempo, tan sin sentirlo, y cómo inútilmente trataban de apresarlo dentro de ellos para dilatar —¡un día más, una hora postrera!— el gozo de su nuevo encuentro, ya por esta vez absoluto y comprensivo.

Se les veía radiantes de felicidad recorrer la selva que tanto amaban; llenos de una alegría contaminadora cuando chapoteaban en el agua límpida del arroyo oloroso a menta; jubilosos frente a los crepúsculos que se reflejaban en sus ojos, descubriéndoles el ardor de su pasión turbulenta, y que los hacía agotar de prisa, como dos suicidas, los únicos momentos que pudieran quedarles en la vida.

Una noche, la última que él pasaba a su lado, porque muy al clarear el alba regresaría a la ciudad, Gaby estrechó a Felipe entre sus brazos con tal urgencia de ternura, con avidez tan insaciable, que pareciera ser aquella la extrema velada que pasaran juntos, la postrimera de una despedida irremediable en la que se presintiera el abismo para la caída, la asechanza alevé y el encuentro inespereado de lo maligno.

Un velo de infinita desolación nublaba los ojos de Gaby y algo como un aflojamiento de sangre y nervios la hacía sentirse inmaterial, vacía por dentro y transparente.

—Hoy más que nunca debes cuidarte —le dijo, alargando sus caricias de los cabellos a las mejillas de Felipe.

—Desde que sé que me quiere, me cuido mucho, Gaby —le contestó él—. A veces hasta pienso que me estoy volviendo cobarde.

—Mejor que así sea. Tu vida ya no te pertenece.

—¿Y usted cree que lo ignoro? De no estar metido como estoy en medio de las aguas del río, luchando porque no me lleve la corriente, tenga la seguridad que ya me habría retirado del peligro. Pero en cuanto llegue a la otra orilla, yo le prometo que no volveré a lanzarme en otra aventura.

—Tienes que llegar a esa orilla, Felipe. ¡Tienes que llegar! No solamente por mí, sino también por...

Lo besó en la frente, conmovida y apasionada. Temblaban sus labios blandamente y dos pequeñas lágrimas, apenas pequeñitas de tan tiernas rozaban la dulzura de sus ojos vivaces.

—...sino también por tu hijo, Felipe... —concluyó moviendo los labios con suavidad, como para que las palabras se adentraran delicadamente en la intimidad de él y allí reposaran, al igual que en su entraña el germen inmarcesible del hijo anhelado.

Felipe la miró con ojos agrandados por el estupor y por el gozo que arropaba la noticia arrebatadora, y desde lo más hondo de su viva raíz, estremecida como por el agrio de un limón, dejó que se le escaparan risas nerviosas, exclamaciones febriles y ayes de ternura. A decir verdad, le parecía demasiada la dádiva que ella iba a hacerle, en un día venidero, de ese hijo que sería el renacer de su carne, la prolongación de su ser, otra vez él en su sangre más suave, mejor dotada y llena de los atributos de ella y de los impulsos propios. Su vida, si tenía algún sentido, ya no era estéril y egoísta, porque se había derramado en un renuevo, más arrogante en su esplendor cuanto que había brotado no del deseo sin amor, sino de la embriaguez de dos pasiones conjugadas hasta el delirio.

—¡Un hijo, Gaby, un hijo! —le decía con alborozo y titubeante—. ¡Más de lo que yo merezco...!

Y cayó a sus plantas para besarle las manos, para envolverla en gratitud, para asirse a la nueva vida que ya latía dentro de la de ella.

En el fondo de su alma se le abría un paraíso que iluminaba la sonrisa de su hijo, tan semejante a la de Gaby; su mirada relampagueante, tan parecida a la suya. Oía sus voces tiernas, su alegría jocunda, sus balbucientes gorjeos de felicidad. Lo veía juguetear como un pájaro, correr y hacer ruido, siempre ágil e inquieto. Lo sentía unido a su calor, pegado a su resguardo como si él fuera un árbol de frondas extensas y bajo ellas se tendiera a recibir la sombra protectora y amablemente dulce.

Desde ese momento, ese hijo era para él un despertar de su sangre, un brote de su propia raíz, un afluente del río de su existencia que ya no se desbordaría por vericuetos y hondonadas, sino



por llanas planicies sin represas, para resguardarla en provecho de quien iba a ser la continuidad de ella en lo porvenir.

—¡No me lo ha de creer —le decía a Gaby—, pero hasta me siento otro hombre!

Y en verdad, cuando a la mañana siguiente dejó La Escondida y se internó al camino con rumbo a la ciudad, le pareció que todo había cambiado de un momento a otro: igual el color de las hojas, de un verde áspero a uno tierno y brillante, que el de la tierra ocre, que ahora miraba bermejo y florido. El mismo panorama, que se extendía a través del aire transparente, lo contempló con ojos nuevos y aun llegó a fijarse en detalles en que antes no había reparado, como por ejemplo, en aquella iglesita de torres trucas y de bóveda de teja, encaramada sobre un montículo en forma de pirámide, que las ortigas y la maleza iban cubriendo como para protegerla, en su aislamiento sin culto, de las inclemencias del tiempo; en esos paredones de alguna troje derruida, tan llenos de aspilleras y probables testigos de las acometidas de “los plateados”; y aun en la cinta del río —tan reluciente y delgada—, que parecía enroscarse alrededor de los montes enanos como una larga culebra de agua. Y si todo esto no hubiera sido bastante para motivar su alegría, allí estaba, para enardecerla y acrecentarla, el concierto de sonidos que orquestaban el golpetear de su corazón, el canto de los pájaros y la batida de los cascos de su caballo sobre el terreno duro, en su galope desunido hacia su destino.

Sólo cuando entró a la ciudad su gozo se volvió confusión y su desasosiego irascibilidad, al darse cuenta del ambiente extraño que flotaba en las calles y que predecía un estado de alarma e inquietud que un ciego hubiera visto.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está esto tan solo? —preguntó Felipe al primero que encontró a su paso.

—Es por Máximo Tépal —contestó el interpelado—. Hace tres días que está borracho. Sale de la cantina y se pone a echar balazos. Ya ha matado a tres paisanos y a su asistente.

Felipe frunció el ceño y sin la más leve vibración de nervios, en pleno dominio de sí mismo, descabalgó y se fue caminando por el Portal Hidalgo, con rumbo a la cantina.

—Tenga cuidado, general —le aconsejó el que le había dado el informe—. Es peligroso que vaya a verlo solo.

Pero ya Felipe no podía retroceder, no únicamente por demostrar su hombría, sino porque era preciso tratar de dominar a la bestia desatada y devolver la tranquilidad a la población, tan absurdamente interrumpida por los arrebatos estrepitosos de Máximo.

De un golpe abrió las puertas batientes de la cantina, en donde sólo se encontraban el dueño, empalidecido y arrinconado detrás del mostrador, y Máximo Tépal, frente a un vaso y una botella de tequila, hablando destempladamente con interlocutores que él nada más miraba, animado por una verbosidad que denunciaba su excitación y que a ratos lo hacía levantar la voz y en otros amortiguarla hasta la sordina.

Se le veía con los músculos faciales contraídos, la mandíbula caída y la mirada insolente y provocativa. De la pistola en el cinto, casi pegada al estómago, sobresalía la empuñadura, ya preparada para esgrimirla en el momento impetuoso.

—¡Miá'nomás qué casualidá: hablando del rey de Roma y él que se asoma! —le dijo Máximo al verlo a la contraluz de la puerta—. A lo macho qu'este año no te mueres, Felipe. ¿Quieres echar-te un trago?

—¡No! —repuso éste con sequedad.

—Pos allá tú. Yo sí me lo echo a tu salud.

Y de un trago vació el tequila que tenía servido en el vaso.

Felipe adelantó unos pasos hacia él, y al momento en que intentaba volverlo a llenar, le ordenó imperiosamente:

—¡A ver si dejas de estar tomando tequila!

—¿Pos qué quieres que tome entonces, si no tengo pa'más? Un rico pué'beber lo que le cuadre, pero yo no, porque soy pobre. Eso



es lo qu'endenantes le decía yo a éste, precisamente —dijo señalando al cantinero—. Y él me terqueaba que no era cierto, y yo necio a qu'era la pura verdá . ¿O a poco no, tú?

—Sí, mi coronel —contestó el cantinero con timidez.

—Ora que si yo tuviera el dinero que tú tienes, las cosas cambiarían, eso que ni qué. Pero ya que me lo recuerdas —insistió con agresividad y recalcando las palabras, al mismo tiempo que arrojaba al suelo el vaso que ya se llevaba a los labios— voy a tener que repetirte qu'ese dinero no nomás es tuyo, sino mío y del Manco.

Felipe se demudó de coraje, se le oscurecieron las pupilas y bruscamente le gritó:

—¡Cállate el hocico, hablador!

—¿Y qué ganas con que me calle? No por eso dejas de ser un ladrón.

A Felipe le saltaron todos los músculos de la cara, sus más recónditas fibras se estremecieron el pinchazo del insulto bronco e intempestivo y su brazo, veloz como su pensamiento, rasgó el aire para dar a Máximo un golpe de revés con el puño, pero éste, sin darle tiempo, sacó la pistola —con esa temible rapidez que tenía para hacerlo— y se la descargó a Rojano en el pecho.

Felipe todavía pudo llevarse la mano al corazón y aun trató de balbucir alguna palabra, pero sólo dejó escapar una especie de gruñido, pues de pronto cayó de bruces sobre la mesa de la cantina, haciendo que rodara al suelo la botella de tequila que Máximo no había acabado de apurar.

—¿Ya vido lo que son las cosas? —le dijo Máximo al cantinero, que veía la escena paralizado por el terror—. ¡Yo que decía que Felipe no se moría este año y mié'nomás, ahoy le tocó la de perder! ¿Qué me dice ora?

—¡Yo nada, mi coronel! —apenas si pudo exclamar el cantinero, arrastrando las palabras.



—¿Y por qué jijos me rebaja el grado? ¡Desd'este mero día en que ya no hay otro gallo que cante en mi corral, yo soy su general Máximo Tépal! Pa'que lo sepa.

—Sí, mi general.

—¡Así me gusta...!

Y para que la ciudad también lo supiera, Máximo salió de la cantina tambaleándose y empezó a gritar hasta desgañitarse, en tanto disparaba al aire su pistola:

—¡Viva el general Máximo Tépal, que soy yo...!





XI



CAYÓ LA ÚLTIMA paletada de tierra sobre la tumba de Felipe Rojano en Arroyo Seco y cayó sobre el corazón de Gaby la losa de la amarga soledad absoluta.

Con los ojos secos de lágrimas, dilatados por el dolor contenido y el asombro de la muerte inesperada, se la veía pensativa y grave, como un ciprés en el silencio del cementerio, a pie del sepulcro donde yacía el hombre que apenas el día anterior la llenara de ternuras y que parecía invulnerable a los zarpazos de la siniestra vagabunda.

Por más que Cholita, la mamá de Felipe, y el tío Chente intentaron apartarla de ese sitio lúgubre, ella permaneció allí con la mirada baja, como para no dejar traslucir sus pensamientos, tratando de convencerse de que había perdido a Felipe para siempre y de que su hijo no reconocería de él más que su leyenda de héroe, pero no sus caricias.

Del claror de la mañana a las sombras de la noche, Gaby siguió, sobrecogida por el dolor, haciendo compañía al recién enterrado. Todos los ruidos se habían ido extinguiendo poco a poco

y los silbidos del aire, violentos en el campo abierto, parecían someterse al silencio de ella, así de tan callados cuando pasaban rozando los velos que la cubrían. ¡Sólo el golpe de la tierra al chocar con la tierra que llenara el sepulcro, todavía torturaba sus sienes y lo oía acompasado con el latir de su pulso, ahí, precisamente ahí, junto a sus manos que supieron del frío que congelaba el cuerpo de Felipe, glorificado por su dolor!

Cuando ascendió la luna y la noche empezó a brillantarse de estrellas, Gaby avanzó, silenciosa, a reunirse con el tío Chente, que la aguardaba a la entrada del cementerio, dolorido y con el cuerpo flojo por la angustia.

—Mañana nos vamos a la ciudad —le dijo—. Procure alistar-lo todo, porque saldremos muy temprano.

—¿Quiénes iremos?

—Usted y yo solamente.

Y sin hablar ya más, las sombras de los dos se confundieron con las de la noche y se perdió su andar entre el rumor del viento.



Ya en la ciudad, Gaby confió sus planes al tío Chente.

—Todo está bien —le dijo él apretando los labios con rencor y llameantes los ojos—, menos que yo salga ora sí que sobrando.

—¿Y por qué ha de salir usted sobrando? Sin su ayuda, yo no podría realizar mis propósitos.

—Pero es que usted no debe...

—¡Y sin embargo, así tiene que ser! —le interrumpió ella cor-tante y definitiva.

Estaba transformada. Su rostro, de perfiles tan delicados, de tan serena belleza, se había tornado duro y hosco. En sus ojos no se veía ya su tónica y clara mirada, particularmente suya, por la que parecía desbordarse la dulzura de su alma, sino otra huraña,

de ojos que miran por dentro, huidizos y recelosos. Su misma voz, antes templada y estimulante, sonaba ahora recia y áspera, violenta y desdenosa, y como corroída por un ácido implacable.

Vestida toda de negro, cubierta la faz demacrada y ya de un encanto disolutivo, se la veía por las noches asomada a la ventana de la casa que el tío Chente había alquilado a un lado de la plaza de toros y por cuya calle pasaban a menudo, con rumbo al cuartel, los soldados borrachos y maldicientes.

De cuando en cuando llegaban hasta ella los ruidos de los vasos al chocar entre sí y del dinero sobre el mostrador de la cantina cercana. Se oían las blasfemias de los parroquianos y los remedos de canciones que entonaban, tratando de seguir la melodía inalterable que desafinaba en la pianola. Y aun se percibían, como un constante motivo de la alegría que también los embriagaba, los gritos destemplados que proferían.

Si alguna vez aquello terminaba en pleito, entre silbidos de balas o relampagueos de machetes, ella cerraba con cautela las vidrieras de la ventana y tras las cortinillas veía morir a los rijosos, sin que sus nervios se alteraran. Pero las más de las veces esperaba a que el tío Chente se acercara al pie de la ventana, ya cayendo la medianoche, para retirarse a descansar a su cuarto y a estar a solas con su soledad, que a ratos le parecía tan grande que ya la sentía romper los cuatro muros y las vigas del techo para salir a un mundo que pudiera contenerla.

—Nada por ahoy, Ñora —le decía el tío Chente, plantado sobre sus piernas combas a fuerza de montar a caballo.

—No importa... ¡Mañana será entonces! —respondía Gaby con voz ausente y temblorosa.

—A lo mejor pue'que sí —comentaba aquél, en tanto atranca-
ba el portón de la casa y se iba a dormir, en espera del día siguiente, en que, ya anocheciendo, volvería a la calle a buscar la ocasión que una y otro anhelaban.



Esa noche, el tío Chente había llamado a Gaby el incidente que tuviera unas horas antes con uno de los soldados de Máximo, cerca del Portal Chico.

Caminaba encobijado, como lo hacía por costumbre, rumbo a la Plaza de Armas, desde donde observaba todo el movimiento en las calles cercanas, cuando oyó que alguien le dijo:

—¿Y ora tú qué andas haciendo por acá, tío Chente?

Pensó primero no contestar y seguir de largo, pero ante el temor de que ese hombre se encargara de correr la noticia de su presencia, decidió atajarla de golpe.

—Pos ya lo ves, nomás dando un volteón —le repuso indiferente.

—La mera verdá que tienes lo tuyo pa'venirte a meter en la boca del lobo. Si lo sabe el jefe, te manda quebrar. ¡Con las ganas que tiene!

—Pero no lo sabrá, porque ora mesmo me voy.

—¿Pa'La Escondida?

—Pue'que...

—Pos yo que tú m'iba prontito. A lo mejor un soplón te perjudica.

—Eso mero es lo que estaba pensando. Y como pue'que así sea, mejor es que pele gallo.

Y con esto se separó de su lado.

El hombre atravesó la calle y encaminó sus pasos para el cuartel, pero no había acabado de cruzar el Portal Chico cuando cayó de bruces sobre las losas. En su espalda tenía clavado el puñal que el tío Chente le había arrojado, a la distancia, con un solo impulso de su brazo.

—¡Ora te quedarás llamado y yo lo mesmo! —exclamó el tío Chente como único comentario, en tanto enfilaba a apostarse en el sitio desde el que le gustaba vigilar.

Por tres noches seguidas, la oportunidad que esperaban no asomó sus perfiles siniestros. En vano ella, asomada a la ventana, dejaba

pasar las horas y él se consumía de ansiedad por hallar el momento propicio en que pudiera —aun contraviniendo las instrucciones de Gaby— saldar la cuenta que tenía pendiente con Máximo Tépal.

Mas, al fin, la ocasión se presentó en la noche de un sábado.

Desde la banca de la Plaza de Armas en que solía hacer su guardia, el tío Chente vio a Máximo salir de Palacio, en compañía de Carreto y El Cacarizo, y poco después oyó, cuando pasaban cerca de él y casi al nivel de la cantina, que Carreto preguntaba:

—¿No vamos a echarnos un trago? Te estoy debiendo las copas que me ganaste l'otro día.

—Luego me las pagarás. Ahora voy a ca'de La Güera.

Tío Chente ya no escuchó más. Caminando de prisa se fue por la mitad de la calle para salir al mercado y ya de allí siguió con rumbo a la plaza de toros.

—¡Ora sí ai viene, Ñora! —le dijo a Gaby sordamente.

—No olvide entonces que sólo que yo falle, usted le tira; menos no.

—Más fácil es que yo lo haga, Ñora. Nomás me voy a encontrarlo y allí en l'oscurito como que me doy un trompezón y ya está. Ni agua dice siquiera.

—¡Usted hace lo que yo le digo! Y ahora váyase a esconder, que ya viene allí...

Y en efecto, por el cruce de los dos portales se veía caminar, despreocupado, a Máximo Tépal.

Gaby sabía que un día u otro él tendría que llegar, como era su costumbre, a la casa de su amante ocasional —a la que conocían por el nombre de *La Güera* Andrea, porque a fuerza de teñirse el cabello con agua oxigenada había logrado darle un tinte amarillento que hacía resaltar sus formas vigorosas y su tez embadurnada de carmines y de polvos— y que, cuando eso acaeciera, nada le impediría descargarle su pistola en cuanto llamara a la puerta de esa casa, que quedaba frente por frente de la ventana de la que ella habitaba temporalmente.



Durante días y días maduró su plan de venganza y se ingenió para conseguir, a base de dinero, que le arrendaran la casa que le ofrecía la seguridad de realizarlo. Y como tenía confianza en no errar en el tiro, porque en sus correrías por la selva, al lado de Felipe, se ejercitó en el manejo de las armas y afinó su puntería al extremo de hacer blanco ahí donde sus ojos se posaban, estaba ansiosa de que el destino le deparara el momento favorable de tener a Máximo a su alcance para cumplir la promesa que hiciera ante la tumba abierta en Arroyo Seco, que le parecía como una réplica despiadada de la que, años atrás, el mismo Tépal ordenara cavar en los llanos del Salado para El Héroe del Yaqui.

Esas dos tumbas, Gaby las tenía clavadas en su pulso, que no sentía agitado ni tembloroso. Ellas eran su fuerza y su aplomo, su impavidez y su valor. Por eso es que ni siquiera temblaron sus nervios cuando empuñó la pistola, al ver a Máximo de espaldas a ella, ni se distendieron al disparar.

Casi al mismo tiempo que se escucharon las detonaciones de las balas, se vio cruzar, de acera a acera, el brillo relampagueante de un puñal que fue a hundirse en el cuello de Máximo Tépal, que apenas si pudo balbucir:

—¡Ya me llevó la...!

Un golpe seco fue el que produjo su cuerpo al caer sobre la acera, y un silencio, como de plomo, el que lo siguió en su tránsito definitivo de la vida a la muerte.

Ninguna ventana se abrió hacia la curiosidad, ni alguien se acercó al sitio en que yacía tendido Máximo Tépal.

Sólo Gaspar, el hijo de Padillita, el administrador de Correos, lo vio morir desde el balcón de su casa, contigua a la de Gaby. En la recámara, su mamá leía el periódico y Eva, su hermanita, se mojaba los dedos en tinta al tratar de escribir en un cuaderno. Ninguna de las dos había visto ni oído nada de lo que sucediera fuera. Gaspar se acercó a su mamá y le dijo:

—¡Acaban de matar a un hombre!

—No me importa —le respondió.

Y siguió leyendo. Su hermanita Eva ni siquiera levantó los ojos.

La calle seguía con su ruido y sus gritos bestiales. Con su pianola dándole vueltas y vueltas al danzón de moda. Con su indiferencia para el estampido de las balas, que a fuerza de oírlo día con día e intermitentemente, había acabado por hacerse rutinario.

Por un instante, Gaby permaneció en la ventana atisbando hacia uno y otro lado de la calle. Luego, cuando el tío Chente acabó de alistar los caballos, salió de la casa y enfilaron su galopar con rumbo a La Escondida.

En la oscuridad de la noche, las patas dosalbas de las cabalgaduras parecían iluminar el camino.





XII



DESPUÉS DE ESA NOCHE terrible, de tragedia antigua, Gaby paseó su figura doliente, “vestida de la tiniebla misma que la envolvía”, porque entre la frescura imponderable de la selva verde azulada que nunca había sido ajena a su alegría y que ahora no podía tampoco mantenerse extraña a sus personales dolores.

Henchida de llanto, se sentía agitada por un temblor que le venía de adentro, que le abría por delante la vida que a ella se le cerraba, impidiéndole huir, oprimiéndola para permanecer vertical, con el secreto de su delito cargado sobre su existencia —que *El Manco Arenas* jamás trató de investigar porque conocía su causa y muy en lo hondo justificaba a quien llegó a consumarlo—, pero con el espíritu erguido como su contrición.

Durante unos días Gaby abrumó a La Escondida con sus culpas y sus disculpas. Sobre la tierra vertió su dolor y por encima de la fragancia vegetal, todas las tribulaciones de su alma solitaria, más amargada por saberse huérfana de las ternuras que apenas empezaban a franquearla, que por el remordimiento del crimen que había cometido.

Esos días fueron para ella de elucidaciones, de meditación y de reencuentro de su destino. Y fue allí, en la selva inexorable, donde aprendió la lección de La Escondida —que era fuerte y atormentadora por ser sola y misteriosa, y era temida y anhelada por desconcertante y sensible— y donde decidió hacer honor al nombre de La Escondida con el que la bautizaran las gentes de Arroyo Seco, retrayéndose a un mundo de soledad y de silencio en que pudieran hallar sosiego para el nuevo ser que se asía a su vida y un poco de dulzura para su propia desolación.

Desde ese día —el último de su contacto con la selva—, Gaby no volvió a salir de su alcoba. Igual que “La sin ventura”, mandó oscurecer todas las ventanas y apagar todos los ruidos de la casa, y en paz consigo misma se dedicó a esperar el advenimiento de su pobre hijo sin padre.

Y fue hasta varios meses después, cuando sintió en sus manos el primer latido de esa vida nueva, blanda y pequeñita que había brotado de su carne generosa, que abrió otra vez las ventanas de la casa donde ella había permanecido oculta por tanto tiempo, para que los ojos del recién nacido se llenaran de la clara luz de La Escondida y del color del cielo de Tlaxcala.

A partir de entonces, ya no se sintió tan sola ni tan miserable, porque junto a ella alentaba el hijo de Felipe a quien más tarde iba a enseñar a sonreír para que fuera alegre y “saboreara la felicidad de vivir”.



La Escondida
Miguel N. Lira

Impreso en los Talleres Gráficos
de la Dirección de Publicaciones
del Instituto Politécnico Nacional,
Tresguerras 27, Centro Histórico, México, DF
Noviembre de 2011. Edición 50 000 ejemplares.